

CONAN DOYLE
EL CRIMEN
DEL
CORONEL

1

73493

1
73.493





A. CONAN DOYLE

3
EL CRIMEN DEL CORONEL



Casa editorial Sopena, Provenza, 93, 95 y 97.—BARCELONA

Biblioteca Nacional de España

EL CRIMEN DEL CORONEL

42065

A. CONAN DOYLE

EL CRIMEN DEL CORONEL

TRADUCCIÓN DE MIGUEL BARTUAL



BARCELONA

CASA EDITORIAL SOPENA

PROVENZA, 93, 95 y 97

Derechos reservados.

R. Sopena, impresor-editor, Provenza, 93, 95 y 97.—Barcelona

INDICE

	<u>PÁG.</u>
El crimen del coronel.	7
El campeón de Croxley.	35
El señor del Castillo Negro.	121
Los tres corresponsales.	145
El arcón listado.	191
Una estratagema diplomática.	219

EL CRIMEN DEL CORONEL

Entre los múltiples componentes del numeroso ejército francés, sólo existía un jefe á quien las huestes inglesas de Wellington profesaban un odio profundo, persistente, inalterable. Abundaban en aquel ejército los truhanes de toda especie, la gente maleante: el hecho, sin embargo, tenía disculpa, porque, á decir verdad, también se alineaban en las filas británicas individuos de la propia calaña. Pero el jefe de referencia, que formaba parte de la división de Massena, había cometido un crimen inconcebible, inaudito, abominable, único tema de conversación durante las veladas de campamento, cuando una botella de más desataba las lenguas de los soldados. La noticia llegó á divulgarse por todas partes, y al saberla, los hidalgos provincianos, poco familiarizados con las prácticas marciales, se sonrojaron

de rubor, mientras los rudos campesinos crisparon sus callosos puños, elevándolos al cielo en actitud de amenaza.

Porque el autor de la vituperable acción era el coronel de húsares de Conflans, Esteban Gérard, el apuesto y distinguido jinete, de aspecto simpático y carácter afable y cortés, favorito de las damas é ídolo de seis escuadrones de caballería ligera. Y lo más extraordinario del caso consistía en que aquel cumplido caballero había ejecutado el censurable acto, que le atrajo las antipatías de todo el Reino Unido, sin darse cuenta siquiera de que se hacía reo de un delito para el que difícilmente se hallaría calificativo apropiado en el vocabulario. Murió de viejo, y jamás cruzó por su mente la idea—merced, sin duda, á la imperturbable confianza en sí mismo, que constituía la cualidad más estimable ó el capital defecto de su temperamento—de que había muchos millares de ingleses que se hubieran prestado gustosos á colgarle por sus propias manos. Lejos de ello, tuvo la osadía de hacer figurar la tal aventura entre el número de las hazañas realizadas por él, relatándola muy á menudo ante el círculo de curiosos que formaban su tertulia en el modesto café donde, en el intervalo comprendido entre su comida y su partida de dominó y entre alternados sollozos y carcajadas de los con-

currentes, acostumbraba narrar las escenas de aquella fantástica epopeya napoleónica, evocando los recuerdos del pasado y presentando á Francia erguida, con la espada desnuda, como un ángel vengador, espléndida y terrible, teniendo á sus plantas, aterrado, á todo el continente europeo.

Pero dejémosle la palabra y escuchemos su relato.

—Ya sabéis, mis queridos amigos—comenzaba invariablemente,—que allá, á fines del año 1810, Mas-sena y yo, entre otros, perseguíamos á Wellington, á uña de caballo, con la esperanza de sumergirle, con todo su ejército, en las aguas del Tajo. Pero nos encontramos chasqueados al llegar á veinticinco millas de Lisboa, porque aquel endiablado inglés se ingenió de tal manera, levantando una serie de atrincheramientos y de fuertes, en un sitio llamado Torres Vedras, que nos cerró el paso, á pesar de todos nuestros esfuerzos. La línea fortificada se extendía á todo lo largo de la Península, y nos hallábamos tan alejados de Francia, que no quisimos exponernos á un descalabro, porque la experiencia nos había enseñado en Busacs que no era juego de niños combatir con aquellas gentes. ¿Qué remedio nos quedaba sino situarnos frente á las trincheras, estableciendo un bloqueo, lo más estrecho posible? Allí perma-

necimos seis meses, presa de tales inquietudes, que el propio Massena declaró que habían hecho encanecer su cabeza. En cuanto á mí, la situación no me preocupaba gran cosa, y me limité simplemente á cuidar nuestro ganado, que tenía gran necesidad de reposo y de forrajeo. Por lo demás, no faltaba vino del país, y procuramos pasar el tiempo lo mejor que pudimos. Vivía una dama en Santarém... pero ¡tente, lengua! El deber de todo caballero bien nacido es no pregonar sus aventuras, aun cuando pueda vanagloriarse de su buena estrella en las lides amorosas.

Cierto día fui llamado por Massena, á quien encontré en su tienda, sentado ante una mesa, sobre la que había extendido un enorme plano. Me contempló en silencio, con aquella única pupila escudriñadora que le quedaba, y comprendí, por la expresión de su rostro, que se trataba de asuntos serios. Parecía pensativo y nervioso, pero mi presencia debió tranquilizarle. Siempre gusta entenderse con hombres valerosos.

—Coronel Gérard—me dijo,—he oído afirmar constantemente que es usted un jefe cuya temeridad sólo puede parangonarse con su galantería.

No era cosa de contestar afirmativamente al elogio, pero hubiera sido falsa modestia negarlo. Me cuadré

haciendo resonar mis espuelas, al unir mis talones, y saludé respetuosamente.

—Es usted, además, un perfecto caballero—continuó.

Yo asentí á ello.

—Y el mejor tirador que existe en los seis escuadrones de caballería ligera.

Massena gozaba fama de exactitud en sus apreciaciones.

—¡ Pues bien !—siguió diciendo.—Fíjese usted en este plano y comprenderá fácilmente mis deseos. Aquí están las líneas fortificadas de Torres Vedras. Como usted ve, ocupan una vasta extensión de terreno, circunstancia que ha de hacer imposible que los ingleses tengan debidamente custodiadas todas sus posiciones. Si consiguiéramos franquear esa línea, tendríamos ante nosotros veinticinco millas largas de campo raso, hasta Lisboa. Pero, antes de intentarlo, necesito saber positivamente cómo están distribuídas las fuerzas de Wellington en ese espacio, y desearía que usted se cerciorase personalmente.

Aquellas palabras me dejaron helado.

—Mi general—objeté,—no es posible que un coronel de caballería ligera se rebaje á desempeñar el papel de espía.

El general prorrumpió en una ruidosa carcajada y me dió una palmada en el hombro.

—Dejaría usted de ser húsar si no fuera vivo de genio—replicó.—Tómese la molestia de oirme, y se convencerá de que no pretendo convertirle en espía. ¿Qué le parece á usted ese caballo?

Y me condujo á la puerta de su tienda, donde vi á un batidor que tenía de la brida á un animal soberbio. Era un caballo tordo, de regular alzada, quizá poco más de la marca, pequeño de cabeza, pero con esa maravillosa curvatura de cuello reveladora de la pura sangre árabe. La anchura de su pecho y de sus ancas y la finura de sus remos me hicieron estremecer de gozo sólo al mirarlo. Siempre me ha entusiasmado la contemplación de un buen caballo ó de una mujer hermosa. Todavía me sucede ahora, cuando las nieves de setenta inviernos han helado los ardores de mi sangre; ¡imagínense ustedes lo que ocurriría el año 1810!

—Pongo á su disposición á *Voltigeur*, el corcel más brioso de nuestro ejército—dijo Massena.—Mi deseo es que parta usted esta misma noche, contorneando las fortificaciones por uno de los flancos, para situarse á retaguardia de las líneas enemigas y regresar por el otro flanco, trayéndome informes exactos de las disposiciones adoptadas. Vestirá usted de uniforme para evitar, si por acaso le capturarán, la muerte reservada á los espías. Es verosímil, sin embargo,

que cruce usted las líneas sin obstáculo, porque los centinelas están muy distanciados. Una vez al otro lado, podrá usted, aun en pleno día, burlar la persecución de cualquiera que la intente, aunque, si tiene usted la precaución de alejarse de las carreteras, quizá pase usted inadvertido. Si mañana por la noche no ha vuelto usted con mi encargo cumplimentado, deduciré que le han hecho prisionero y nombraré para reemplazarle en su comisión al coronel Petrie.

¡ Ah ! mi corazón se inundó de júbilo y de orgullo, al saltar sobre la silla y hacer galopar de un lado á otro al magnífico bruto, para demostrar al general que le dominaba. ¡ Estaba espléndido ! es decir, debíamos de estarlo ambos, porque Massena batió palmas, prorrumpiendo en gozosas exclamaciones. No es mía, sino suya, la frase de que un buen caballo merece un buen jinete. Por fin, cuando al pasar frente á él por tercera vez, con la velocidad de un huracán, pude leer en su rugoso rostro que no abrigaba la menor duda respecto al éxito de la delicada misión que acababa de confiarme, desenvainé mi sable, saludé llevando la empuñadura á la altura de los labios, y galopé hasta el sitio en que acampaba mi regimiento. Ya se había esparcido la noticia de mi designación, y mis bravos veteranos salieron de sus tiendas para felicitarme. ¡ Ah ! ¡ todavía se me saltan las lágrimas

al pensar en lo vanidosos que se mostraban de su coronel! Yo también lo estaba de ellos, y tenían perfecto derecho á un jefe arrojado y audaz.

La noche se presentaba tormentosa, lo cual no me disgustó. Me convenía partir con el mayor sigilo, porque si los ingleses se hubieran percatado de que me separaba del grueso de las fuerzas, habrían deducido, como era natural, que se tramaba algo grave contra ellos. Mandé, pues, que condujeran mi caballo más allá de la línea de las avanzadas, como si lo llevaran al abrevadero; yo seguí á poca distancia y monté allí. Provisto previamente de un plano, compases y las instrucciones escritas del general, coloqué todos aquellos objetos en el bolsillo interior de mi dormán, me ceñí el sable al cinto y partí á cumplir mi cometido.

La obscuridad era profunda, porque no había luna, y al poco rato comenzó á caer una lluvia menuda y persistente: ¡figúrense ustedes si la expedición sería divertida! Pero yo me sentía henchido de contento ante la idea del honor que se me había dispensado y de la gloria que me estaba reservada. Mi nueva hazaña se agregaría á la brillante serie de las que habían de trocar mi sable por el bastón de mariscal. ¡Ilusiones engañosas, desvaríos de la juventud, ávida de fama y embriagada por la esperanza!

¿Quién había de decirme aquella noche, en el momento en que acababa de ser elegido entre sesenta mil hombres, que terminaría mi vida plantando coles y disfrutando una pensión de cien francos mensuales? ¡Volaron mi juventud, mis ensueños, mis camaradas! ¡La rueda de la Fortuna gira, gira vertiginosamente, sin detenerse jamás! Perdonad esta digresión, amigos míos, porque todos los viejos tenemos nuestros instantes de desaliento.

Siguiendo el itinerario marcado, traspuse las alturas de Torres Vedras, crucé un arroyuelo, dejé á mi espalda una quinta incendiada, que se utilizaba como punto de orientación, y me interné en un bosque de alcornoques que se extendía hasta el monasterio de San Antonio, situado en la extrema izquierda de la posición inglesa. Al llegar á este punto tomé la dirección sud y cabalgué tranquilamente á través de la llanura, obedeciendo las indicaciones de Massena, quien consideraba esto como el mejor medio para traspasar las líneas enemigas sin ser visto. Avanzaba con gran cautela, porque las tinieblas eran tan sumamente densas, que no se veían ni los dedos de la mano. En casos semejantes, siempre tenía la costumbre de soltar las riendas á mi caballo, confiándome á su instinto para seguir el camino. *Voltigeur* marchaba con toda seguridad,

mientras yo vigilaba escrupulosamente á mi alrededor, procurando mantenerme oculto en la sombra. Así caminamos durante tres horas; y suponiéndome libre ya de todo peligro, aligeré la marcha, puesto que antes de amanecer había de rebasar la retaguardia del ejército inglés. El terreno en aquella parte se hallaba cubierto de viñedos, que en invierno le convierten en extensa planicie, por la que un buen jinete puede galopar sin ninguna dificultad.

Pero Massena no había contado con la sagacidad de nuestros endemoniados enemigos, que no se limitaron á establecer una sola línea de defensa, sino tres, siendo la última la que me faltaba franquear, la más formidable de todas. Cuando avanzaba, regocijándome por el éxito de mi empresa, brilló súbitamente ante mí la luz de una linterna y vi los reflejos metálicos del cañón de un fusil y el vistoso tono de un uniforme rojo.

—¿Quién vive?—gritó una voz; ¡y qué voz!

Yo me incliné hacia la derecha, galopando como un loco. Unos cuantos fogonazos refulgieron en la obscuridad y las balas pasaron silbando junto á mis oídos. Aunque el ruido no era nuevo para mí, ni creo que haya nadie que ponga en duda mi valor, debo confesaros que maldita la gracia que me hizo. Pero como nunca he perdido mi serenidad ante los peli-

gros, comprendí que no había más remedio que huir y aventurarme por otro punto. Di, pues, la vuelta á la posición enemiga, sin notar el menor movimiento, lo cual me hizo suponer, fundadamente, que había rebasado la línea. Durante cinco millas seguí trotando hacia el Sud, encendiendo de vez en cuando una pajuela para mirar el plano y comprobar la ruta. Pero de pronto—aun se me crisan los nervios al recordar las angustias de aquel instante—¡ mi caballo se desplomó, sin estremecerse siquiera, como herido por el rayo, rígido, muerto !

No advertí que uno de los disparos de las avanzadas le había traspasado el cuerpo de parte á parte, y el noble animal resistió, sin desmayar, mientras le quedó un soplo de vida.

Un momento antes cabalgaba, tranquilo y seguro, sobre el caballo más veloz y de mejor estampa del ejército de Massena ; ahora el caballo yacía á mis pies, sin otro valor que el de su piel, y yo lo contemplaba, impotente por completo, en la desairada figura de un húsar desmontado. ¿Cómo manejarme con las medias botas, las espuelas y el sable á rastra? Me hallaba muy internado en las líneas enemigas. ¿Cómo retroceder? No me avergüenzo al decirlo : yo, Esteban Gérard, me senté sobre el cadáver de mi caballo, hundiendo el rostro entre las manos,

abatido y desesperado. Ya se vislumbraban por Oriente los primeros resplandores de la aurora, y antes de media hora sería de día. ¡Pensar que había llegado casi al término, que había vencido todos los obstáculos, y que en el último instante me encontraba á merced de mis enemigos, fracasado en mi misión y quizá prisionero!... ¿No eran motivos suficientes para despedazar el corazón de un soldado?

Pero ¡no hay que apurarse! ¿Quién, hasta el más valiente, no ha experimentado en su vida un momento de debilidad? Yo tengo unos nervios semejantes á resortes de acero; cuanto más se los comprime, reaccionan con mayor fuerza. Pasado aquel espasmo de desaliento, se enfrió mi cerebro y se caldeó mi corazón. ¡Aun no se había perdido todo! ¿Por qué no había de salir airoso de aquella prueba como salí de las demás? Me incorporé y reflexioné respecto á lo que convenía hacer.

Desde luego, era preciso descartar la retirada. Por pronto que consiguiera franquear las líneas, habría demasiada claridad. No me quedaba, pues, otro recurso que ocultarme durante todo el día y aprovechar la noche siguiente para huir. Despojé á mi pobre *Voltigeur* del arzón, de las pistoleras y de la brida, ocultándolo todo entre los matorrales, para que no pudiera colegirse, al descubrir mi montura, que había

pertenecido á un jefe francés; y realizada esta operación, me dediqué á buscar un lugar apropiado para esconderme. Las faldas de las colinas cercanas estaban sembradas de fuegos de vivac, á cuyos reflejos se destacaban, con entera precisión, las oscilantes sombras de los soldados. Necesitaba decidirme inmediatamente, ó estaba perdido. ¿Pero dónde ocultarme? Me hallaba en medio de un viñedo, del cual habían desaparecido los tallos, quedando únicamente los pies; no había, por tanto, medio de guarecerse. Además, antes de la noche, me precisería tomar algún alimento y beber un poco de agua.

Eché á correr á través de la obscuridad, que se iba disipando á pasos agigantados, esperando que la suerte continuaría siéndome favorable. Felizmente, mis esperanzas no se vieron defraudadas. La Fortuna es mujer, mis queridos amigos, y siempre se mostró protectora de los obsequiosos y complacientes húsares.

Después de caminar un rato, tropezando en las raíces de las vides, surgió ante mi vista la silueta confusa de una vasta construcción. Era un edificio cuadrado, al que se adosaba otro más bajo. Estaba emplazado en una encrucijada, á la que afluían tres caminos, y por su aspecto comprendí fácilmente que me hallaba frente á una posada ó mesón, y que alo-

AMIENTO tan confortable debía de estar ocupado, sin duda, por algún importante personaje. He comprobado, en muchas ocasiones, que la seguridad aumenta en relación directa con la proximidad del peligro, y esta consideración me tentó á elegir aquel refugio. La parte baja del edificio debía estar destinada á caballerizas: penetré en ella sin ruido, adoptando todo género de precauciones y deslizándome á gatas, porque la puerta estaba entornada. El interior estaba lleno de bueyes y de carneros, encerrados, probablemente, en aquel sitio para ponerlos á cubierto de las garras de los merodeadores. Una tosca escalera daba acceso á un granero; subí por ella y me instalé cómodamente bajo un montón de haces de heno, donde se disfrutaba de una temperatura muy agradable. El granero recibía luz por una pequeña claraboya, desde la cual me distraje contemplando los alrededores de la casa y el camino. Luego descendí, agazapándome para esperar los acontecimientos.

Bien pronto me convencí de que no me había equivocado, al pensar que aquella residencia debía ser el cuartel general de alguna personalidad de viso. Poco después de amanecer, vi llegar á un dragón inglés, portador de un despacho, y á partir de aquel instante, observé un continuo vaivén de oficiales, que

llegaban á caballo y se diseminaban en todas direcciones. Todos ellos pronunciaban el mismo nombre :

—Sir Stapleton... sir Stapleton...

Declaro á ustedes que pasé un mal rato, permaneciendo allí sin moverme, con la garganta seca, mientras desfilaban ante mis ojos sendas botellas, que el posadero servía sucesivamente á los oficiales ingleses y que éstos se apresuraban á vaciar. Pero hube de conformarme con la contemplación de sus rostros rubicundos y flemáticos, recientemente rasurados, preguntándome qué habrían pensado si hubieran podido sospechar que se hallaba tan cerca de ellos un personaje de mi rango y de mis condiciones.

De pronto, cuando más atento estaba en mi atalaya, presencié un espectáculo que me llenó de sorpresa, porque nunca creí que llegase á tal extremo la despreocupación de aquellas gentes. ¿Qué dirán ustedes que se le ocurrió á lord Wellington, al darse cuenta de que Massena le tenía bloqueado, impidiéndole avanzar con su ejército? ¡ No es posible que lo adivinen ! Cualquiera, en su caso, se hubiera entregado á locos arranques de desesperación ; hubiera congregado á sus tropas para arengarlas, hablándoles de la gloria y de la patria, antes de conducir las á una batalla decisiva. ¡ Pues bien, señores ! Lord Wellington no hizo nada de eso, sino que envió un aviso

á Inglaterra para que le remitieran una buena cantidad de lebreles, y él y sus oficiales entretenían sus ocios dedicándose á cazar zorros. No tomen ustedes á broma lo que les digo : detrás de las líneas fortificadas de Torres Vedras, aquellos insensatos empleaban en cazar tres días á la semana. Ya lo habíamos oído contar en el campamento francés ; pero entonces adquirí la prueba de que no se trataba de una fábula.

A lo largo de uno de los caminos de que antes les hablé, descendía una jauría de treinta ó cuarenta perros blancos moteados de rojo, cuyas colas se elevaban en el aire, paralelas como las bayonetas de la antigua Guardia. ¡ Aseguro á ustedes que presentaban un hermoso golpe de vista ! Entre ellos se destacaban tres jinetes, con cascos puntiagudos y casacas rojas, que debían ser los cazadores. Detrás marchaban numerosos soldados á caballo, vistiendo los más variados uniformes, agrupados de dos en dos ó de tres en tres y charlando y riendo entre sí. Caminaban pausadamente, apenas al trote, lo cual me hizo suponer que el zorro que perseguían no estaba dotado de gran agilidad ; pero aquello era cuenta suya y no mía. Pocos minutos después, habían desfilado todos por delante de mi escondite y no tardaron en perderse de vista. Yo continué al acecho, dispuesto á

aprovecharme de cualquier ocasión favorable que se me presentara.

No tardó en llegar, por el mismo camino que los anteriores y al galope corto de su caballo, un oficial ataviado con un uniforme azul, muy parecido al de nuestra artillería volante. Era un hombre de cierta edad, algo metido en carnes, con patillas canosas. Se detuvo y entabló conversación con un oficial de dragones que ostentaba las insignias de ayudante de órdenes y que se hallaba, pie á tierra, á la puerta de la posada. Entonces me di cuenta de la utilidad de haber aprendido el idioma inglés, porque pude enterarme de todo cuanto hablaron.

—¿Dónde es la cita?—preguntó el recién llegado.

—En Altara, mi general—contestó su interlocutor.—Parece que se ha retrasado usted algo.

—Sí; he tenido Consejo de guerra. ¿Ha salido ya sir Stapleton?

En aquel momento se abrió una ventana y apareció encuadrado en el marco un arrogante joven, luciendo un vistoso uniforme.

—¡Hola, Murray! — exclamó. — Estos malditos papelotes me han entretenido; pero voy en seguida.

—Muy bien, Cotton: lo espero andando, porque ya es un poco tarde.

—Tenga usted la bondad de decir á mi ordenanza

que ensille mi caballo y me lo traiga—dijo el joven general á su ayudante, mientras su amigo reanudaba la interrumpida marcha.

El ayudante saltó sobre su montura y se dirigió á un edificio algo apartado. A los pocos momentos, un ordenanza inglés, correctamente uniformado, se presentó llevando de la brida un soberbio animal. ¡ Ah ! ¡ amigos míos ! ¡ no es posible que se formen ustedes idea, ni aun aproximada, de la perfección que puede alcanzar un caballo, sin haber visto de cerca uno de pura sangre inglesa !... Era un ejemplar hermosísimo ; alto, corpulento, fornido, pero ágil y esbelto como un ciervo. Su pelo era negro como el azabache ; su estampa... ¡ qué cabeza ! ¡ qué cuello ! ¡ qué remos ! ¡ qué ancas ! ¡ qué lomo !... ¿ cómo describirlos ? Brillaba á los rayos del sol como ébano pulimentado ; levantaba los cascos piafando con una distinción y una elegancia infinitas, sacudiendo la cabeza y relinchando de impaciencia. Jamás he vuelto á admirar tal mezcla de poder, de gracia y de belleza. Me había preguntado muchas veces cómo era posible que los húsares ingleses se hubieran adelantado á los cazadores de la Guardia, en la batalla de Astorga ; pero me lo expliqué fácilmente cuando tuve ocasión de apreciar las condiciones de los caballos ingleses.

El asistente anudó las bridas del animal en un anillo fijo en el muro exterior, antes de entrar en la posada. En el acto me hice cargo del medio que el azar me deparaba para salvarme. Si yo poseyese aquel caballo, me hallaría en mejor situación que á mi salida del campamento francés, porque no era posible comparar á *Voltigeur* con aquella magnífica montura. ¡Y pensado y hecho! Inmediatamente abandoné mi atalaya y me situé á la puerta del establo. Un segundo después, asía las riendas y saltaba sobre la silla. Casi no estaba afianzado en ella, cuando resonó á mi espalda una serie de exclamaciones, que nunca he sabido si fueron lanzadas por el superior ó por el subordinado. Después de todo, ¿qué me importaba? Hundí las espuelas en los ijares del caballo, que arrancó con tal ímpetu, que sólo un jinete como yo hubiera podido conservar el equilibrio; aflojé la mano y le dejé galopar á la ventura. ¡Lo esencial era alejarme de aquel sitio!

Atravesamos como una exhalación los viñedos, distanciándonos en poco tiempo de mis perseguidores, á quienes era imposible, en aquella comarca tan agreste, averiguar la dirección que había tomado. Me consideré tan seguro, que al llegar á la cumbre de una pequeña eminencia, saqué del bolsillo mi lápiz y mi cuaderno y me dispuse á trazar el plano de los

campamentos que dominaba desde mi altura y á diseñar un croquis del terreno. Pero no era empresa tan sencilla la de dibujar sobre el indómito bruto que montaba, porque de vez en cuando adelantaba las orejas, se estremecía y pateaba de impaciencia. Al principio no acerté á comprender la causa de su excitación, pero no tardé en observar que su nerviosidad se manifestaba cada vez que se oía una especie de aullido en el robledal situado á nuestros pies. De repente, el aullido se convirtió en un estrépito infernal de ladridos mezclados con toques de cuerno. Entonces el animal se volvió loco : sus ojos echaron chispas y su crin se encrespó. Se fué á la empinada, se encabritó y comenzó á revolverse, presa de un verdadero frenesí. El lápiz fué por un lado y el cuaderno por otro.

Cuando miré á la hondonada se ofreció á mi vista una escena extraordinaria. La cacería estaba en su apogeo. Me fué imposible distinguir al zorro, pero los perros corrían en tropel, ardorosamente, rastreando, con las colas en alto, tan cerca unos de otros, que parecían formar una moviente alfombra blanca con manchas de fuego. Detrás galopaban en montón los jinetes. ¡ Qué espectáculo, amigos míos ! En aquel grupo tenían representación todos los cuerpos del ejército inglés : se veían algunos trajes de caza, pero

la mayor parte de los oficiales iba de uniforme ; dragones azules, dragones rojos, vistosos húsares, verdes fusileros, artilleros, brillantes lanceros, y dominando sobre todos el matiz rojo de la infantería, porque sus oficiales montan con tanta perfección como los de caballería. Entre aquella baraúnda se veían briosos corceles y matalones ; pero todos galopaban á más y mejor, yendo confundidos los oficiales subalternos con los generales, empujándose, atropellándose, hostigando á sus monturas, sin otro pensamiento ni más objeto que capturar al zorro. ¡ Realmente, los ingleses constituyen un pueblo extraordinario !

Desgraciadamente, no tuve tiempo para deleitarme contemplando los incidentes de la partida y el entusiasmo de los que en ella tomaban parte, porque de todos aquellos caballos, que se agitaban como impulsados por un ciclón, el que yo montaba era el más loco. Creo que habrán adivinado ustedes que era un caballo de caza. Los ladridos de los perros le habían producido idéntico efecto que á mí los ecos de los clarines de la caballería, que resonaban en las inmediaciones, y estaba verdaderamente frenético, bostando sin cesar. Por fin, salió desbocado, descendió la vertiente de la colina y emprendió vertiginosa carrera tras de los perros. En vano le tiré de las riendas con todas mis fuerzas, jurando como un condenado :

tuve que declararme impotente. El general inglés acostumbraba montar sin freno, y el animal tenía una boca de acero. Era inútil intentar detenerle : hubiera sido más fácil prohibir emborracharse á un granadero. Desesperado, me abandoné á él, y afianzándome en la silla, decidí resignarme con la suerte que el azar me reservara.

¡ Qué caballo ! En mi vida he vuelto á echar los pantalones sobre otro que se le pareciera. Sus músculos se contraían á cada tranco, y corría, corría sin cesar, tendido como un galgo, cortando el aire, que me azotaba el rostro y silbaba en mis oídos. Vestido con nuestro sencillo y severo uniforme, no era fácil que pudiese atraer las miradas de nadie entre la variedad de formas y matices de los demás, como seguramente habría sucedido si todos hubieran llevado traje de caza. Además, era tan descabellada la idea de que un oficial francés se hallara mezclado con ellos, que ni siquiera podía cruzar por su imaginación. Yo me reía interiormente, porque, á decir verdad, en medio del peligro, la situación era sumamente cómica.

Ya he dicho á ustedes que las cabalgaduras de los cazadores eran muy desiguales ; de modo que, al cabo de unas cuantas millas, en lugar de asemejarse el grupo á un regimiento que cargara en masa, los jinetes se habían desparramado en una gran extensión.

Los mejor montados seguían de cerca á la jauría, mientras que los restantes iban quedando rezagados. Yo era tan buen jinete como cualquiera de ellos, y mi caballo, sin disputa, el mejor de todos: en tales condiciones, ya supondrán ustedes que formaba en primera línea.

Cuando vi delante de mí á los perros, seguidos por las rojas casacas de los cazadores y siete ú ocho jinetes más, experimenté una sensación tan extraña, que también me acometió el vértigo... ¡ A mí ! ¡ A Esteban Gérard !... En un instante me sentí dominado por el afán de la caza, por el deseo de triunfar, por el odio al zorro perseguido. ¿ Se nos escaparía el malhadado animal ? ¡ Ah ! ¡ no era posible ! ¡ Le había llegado su hora !

No pueden ustedes darse idea del ansia que se apodera del cazador de ser el primero que huelle con los cascós de su caballo el cuerpo de la pieza cobrada. Yo asistí á aquella montería con ingleses: presencié también, como diré á ustedes otro día, un campeonato de boxeo, en Bristol, y puedo asegurarles que son deportes que despiertan tal interés, que llegan á trastornar el juicio.

Cuanto más avanzábamos, más de prisa galopaba mi caballo; de tal suerte, que al poco rato sólo éramos tres los jinetes que nos manteníamos al alcance

de los perros. Paulatinamente, habían ido desvaneciéndose mis temores de ser descubierto : mi frente ardía, la sangre bullía en mis venas, y no tenía otro pensamiento ni me animaba más empeño que el dar al traste con aquel maldito zorro. Por fin, conseguí dejar atrás á uno de los jinetes, un húsar como yo. No quedaban ya más que otros dos delante de mí : un hombre vestido de negro y el oficial de artillería uniformado de azul que había visto en la posada. Sus grises patillas flotaban al viento y continuaba impertérrito en su silla. Durante algo más de una milla conservamos aquel orden ; pero al subir un repecho pude acentuar el galope y adelantarme á ambos, gracias á mi menor peso. Al llegar á la meseta de la colina nos encontramos solos el montero y yo, precedidos por los perros. A unos cuantos centenares de pasos divisé una mancha oscura : era el zorro, que huía á todo correr. A su vista, la sangre me dió un vuelco.

—¡ Ah ! ¡ ya eres nuestro !—dije para mi colete, animando por señas al montero, como indicándole que podía contar conmigo.

Al fin me hallé separado del zorro únicamente por la jauría. Los perros, cuya única misión consiste en levantar la caza y seguir la pista, constituían ya más bien un estorbo que un auxilio para nosotros, por la dificultad de **atravesar** aquella masa.

—¡Cuidado, caballero!—exclamó el picador.

Aquel buen hombre sentía inquietud por mí, pero yo le tranquilicé con una sonrisa. Crucé por en medio de la jauría : quizá resultaran un par de canes maltrechos, pero ¿cómo evitarlo? No es posible hacer tortillas sin cascar huevos. A lo lejos se percibían las voces de los cazadores, que me felicitaban. Un esfuerzo más, y todos los perros quedaron á mi espalda. Únicamente iba delante el zorro.

¿Cómo expresaros mi júbilo por el triunfo alcanzado? ¡Haber vencido á los ingleses, hasta en su propio deporte nacional! Allí estaban congregados trescientos, todos ávidos de la sangre de aquel animal, y sin embargo, era yo el destinado á derramarla. Pensé en mis compañeros de armas, en mi madre, en el Emperador, en Francia... ¡Había conquistado nuevos laureles para todos! Por momentos se acortaban las distancias entre el zorro y yo. Era llegado el instante decisivo : desenvainé mi sable y le blandí en el aire. Los bravos ingleses seguían aclamándome.

Hasta entonces no me hice cargo de las dificultades que ofrece la caza del zorro. Yo le tiraba mandobles á diestro y siniestro ; pero él esquivaba todos los golpes, merced á lo reducido de su tamaño y á la sorprendente agilidad peculiar á los de su especie. Los cazadores seguían alentándome con sus gritos, y

aquellos clamores estimulaban mi amor propio, aguijoneando mis esfuerzos.

Por fin, sonó la hora suprema de la victoria. Aprovechando una de las evoluciones del animal, le asesté un tremendo cintarazo de revés, el mismo que utilicé para matar al ayudante de campo del emperador de Rusia. El zorro quedó dividido en dos, yendo por un lado la parte de la cabeza y por otro la de la cola. Yo miré hacia atrás, elevándome sobre los estribos y blandiendo mi sable teñido en sangre. ¡ No cabía en mí de orgullo ; debía de estar soberbio !

¡ Ah ! ¡ cuánto me hubiese alegrado poder esperar allí para recibir las felicitaciones de aquellos enemigos tan generosos ! Me iban á la zaga unos cincuenta, accionando calurosamente y vociferando. ¡ Decididamente, la raza inglesa no es tan flemática como se la supone ! Por mi parte, puedo afirmar que cualquier hazaña belicosa ó cinegética inflama sus valerosos corazones.

En cuanto al viejo montero, tuve ocasión de apreciar por mis propios ojos, por hallarse á mi lado, la intensa emoción que le había producido la escena. Permanecía como petrificado, con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, las manos en alto y los dedos separados. Estuve tentado de retroceder, irme hacia él y estrecharle entre mis brazos. Pero surgió



Aprovechando una de las evoluciones del animal, le asesté un tremendo cintarazo de revés... (Pag. 32)

EL CRIMEN DEL CORONEL.

LÁMINA I

en mi mente la idea de que, á despecho de la fraternidad existente entre todos los cazadores, aquellos ingleses no hubieran dejado de hacerme prisionero si me alcanzaban. El encargo que se me había confiado no admitía demora, y una vez cumplido, nada tenía que hacer allí.

Por una feliz coincidencia, la cacería nos había conducido á las inmediaciones del campamento de Massena, cuyas líneas se divisaban á poca distancia. Me aparté del zorro muerto, saludé con el sable y me alejé al galope.

Pero aquellos amables compañeros de partida no se avenían, sin duda, á separarse de mí tan fácilmente, y á mi vez me convertí en zorro para ellos, que reanudaron la persecución, más tenaz y más encarnizada que nunca. Hasta el momento en que me arranqué, como una flecha, en dirección al campamento, nadie se había dado cuenta de que yo era un oficial francés; pero, al advertirlo, todos galoparon tras de mí, pisándome los talones. Sólo se detuvieron al llegar á la distancia de un tiro de fusil de nuestras avanzadas, y aun allí, reunidos en pequeños grupos, continuaron gritando y gesticulando, amenazándome con los puños cerrados.

A pesar de todo, nunca he creído que aquellas demostraciones significaran una manifestación de odio;

más bien me inclino á suponer que eran una prueba de la simpatía y de la admiración que inundaba sus corazones y una expresión de su deseo de abrazar al extranjero que tan deferente había sido para con ellos.

EL CAMPEÓN DE CROXLEY

I

Roberto Montgomery estaba sentado ante su pupitre, con la cabeza entre las manos, dominado por el más profundo desaliento. Sobre la mesa se abría un libro registro, cuyas amplias páginas contenían, metódicamente anotadas, las fórmulas del doctor Oldacre. Al alcance de su brazo se hallaba un cajón de madera dividido en varios departamentos, con etiquetas de diferentes tamaños, preparadas para rotular frascos y cajas, un recipiente con tapones de corcho y unos trozos de lacre. Al frente, una hilera de frascos vacíos, esperando que se decidiese á llenarlos ; pero el pobre muchacho se sentía demasiado abatido para dedicarse á su tarea, y permanecía inmóvil y silencioso, con su ancha espalda encorvada y la vista fija en el espacio.

En el exterior, á través de las empañadas vidrieras de las ventanas del laboratorio, se veía, en primer término, una serie de vetustas construcciones cubiertas por ennegrecidas tejas ó descascarilladas pizarras, y más al fondo una línea de elevadas chimeneas que, semejantes á ciclópeos pilares, parecían sostener el cúmulo enorme de nubes grises que velaban el firmamento. Durante seis días de la semana, las chimeneas vomitaban torbellinos de humo ; pero en aquél las calderas estaban apagadas, por ser domingo. La atmósfera de tristeza que se cernía sobre aquella parte de la ciudad, lóbrega y solitaria, parecía impregnar todo cuanto rodeaba.

La causa de la preocupación de Roberto era más honda, más personal. Se acercaba la época de los exámenes, y debía concurrir á la Universidad para probar su aptitud en las últimas asignaturas de la carrera y obtener el diploma de médico. Pero ¡ ay ! no tenía dinero para satisfacer los derechos exigidos, y se preguntaba con angustia cómo conseguiría proporcionárselo. Necesitaba sesenta libras, que representaban para él una cantidad fabulosa, y no sabía de dónde sacarlas.

Su meditación fué interrumpida por la presencia del propio doctor Oldacre. Era éste un hombre corpulento, completamente rasurado de rostro, amane-

rado en sus actitudes y de aspecto respetable y severo. Gozaba fama de intransigente en materia religiosa, de serio y recto en sus actos y de compasivo para con sus semejantes; sus ademanes y sus palabras estaban siempre impregnados de cierto tinte de benevolencia. Al verle, surgió repentinamente una idea en la imaginación del desventurado estudiante. Iba á poner á prueba la sinceridad de aquella filantropía.

—Perdone usted, doctor—dijo, levantándose de su asiento,—desearía pedirle un señalado favor.

El interpelado puso una cara capaz de desanimar á cualquiera: sus labios se fruncieron y su mirada se tornó huraña.

—Usted dirá, señor Montgomery—contestó.

—Ya está usted enterado, doctor, de que la terminación de mi carrera depende solamente de la licenciatura.

—Me lo ha dicho usted varias veces.

—Es verdad; como se trata de un asunto tan importante para mí...

—Naturalmente.

—Los derechos ascienden, como usted sabe, á sesenta libras esterlinas.

—Mis deberes profesionales me llaman á otra parte y no puedo entretenerme ahora.

—¡ Un momento, señor doctor ! Yo me permitiría suplicar á usted que se sirviese anticiparme esa cantidad, otorgando á su favor un documento y abonándole los intereses correspondientes. Tenga usted la seguridad de que se reintegrará de todo, doctor. Hasta, si usted lo desea, trabajaré por su cuenta, cuando haya obtenido mi título de médico.

—Su pretensión es tan desatinada, señor Montgomery—contestó el doctor,—que me sorprende muchísimo que se haya usted atrevido á formularla. Calcule usted el número de estudiantes de medicina que existen en la localidad, entre los cuales habrá varios que se hallen en iguales ó peores condiciones que usted. ¿Acaso he de convertirme yo en Providencia de todos ellos? Ya comprende usted que no es posible, como tampoco lo es que haga una excepción en su favor. Lamentó, por tanto, que me haya usted colocado en el doloroso trance de rehusarle lo que me pide.

Y dichas estas palabras, giró sobre sus talones y salió del laboratorio, con aire de majestad ofendida.

El estudiante sonrió amargamente y puso mano ardorosamente á su tarea, consistente en preparar las fórmulas ordenadas en las recetas recibidas aquella mañana. Era una ocupación ingrata y mezquina, pro-

pia más bien de un hombre enteco y poltrón que de un joven fuerte, vigoroso y activo como él; pero le proporcionaba sustento, albergue y una libra esterlina por semana, es decir, lo justo para permitirle vivir durante los meses de verano y hacer algún pequeño ahorrito para el invierno. ¿Cómo economizar de tan menguados emolumentos la importante suma cuyo anticipo acababa de negarle su principal? No encontraba medio de agenciársela. En realidad, no carecía de inteligencia, pero tampoco era un genio: sólo podía calificársele de medianía, y éstas abundan en todas partes. Era un portento de fuerza, ¿pero de qué le serviría en aquella ocasión?

Sin embargo, el azar tiene á veces caprichos inexplicables, y en aquel momento le acechaba para protegerle.

—¿En qué quedamos? — gritó una voz desde la puerta.

Montgomery levantó la cabeza, al oír el agresivo y destemplado apóstrofe, y vió á un joven apoyado en el quicio.

Era un minero rechoncho, con un cuello como el de un toro, ataviado de fiesta con un terno á cuadros, sobre el que se destacaba una vistosísima corbata. Sus negras pupilas lanzaban siniestras y altaneras miradas y sus mandíbulas se agitaban como las de un perro de presa.

—¿En qué quedamos?—repitió en el mismo tono.
—¿Por qué no has enviado la medicina, como te lo ha mandado tu amo?

Montgomery se había ido acostumbrando poco á poco á la franqueza brutal del obrero del Norte. Al principio le molestaban aquellas groserías, pero acabó por hacerse indiferente á ellas, dándoles el valor que realmente tenían.

—¿A nombre de quién?—preguntó con toda calma.

—¡De Barton!—contestó el minero.—¡A ver si hago que te acuerdes de mi nombre para siempre!... ¡Ya estás preparando la medicina, ó te lo diré de otra manera!

Montgomery sonrió burlonamente, y armándose de paciencia, continuó impertérrito su tarea; pero no queriendo dejar pasar sin correctivo aquellos insultos tan soeces y aquella provocación tan inoportuna, terminó el arreglo del frasco que tenía entre manos, lo colocó en su sitio, y, volviéndose hacia el minero, le dijo:

—La medicina de usted se preparará y se le enviará cuando le llegue su turno. Si prefiere usted esperar, puede hacerlo; pero tenga la bondad de salir, porque aquí está terminantemente prohibida la entrada.

—¡ Quia, hombre!—contestó el minero.—Yo no me muevo de aquí sin que me despaches la medicina para mi mujer. Anda de prisa, ó no respondo de que seas tú quien necesite medicinarse muy pronto.

—Aconsejo á usted que no busque cuestiones conmigo—dijo Montgomery, en el tono duro y alterado del hombre que se contiene á duras penas.—Procure tranquilizarse y no me ponga en el disparadero... ¡ Ah! ¿ lo quieres así? ¡ Pues sea!

Los dos puñetazos fueron casi simultáneos. El del obrero pasó rozando la cara de Montgomery, y el de éste dió de lleno en la barba de aquél. La suerte favoreció al estudiante, quien comprendió, por la violencia del golpe del minero, que tenía frente á frente un competidor temible; pero éste, á su vez, pudo darse cuenta, por experiencia propia, de la fuerza del joven.

La cabeza del minero fué á estrellarse con estrépito en uno de los ángulos de la valla que separaba el laboratorio del despacho, y el hombre se desplomó pesadamente, quedando tendido, con las piernas arqueadas y los brazos en cruz, mientras la sangre corría lentamente sobre las baldosas.

—¿ Estás satisfecho ya?—preguntó el estudiante, respirando ruidosamente.

Pero no recibió respuesta: el minero yacía en el

suelo, sin sentido. Montgomery se hizo cargo en un instante de lo comprometido de su situación, y se puso tan pálido como su adversario. Era domingo, y al pensar en el impecable Oldacre, en sus arraigados sentimientos religiosos, en la reyerta que acababa de sostener con uno de sus clientes, no se le ocultó que perdería su colocación, si llegaban á descubrirse los hechos. Ciertamente, la colocación no tenía nada de envidiable ni de brillante ; pero para obtener otra, por modesta que fuese, precisaría las referencias del doctor, quien seguramente le rehusaría un certificado favorable. ¿Qué sería de él, sin dinero para continuar sus estudios y sin contar con ningún elemento de vida? Aquello significaba el completo desmoronamiento de sus más caras esperanzas.

Después de todo, quizá le fuera posible evitar el escándalo. Asió por los brazos á su desvanecido antagonista, le arrastró hasta el centro de la pieza, le desabrochó el cuello de la camisa y roció su rostro con una esponja empapada en agua fría. El minero se incorporó al fin, prorrumpió en un suspiro entrecortado y lanzó á su contrincante una mirada furibunda.

—¡ El diablo te lleve !—le dijo, enjugando el agua que le corría por el pecho.—Me has puesto hecha una sopa la corbata.

—Siento muchísimo haberle pegado tan fuerte—repuso Montgomery, excusándose.

—¡ Calla, hombre ! ¿ A eso llamas pegar fuerte ? Sería capaz de resistir durante todo el día golpes parecidos á éste, sin que me produjeran más efecto que la picadura de una mosca. ¡ Buena suerte has tenido de que choqué con esa maldita esquina, que me ha partido la cabeza ! En fin, dejemos esto y haz el favor de darme la medicina para mi mujer.

Montgomery la preparó rápidamente, muy satisfecho de verse libre de aquel bárbaro, y se la entregó al cabo de pocos instantes.

—Debe usted de estar muy débil todavía—le dijo.
—¿ Por qué no descansa usted un rato ?

—Mi mujer necesita el medicamento—contestó el coloso.

El practicante le miró alejarse dando traspiés, hasta el momento en que, habiendo encontrado á un amigo, se colgó de su brazo, siguiendo ambos calle abajo. El minero, con su ruda franqueza del Norte, parecía no guardarle rencor, y los temores de Montgomery se fueron disipando. No había razón ninguna para que el incidente llegase á conocimiento del doctor. Limpió las manchas de sangre, puso en orden el laboratorio y reanudó su interrumpido trabajo.

Pero, á pesar de todo, no pudo desechar la vaga inquietud de que se hallaba poseído, inquietud que se convirtió en espanto cuando, á la caída de la tarde,

le anunciaron que tres caballeros le aguardaban en el laboratorio. ¿Sería el juzgado instructor? ¿Sería una invasión de agentes de policía, ó una irrupción de vengadores parientes de su víctima? De cualquier manera, la cosa era grave. El pobre muchacho se presentó trémulo y acongojado ante sus visitantes.

Estos formaban un trío verdaderamente singular. Montgomery los conocía de vista, pero no podía explicarse la razón de que fueran juntos, y mucho menos adivinar lo que pretendían de él.

El primero se llamaba Sorley Wilson y era hijo del propietario de la mina de carbón Nonpareil : un joven de veinte años, heredero de una considerable fortuna y muy aficionado á toda clase de deportes. Cursaba sus estudios en la Universidad de la Magdalena y había venido á pasar las vacaciones estivales al lado de su familia. Estaba sentado en el borde de la mesa del laboratorio, contemplando atentamente á Montgomery y atusándose las guías de su fino y atildado bigote negro.

El segundo era el posadero Purvis, dueño de la más acreditada y concurrida cervecería de la localidad : un hombre de aspecto vulgar, recién afeitado, cuyo encendido rostro formaba especial contraste con el tinte marfileño de su pelado y redondo cráneo, semejante á una bola de billar. Sus ojos picarescos, de

un tono azul claro, desaparecían bajo la maraña de sus cejas, de un color parecido al pelaje de un zorro. Estaba sentado en una silla, apoyando sus manazas sobre las rodillas, y miraba con aire observador al joven estudiante, que acababa de entrar.

Lo mismo hacía el tercer visitante, llamado Fawcett, domador de caballos, que se hallaba reclinado en otra silla, extendidas sus largas y delgadas piernas, cubiertas hasta la rodilla por unas polainas de cuero, y golpeando maquinalmente su prominente dentadura con el pomo de su látigo. Su enjuto y tostado rostro revelaba una verdadera ansiedad.

Hostelero, petimetre y picador permanecían por igual silenciosos, graves y atentos. Montgomery tomó asiento entre los tres, mirándolos sucesivamente.

—¿Qué desean ustedes, caballeros?—preguntó.

Nadie desplegó los labios.

La situación era en extremo embarazosa.

—¡No!—dijo al fin el domador.—Creo que no sirve: no es esto lo que necesitamos.

—¡Levántate, muchacho!—repuso á su vez el cervecero.—¡Que te veamos de pie!

Montgomery obedeció, calculando que con un poco de paciencia conseguiría dar con la clave de aquel enigma. Se levantó y giró lentamente en redondo, como si estuviese de prueba ante su sastre.

—¡ Nada ! ¡ nada ! — exclamó el domador. — El campeón no tendría ni para empezar con él.

—¡ Oh ! ¡ eso es lo que falta ver ! — replicó el joven escolar universitario. — Usted puede retirar su apuesta, si quiere, pero yo la mantendré, aunque me quede solo. Me gustan mucho más sus hechuras que las de Barton.

—Usted no se ha fijado en los hombros de Barton, señor Wilson.

—La anchura de hombros no es siempre indicio de fuerza, amigo Fawcett. Lo que hace falta es nervio, agilidad, destreza. Esas son las cualidades para triunfar.

—Estamos de acuerdo—interrumpió, con su voz pastosa el obeso mesonero.—¿ Pero dónde encuentra usted esas cualidades ?

—¡ Lo menos le faltan diez libras de peso ! — gruñó el domador.

—No importa ; pesa lo suficiente.

—Unas ciento treinta libras.

—Y también ciento cincuenta.

—De todos modos, el campeón pesa mucho más.

—Eso era antes, cuando se dedicaba constantemente al ejercicio. Ahora está muy fofo y tengo la seguridad de que no existe gran diferencia entre ambos. ¿ Hace mucho tiempo que no se ha pesado usted, señor Montgomery ?

Era la primera pregunta que se le dirigía. Hasta entonces había permanecido en medio de sus visitantes como caballo en feria, pensando si sería preferible formalizarse ó seguir la broma.

—Peso ciento cincuenta y cuatro libras justas—contestó.

—¿Qué les dije á ustedes?

—Supongo que estarás ágil y fuerte, ¿verdad?—interrogó el cervecero.

—Siempre lo he sido, porque nunca he dejado de hacer ejercicio.

—Menos mal—observó el domador,—pero eso es muy relativo. No es lo mismo el ejercicio que se hace á diario, por sí solo, que el que se realiza teniendo un buen maestro. Apuesto cualquier cosa, con todo el respeto que debo á usted, señor Wilson, á que en este momento le sobran diez ó doce libras de grasa.

El joven estudiante de Cambridge colocó una de sus manos sobre el brazo del practicante y, asiéndole con la otra la muñeca, le hizo plegar vivamente el antebrazo, notando, bajo la presión de los dedos, el bíceps torneado y duro como una piedra.

—¡Fíjense ustedes en esto!—exclamó.

El posadero y el domador palparon á su vez el músculo, con cierto aire de respeto.

—¡Bravo, muchacho!—gritó Purvis, entusiasmado.—¡Ya verán ustedes cómo triunfamos!

—Señores—dijo Montgomery,—creo que reconocerán ustedes que casi han abusado de mi paciencia. He oído, sin protestar, cuanto se les ha antojado decir respecto á mi apariencia física, y ahora les agradecería infinito que me manifestaran en qué puedo serles útil.

Los tres personajes tomaron asiento, adoptando una grave actitud, como si se tratara de resolver un asunto de capital importancia.

—La cosa es bien sencilla, señor Montgomery—comenzó el panzudo cervecero,—pero antes de formular nuestras proposiciones, queríamos comprobar si concurrían en usted las condiciones necesarias. El señor Wilson entiende que sí: el señor Fawcett, que también tiene derecho á emitir su opinión, tanto por ser uno de los interesados en el negocio como por pertenecer al comité, es de parecer contrario.

—He sostenido, y sigo sosteniendo, que su constitución no es bastante sólida—dijo el domador, sin cesar de golpear su prominente dentadura con el puño metálico de su látigo.—Sin embargo—añadió,—es musculoso, está bien proporcionado, y pudiera suceder... En fin, si la intención de usted es apostar á su favor, señor Wilson...

—¡Claro que lo haré!

—¿Y usted, Purvis?

—Yo no retiro jamás mi palabra, Fawcett.

—Pues bien ; en ese caso, yo también depositaré la parte que me corresponde.

—Ya sabía que acabaría usted por ahí—dijo Purvis.—Sería la primera vez que flaqueara Isaac Fawcett. Así, pues, queda convenido que aportaremos las cien libras entre los tres y se celebrará el partido... digo, contando con la aquiescencia de este joven.

—Vamos al grano, señor Montgomery—dijo el joven universitario, con acento de sinceridad.—Como ve usted, hemos comenzado á construir la casa por el tejado ; pero vamos á ponerle al corriente de todo y esperamos que no tendrá usted inconveniente en acceder á nuestros deseos. Ante todo, ¿se acuerda usted del sujeto con quien riñó esta mañana? ¡ Es Barton ! ; el famoso Ted Barton !

—Ya puede usted estar orgulloso de haberle derribado al primer golpe—interrumpió el posadero,—porque Morris, el campeón, que pesa setenta kilos, se ha visto negro para vencerle. Ha sido un verdadero golpe maestro, y no tendrá usted que hacer más que repetirlo cuando llegue la ocasión.

—No conocía el nombre del tal Barton hasta que lo vi escrito esta mañana en una de las recetas—dijo el practicante.

—Pues tenga usted la seguridad de que es un

hombre de agallas—afirmó el domador.—Le ha dado usted una lección bien merecida por cierto, porque hace mucho tiempo que está hecho un gandul ; pero eso no significa nada.

Montgomery miró á sus interlocutores, en ademán suplicante.

—Pero, señores, ¡ por amor de Dios !—exclamó.—Ruego á ustedes que me digan de una vez lo que desean de mí.

—Deseamos simplemente que se avenga usted á luchar con Silas Craggs, más conocido por el sobrenombre de Campeón de Croxley.

—¡ Yo ! ¿ Y por qué ?

—Porque Ted Barton, en su calidad de campeón de las minas de carbón del señor Wilson, debía hacerlo el sábado próximo con Silas, como campeón de las fundiciones de Croxley. Nosotros tres habíamos apostado por él cien libras esterlinas ; pero, como le ha inutilizado usted esta mañana, causándole una herida bastante profunda en la cabeza, no se halla en condiciones para ponerse frente á su adversario. En su consecuencia, hemos pensado en usted para substituirle, porque lo mismo que ha tumbado usted á Barton puede conseguir dominar al campeón de Croxley. Si no accede usted á nuestra pretensión, nos coloca en un verdadero aprieto, porque no hay

nadie en toda la comarca que sea capaz de competir con él. Se ha convenido en que habrá veinte asaltos, se usarán guantes de dos onzas, se aplicarán las reglas de Queensberry y se contarán todos los puntos al que llegue al final de la contienda.

En el momento, Montgomery sólo pensó en lo absurdo de la proposición que acababa de hacérsele; pero de pronto surgió una idea en su mente. ¡Cien libras! No necesitaba más para completar sus estudios. ¡Y aquella suma sería efectiva para él, con la única condición de que hubiera en su brazo suficiente vigor para recogerla! Precisamente aquella misma mañana meditaba respecto al poco partido que podía sacar de su desarrollo físico y de sus energías, y ahora se le presentaba una ocasión en que sus músculos podrían reportarle más beneficio, en una hora, que su inteligencia en todo un año. Pero le asaltó una duda.

—¿En qué concepto voy á ostentar la representación de las minas de carbón—preguntó—sin pertenecer á ellas?

—¡No te apures por eso, muchacho!—contestó el viejo Purvis.—Hemos estipulado por escrito las condiciones del partido y son terminantes en ese punto... «Cualquiera que tenga relación directa ó indirecta con las minas.» El doctor Oldacre es el mé-

dico de las minas, tú eres su ayudante... ¿Qué más pueden desear?

—El argumento no admite réplica—dijo el joven estudiante de Cambridge—y siempre quedaremos reconocidos á su atención, por prestarnos su concurso para sacarnos del atolladero. Quizá sea violento para usted aceptar las cien libras en metálico; pero eso tiene fácil arreglo, porque podemos invertirlas en un buen cronómetro de oro, en un centro de mesa ó en cualquier objeto artístico que sea de su agrado. Tenga usted en cuenta, señor Montgomery, que en cierto modo es el responsable de la pérdida de nuestro campeón, y que tal circunstancia nos confiere algún derecho sobre usted.

—Denme ustedes tiempo para reflexionar, señores, ¡ha sido tan inesperada su proposición!... Lo que temo es que el doctor no me autorice para ello: mejor dicho, estoy seguro de que no me lo permitirá.

—No hay necesidad de que se entere, hasta que se haya verificado la lucha. No hay nada que nos obligue á publicar el nombre de nuestro apadrinado. Lo único que nos pueden exigir es que tenga el peso reglamentario.

La perspectiva de la aventura por una parte, y por otra el consiguiente provecho, alucinaron á Montgomery. La tentación era irresistible.

—¡ Pues bien, señores — exclamó, — he aquí su hombre !

Los tres asociados botaron en sus asientos. El hostelero le asió la mano derecha, el domador tomó entre las suyas la izquierda, y el escolar universitario le tendió los brazos al cuello, oprimiéndole efusivamente.

—¡ Bravo, muchacho ! ¡ bravo !—graznó Purvis.— Yo te aseguro que si consigues el triunfo adquirirás una reputación tan brillante como si de pobre médico rural te hubieras convertido, de golpe, en el doctor más afamado de la Corte. Eres un buen chico, y si vences al campeón, tendrás en la posada de los Cuatro Sacos más cerveza de la que puedas consumir en lo que te reste de vida.

—Es el caso más original que se ha conocido— agregó el joven Wilson.— Como salga usted victorioso, ya puede contar con el acta de representante, si alguna vez se le ocurre presentar su candidatura, porque se llevará usted de calle á todos los electores del distrito. ¿ Conoce usted el cobertizo del jardín de mi casa ?

—¿ Próximo á la carretera ?

—Justo. Había preparado en él un gimnasio para Barton ; de modo que allí encontrará usted cuanto pueda necesitar : pesas, argollas, trapecios, barras,

picas, guantes de boxeo, toda clase de aparatos y útiles. Sólo le falta una persona con quien ensayar. Barton no le guarda rencor. Es un muchacho francote y de buen corazón, aunque á primera vista parece adusto y antipático. El mismo se ha ofrecido á entrenarle, durante los días que faltan, indicándonos que señale usted la hora que le convenga.

—Se lo agradezco á él y á ustedes, y ya les avisaré la hora—dijo Montgomery.

El comité se retiró, sin poder ocultar su júbilo por el éxito de sus negociaciones.

El joven estudiante permaneció un rato en el laboratorio, absorto en sus pensamientos. Recordó que había sido educado físicamente por uno de los profesores más en boga, campeón en sus tiempos, quien jamás le escatimó los elogios, citándole como modelo de alumnos hábiles y vigorosos, y dedujo en consecuencia que tenía talla suficiente para poder competir con cualquiera. Después de todo, ¿qué podía suceder? Si vencía, entraría en posesión del dinero que tanto ambicionaba ; si, por el contrario, era derrotado, todo quedaría reducido á una paliza, que soportaría con valor y con resignación. Quizá no hubiera más que una probabilidad entre ciento, pero valía la pena de aventurarse.

La llegada del doctor Oldacre, que volvía del tem-

plo, llevando entre sus enguantadas manos, de un modo bien ostensible, un voluminoso devocionario, interrumpió el curso de las meditaciones de su dependiente.

—He observado que no ha ido usted á la iglesia, señor Montgomery—dijo con frialdad.

—No, señor ; me han retenido mis quehaceres.

—La iglesia está muy cerca, y ya sabe usted que tengo especial empeño en que las personas que prestan servicio en mi casa sean las primeras en dar buen ejemplo. Nuestro pueblo carece de instrucción, y pesa sobre nosotros una gran responsabilidad. Si empezamos por faltar á nuestros deberes, ¿cómo hemos de pedir á esos infelices obreros que cumplan los suyos? ¡Espanta pensar que la mayor parte de los feligreses se preocupan más del campeonato de boxeo con guantes, que tendrá efecto dentro de pocos días, que del cumplimiento de los preceptos religiosos!

—¿Un campeonato de boxeo con guantes?—preguntó azorado Montgomery.

—Así creo que se llama. Un amigo mío acaba de manifestarme que no se habla de otra cosa en toda la comarca. Un bárbaro de la localidad, cliente nuestro por añadidura, va, según parece, á pelearse con un boxeador de Croxley. No alcanzo á comprender

que los legisladores no pongan coto á esos espectáculos tan degradantes. Realmente se trata de un pugilato.

—¿Pues no me ha dicho usted que era un campeonato de boxeo con guantes?

—Según me han informado, el uso de los guantes de dos onzas es un medio de burlar la ley y de hacer difícil la intervención de la policía. El objeto de la lucha es ganar una cantidad en metálico. ¿No le parece á usted insensato y hasta inverosímil que se autoricen semejantes escenas á las puertas mismas de nuestra pacífica morada? Pues ello le demostrará, señor Montgomery, que, ante tan perniciosas influencias, es más indispensable que nunca provocar la reacción con nuestro ejemplo.

La filípica del doctor habría producido mayor efecto en su ayudante si éste no hubiera tenido varias ocasiones de apreciar la elevación de miras de quien la lanzaba ; pero pensó que es mucho más fácil predicar que dar trigo. Después de todo, en semejantes torneos, la figura más digna y más simpática es la del combatiente. Su conciencia no le acusaba de nada malo. Iba en busca de lo que necesitaba, poniendo á prueba su resistencia y su valor, y esto tenía más de plausible que de censurable. ¡Que el espectáculo era poco edificante ! En último término,

valía más pasar la plaza de bárbaro que la de pusilánime.

En el extremo de la calle se hallaba establecida una modesta tabaquería en la que Montgomery había contraído el hábito de surtirse, recogiendo á la vez todos los chismes y cuentos de la localidad, porque el tendero era un hombre muy charlatán y al corriente de la vida y milagros de todo el mundo. Nuestro héroe se encaminó paseando hacia la tienda, después de tomar el te, y preguntó al estanquero, como por casualidad, si había oído hablar del campeón de Croxley.

—¡ Que si he oído hablar de él!—exclamó el interpelado, á quien el asombro dejó con un palmo de boca abierta.—¡ Pues si es el hombre más conocido en cien leguas á la redonda, y su nombre suena tanto en el mundo deportivo como el del vencedor del Derby! Por cierto—continuó, interrumpiéndose un momento y rebuscando en las columnas de un periódico—que la prensa se ocupa mucho de él, con motivo de su apuesta pendiente con Ted Barton. ¡ Mira! entérate por tus propios ojos.

En el centro de la hoja, impresa en compactos caracteres, se destacaba el busto de un hombre, ceñido por una camiseta de estambre que dejaba al descubierto un enorme cuello y el nacimiento de dos

nervudos brazos. Era un tipo basto, rasurado por completo, cuyos ojos, de mirada siniestra y penetrante, quedaban casi ocultos bajo el espeso arqueado de sus cejas y sus salientes pómulos. En la parte superior del grabado se leía en grandes titulares «Sillas Craggs» y debajo del mismo «Campeón de Croxley».

—Aquí encontrarás toda clase de datos referentes á su persona—agregó el comerciante.—Era un verdadero atleta, que honró siempre la tierra en que ha nacido. Si no se hubiera roto la pierna, sería positivamente á estas horas el campeón de Inglaterra.

—¡ Ah ! ¿ tiene una pierna rota ?

—Sí ; se le curó lo mejor que se pudo, pero quedó lisiado para siempre. Los chiquillos se mofan, por lo bajo, llamándole *K*, porque sus piernas afectan, cuando anda, la forma de esa letra ; pero estoy seguro de que sus brazos se mantienen firmes y de que se mostrará á la altura de su fama.

—Me llevo el periódico—dijo Montgomery.

Y doblando el ejemplar, lo guardó en el bolsillo y se volvió á casa.

No era, en verdad, muy alentador el contenido de aquellas columnas, en las que aparecían enumeradas, minuciosa y detalladamente, todas las proezas del campeón, que constituían una carrera triunfal, sólo

interrumpida muy de tarde en tarde por algún ligero descalabro.

Montgomery leyó y releyó el artículo, quedando en actitud pensativa y grave. No era una empresa baladí la que se había impuesto; no era una lucha con un boxeador de poco más ó menos, que sólo hubiera obtenido una reputación local. Las hazañas de su rival le demostraban, por el contrario, que tenía que habérselas con un hombre que figuraba en primera ó casi en primera línea. Concurrían, sin embargo, algunas circunstancias que le favorecían y de las que debía procurar obtener el mayor partido posible. En primer término, la edad; su competidor tenía cuarenta años, mientras él sólo contaba veintitrés, y hay un antiguo proverbio, muy conocido entre la gente de pista, que afirma que «la juventud vence siempre». Esto no obstaba para que los anales deportivos ofreciesen numerosas excepciones. Un rudo veterano que hubiese adquirido con la práctica una fría bravura y que conociese todas las mañas del oficio, se restaba con ello diez ó quince años, y podía derrotar á la mayor parte de los principiantes. No había, pues, que confiar con exceso en la ventaja que le daba la edad. Otra circunstancia favorable era el defecto físico del campeón de Croxley, que constituía para éste una seria desventaja. Por últi-

mo, contaba con la contingencia de que su adversario no pusiera en juego sus recursos, por considerarle un enemigo de poca monta, cosa que nada tenía de extraño y que Montgomery deseaba vivamente que ocurriera. Si, á pesar de todo, el campeón de Croxley resultaba invencible, se resignaría con su suerte; pero concentraría todos sus esfuerzos en prepararse cuidadosamente, sin omitir el menor detalle, y procuraría quedar bien.

Conociendo, como conocía, el deporte, apreciaba perfectamente la diferencia entre un profesional y un simple aficionado y sabía que la serenidad, el conocimiento de ciertas tretas, y sobre todo la fuerza de resistencia para recibir los golpes sin riesgo, entraban por mucho. Los que se hallan acostumbrados y llegan á tener los músculos abdominales tan elásticos como la gutapercha, pueden soportar, sin inmutarse, golpes violentísimos, que pondrían á otro cualquiera fuera de combate, haciéndole rodar sin aliento. Claro que en una semana era imposible adquirir aquellas cualidades que echaba de menos; pero con buena voluntad algo podría conseguir.

En cambio, el estudiante de medicina poseía condiciones físicas nada despreciables. Medía cinco pies y once pulgadas—talla ventajosísima, en opinión de los más afamados boxeadores—era cuadrado de hom-

bros, y tenía la viveza, la agilidad y la flexibilidad de una pantera, unidas á una fuerza extraordinaria. Sus músculos habían alcanzado un enorme desarrollo, pero más que en ellos, hallaba su vigor en la energía nerviosa. Finalmente, y sobre todo, se sentía poderosamente aguijoneado por la idea de que se jugaba su porvenir en la empresa.

A la mañana siguiente, los tres asociados se frotaron las manos de satisfacción, al ver prepararse en el gimnasio á su apadrinado; y Fawcett, el domador, que había escrito á Leeds para que realizara la colecta de fondos, envió un telegrama rectificando sus instrucciones anteriores y ordenando que agregaran otras cincuenta libras á las que ya tenía comprometidas en favor del joven.

La principal dificultad para Montgomery estribaba en hallar el tiempo necesario para entrenarse, sin despertar sospechas en el doctor. Sus ocupaciones le absorbían la mayor parte del día; pero como hacía las visitas á pie y tenía que recorrer considerables distancias, esto, por sí solo, constituía ya un verdadero ejercicio preparatorio. Además, cada mañana y cada tarde trabajaba durante una hora levantando pesas, y boxeaba en el gimnasio con Ted Barton, aprovechando las enseñanzas de aquel profesor improvisado.

Barton se admiraba de la destreza y agilidad de su discípulo, pero abrigaba ciertas dudas respecto á su poder y resistencia. La característica de su juego era pegar, y pegar duro, y eso era lo que exigía de Montgomery.

—¡ Pero, hombre! — le decía. — ¡ Vaya un golpe para un gigante como tú! Es preciso que pegues más fuerte si quieres que el campeón advierta siquiera tu presencia... ¡ Esto ya es otra cosa! — exclamaba cuando su educando le largaba un porrazo que le hacía ir, tambaleándose, hasta el otro extremo del gimnasio. — ¡ Así me gusta! ¡ que se sienta la mano!... ¡ Aun puede que saquemos partido de ti!

Y prorrumpía en una ruidosa carcajada cuando Montgomery renovaba su ataque.

—¡ Bravo, muchacho! — gritaba entusiasmado. — ¡ La cosa marcha como sobre ruedas!... ¡ Vaya un modo de zarandear!... ¡ Animo! ¡ ánimo! ¡ Sigue por ese camino!

La dieta, á que tuvo que someterse Montgomery, fué el único detalle que llegó á llamar la atención del doctor, quien no podía explicarse satisfactoriamente aquel cambio de régimen.

—Perdone usted mi advertencia, señor Montgomery—le dijo, al fin, un día,—pero vengo notando que se ha hecho usted muy delicado en sus gustos,

cosa que me parece impropia de un joven. ¿Por qué se hace usted tostar el pan en todas las comidas?

—Porque me sienta mejor así.

—Pero representa un exceso de trabajo para la cocina. También he observado que no come usted patatas.

—Efectivamente ; son muy pesadas para mi estómago.

—Tampoco bebe usted cerveza.

—No, señor.

—Esos caprichos, esas manías, sin causa ni fundamento que los justifique, son muy censurables á su edad. ¡ Cuántos infelices desearían esas patatas y esa cerveza que usted desprecia !

—No lo dudo ; pero por ahora prefiero abstenerme de ellas.

Almorzaron solos, sentados frente á frente, y el estudiante pensó que aquélla era la ocasión más oportuna para solicitar el permiso que necesitaba.

—Le agradecería muchísimo, señor doctor, que me autorizase usted para ausentarme el sábado próximo—dijo.

—Lo veo muy difícil, porque es un día muy ocupado.

—Trabajaré doble el viernes, á fin de dejarlo todo en orden. Además, espero estar de regreso por la noche.

—Temo mucho que no podré prescindir de usted, señor Montgomery.

La respuesta era imprevista ; pero el joven se hizo la reflexión de que, si se le negaba el permiso, se lo tomaría por su cuenta, y el resultado sería el mismo.

—Recuerde usted—insistió—que cuando entré á su servicio convinimos en que tendría libre un día cada mes. Como le consta, nunca he usado de esta facultad, pero ahora tengo mis razones para pedir asueto el sábado.

El doctor se vió precisado á ceder, aunque de muy mala gana.

—Claro es que si reclama usted sus derechos, no hay nada que oponer ; pero permítame usted que le diga que me parece una falta de consideración á mis conveniencias personales y á los intereses de mi clientela. ¿Persiste usted en su demanda?

—Sí, señor.

—¡ Está bien ! Haga usted lo que le plazca.

El doctor botaba de cólera, pero no podía menos de reconocer las relevantes cualidades que adornaban á su auxiliar y los excelentes servicios que le prestaba. Era un muchacho formal, inteligente, asiduo y laborioso, de quien no le convenía desprenderse. Ni por asomo se le ocurrió acceder á la pretensión de

anticipo de fondos para que terminara su carrera, porque hubiera sido tirar piedras contra su propio tejado. Su egoísmo le aconsejaba no crearle una posición independiente, sino mantenerle en aquella situación subalterna, que tantos beneficios le reportaba en trabajo y economía. Pero había en la tenacidad del joven y en la resolución de que se hallaba impregnado su acento al formular su demanda de permiso, algo que necesariamente tenía que excitar su curiosidad.

—No pretendo, en modo alguno, inmiscuirme en sus asuntos, señor Montgomery—le dijo,—pero ¿podría saber si tiene usted intención de pasar el sábado en Leeds?

—No, señor.

—¿Se trata, quizá, de una excursión campestre?

—Precisamente.

—Me parece una buena idea. Un día de campo es el más poderoso de los reconstituyentes. ¿Ha elegido usted ya sitio?

—Sí, señor ; pienso ir hacia la parte de Croxley.

—Realmente, una vez pasadas las minas de hierro, se domina un panorama muy bonito. Para mí, no hay nada tan delicioso como tenderse al sol en la vertiente de una colina, respirando aquel ambiente tibio y perfumado, sobre todo, si se lleva como compañero un buen libro. ¡ Ah ! le recomiendo que visite

las ruinas del templo de Santa Brígida : es una de las más hermosas joyas de la arquitectura normanda. No veo más que un inconveniente en su expedición á Croxley : el de que, según me han dicho, precisamente allí y en el mismo día es donde ha de verificarse ese brutal pugilato con guantes, y quizá turbe su tranquilidad toda la gentuza de los alrededores, que no dejará de acudir, atraída por tan repugnante espectáculo.

—No importa ; me arriesgaré—contestó el auxiliar.

El viernes por la noche, víspera de la lucha, se hallaban reunidos en el gimnasio los tres organizadores, pasando revista á su favorito, que realizaba varios ejercicios de ligereza, con objeto de dar á sus músculos la mayor flexibilidad posible. Estaba en magníficas condiciones : su piel brillaba, rebosando salud, y en sus ojos se reflejaban la energía y la confianza. Los tres hombres le rodearon, dando evidentes señales de regocijo.

—¡ Está soberbio !—exclamó el licenciado en ciencias.—Se ha entrenado usted de un modo admirable. Está usted fuerte como una roca y en disposición de competir con todo el que se presente.

—No sé qué le encuentro—dijo á su vez el hostelero.—A mi juicio, esos riñones no están bastante sólidos.

—¿Cuánto ha pesado usted hoy?

Ciento cincuenta y siete libras y media—contestó el practicante.

—Es un aumento de más de tres libras en una sola semana—dijo el domador.—Ya se conoce que es de buena pasta. Por mi parte, me parece fuerte y apto, sin que esto signifique aventurar nada respecto al resultado.

Y acarició el torso de Montgomery como si se tratase de uno de sus caballos.

—Dicen que el campeón de Croxley rebasará las ciento sesenta en el pesaje—agregó.

—Creo que de buena gana renunciaría á unas cuantas —repuso Purvis.—Según parece, ha costado un triunfo impedirle que continúe bebiendo cerveza, lo cual no se hubiera conseguido á no terciar en el asunto su querida, esa mujer de pelo rojo, que ha estado á punto de sacar los ojos á un dependiente de la taberna de Chequers que le llevaba un jarro lleno. Se asegura que esa mujerzuela es á la vez su amante y su entrenadora y que su pobre esposa se muere de pena ...¡ Eh! ¿qué quieres, chico?

Acababa de abrirse la puerta del gimnasio, dando paso á un muchacho de unos diez y seis años, cuyo rostro, embadurnado de hollín y de limaduras de hie-

rro, iluminó la indecisa luz de la lámpara que alumbraba el aposento. Ted Barton le asió por el cuello.

—¿Qué buscas aquí, granujilla?—le dijo.—¿No sabes que esto es una propiedad particular y que nadie tiene derecho á espiarnos?

—Desearía ver al señor Wilson.

El aludido se adelantó, diciendo :

—¡ Aquí me tienes ! ¿ Qué quieres ?

—Mi visita está relacionada con la lucha, señor Wilson. Quisiera decir dos palabras á su protegido, respecto al campeón de Croxley.

—No podemos perder el tiempo escuchando tus majaderías, chico—contestó Wilson.—Ya sabemos todo lo que nos hace falta.

—¡ Le aseguro que no, señor Wilson ! Nadie lo sabe más que mi madre y yo ; pero hemos pensado enterar á ustedes, porque celebraríamos que no le quedara hueso sano.

—¡ Ah ! ¿ te gustaría que vapulearan al campeón ? Entonces eres de los nuestros. ¡ Vamos á ver ! ¿ Qué tienes que decirnos ?

—¿ Es ése su contrincante ?

—Supongamos que lo sea.

—¡ Pues bien ! he de advertirle que el campeón es tuerto del ojo izquierdo.

—¡ Vaya, hombre ! ¡ no disparates !

—Hablo en serio. No es tuerto del todo, pero apenas ve. Como es natural, él procura ocultarlo, pero mi madre y yo estamos en el secreto. Manténgase usted constantemente á su izquierda y se convencerá de que no da pie con bola. Sobre todo, evite usted el golpe recto, que constituye su especialidad. El le llama «su golpe de gracia», porque no hay quien le resista. Si le alcanzase á usted, le desharía.

—¡ Gracias, muchacho !—dijo Wilson.—Acabas de suministrarnos un dato interesantísimo. Pero ¿ cómo has sabido eso? ¿ Quién eres tú?

—Soy hijo suyo, señor.

Wilson se puso á silbar entre dientes.

—¿ Y quién te ha enviado aquí?

—Mi madre. Ahora voy á comunicarle el resultado.

—Está bien. Toma esta media corona.

—Dispense usted, señor, pero no me ha impulsado el interés al venir á ver á ustedes ; sólo me ha guiado...

—¿ El cariño?—interrumpió el hostelero.

—¡ El odio !—contestó el muchacho.

Y desapareció, corriendo, entre las tinieblas.

—¡ Me parece que la tal roja le ha de proporcionar más disgustos que alegrías !—observó Purvis.—Y ahora, querido Montgomery, basta de trabajo y á dor-

mir : nueve horas de sueño son la mejor preparación para la lucha. ¡ Quién sabe si mañana, á estas horas, estarás de regreso con cien libras en el bolsillo !

II

El sábado, á la una, se suspendió el trabajo en toda la zona minera, porque la lucha estaba señalada para las tres de la tarde. Los altos hornos de Croxley, las minas de Wilson y de Heartshease, las manufacturas de Dodd y las fundiciones de acero de Leverworth, dieron salida en tropel á sus numerosos obreros, cada uno de los cuales iba seguido de cerca por su fox-terrier ó por un perro de caza. La mayor parte de aquellos hombres, agobiados por la diaria tarea, encorvada su espalda por la permanencia, durante semanas enteras, en el fondo de las galerías, ó resquemados sus ojos por los ardientes vapores del metal fundido al rojo blanco, sólo encuentran compensación á sus fatigas en las violentas emociones ó en los variados incidentes del deporte. Es el único aliciente, la sola distracción capaz de hacerles soportar su existencia miserable, lo único que les interesa, fuera del

tenebroso círculo en que se hallan encerrados. La literatura, las ciencias, las artes, son mitos para ellos ; en cambio, las carreras, los partidos de foot-ball, el cricket, el boxeo, son cosas perfectamente adaptables á su inteligencia, que pueden combinar anticipadamente y comentar después. Por extraño, por anacrónico que parezca, la afición á esos espectáculos, brutales si se quiere, es uno de los más poderosos estímulos para esa clase de obreros. Está tan arraigada en su temperamento, constituye de tal modo la característica de su naturaleza, que si, por efecto de una educación más esmerada, llegasen á infiltrarse en su alma sentimientos más elevados, quedaría extirpado de raíz ese clásico tipo del minero inglés, que tan hondas huellas ha dejado marcadas en el mundo. Cada uno de aquellos rudos obreros, al dirigirse presurosamente al lugar de la liza, era un representante genuino de las tradiciones de la raza.

Amaneció uno de esos días tormentosos del mes de mayo, en los que alternan los claros con los chubascos. Montgomery pasó toda la mañana en el laboratorio, preparando sus recetas.

El tiempo está tan inseguro—dijo el doctor,—que, á mi juicio, debería usted aplazar su excursión al campo.

—Lo siento mucho, pero tengo precisión de hacerla hoy mismo.

—Acabo de recibir aviso de que el señor Potter, que vive al otro lado de Angleton, desea verme. Es muy probable que me retenga todo el día, y francamente, sería un compromiso dejar la casa sola durante tanto tiempo.

—Lo lamento, pero tengo absoluta necesidad de marcharme—contestó el auxiliar con obstinación.

El doctor comprendió que era inútil insistir, y emprendió su camino hecho una furia. Montgomery respiró á sus anchas, al verle fuera de casa. Subió á su cuarto y acopló en un maletín de mano sus zapatos de carrera, su pantalón de lucha y su cinturón de cricket. Cuando volvió al laboratorio, ya estaba Wilson esperándole.

—Me han enterado de que ha salido el doctor—dijo.

—Sí—contestó Montgomery.—Por cierto que será muy fácil que no vuelva en todo el día.

—Es indiferente, porque de todos modos lo sabrá por la noche.

—¡ Ay, señor Wilson ! El asunto es gravísimo para mí. Si triunfo, todo irá bien ; confieso á usted que me seduce la perspectiva de ganar esas cien libras. Pero si resulto vencido, perderé mi colocación, porque, como ha dicho usted muy atinadamente, no es posible guardar el secreto.

—¡ No importa ! Ya le auxiliaremos á usted. Lo que me sorprende es que el doctor no esté al corriente, porque en toda la comarca se sabe que va usted á luchar con el campeón de Croxley. Armitage, muy interesado en la contienda, por ser el que mayores sumas ha comprometido en favor de su contrincante, nos ha visitado para comprobar si se hallaba usted en las condiciones marcadas en el contrato, por más que el campeón ha declarado que le admite á usted, llénelas ó no. Juega de firme, y yo creo que venía dispuesto á mover un escándalo ; pero se le ha demostrado que concurrían en usted todos los requisitos estipulados, y no ha tenido más remedio que convenir en que se ha procedido en regla. Ellos dan por descontada su victoria.

—Sucedá lo que quiera, esté usted seguro de que pondré cuanto pueda de mi parte—contestó Montgomery.

Ambos almorzaron juntos : la comida fué silenciosa y un tanto agitada, porque Montgomery estaba preocupado por las consecuencias que su acto podría acarrearle ; y en cuanto á Wilson, le inquietaba la pérdida del dinero comprometido.

El carruaje de Wilson, tirado por un brioso tronco, los aguardaba á la puerta. Los caballos lucían escarpelas azules y blancas, colores de las minas de Wil-

son, bien conocidos en más de un campo de foot-ball. En la barrera de la avenida se hallaban agolpados algunos centenares de mineros, acompañados de sus mujeres, que prorrumpieron en ruidosas aclamaciones al paso del coche. El joven practicante se imaginaba ser juguete de una ilusión; le parecía soñar despierto. Ante aquella aventura, la más extraordinaria de su vida, sintió invadido todo su ser por una sensación extraña, que comunicaba nuevos ardores á su corazón. Reclinado en los almohadones del descubierto vehículo, veía ondear al viento, azotando las portezuelas, los pañuelos que agitaban los mineros en cuya representación iba á combatir. Wilson había prendido en el chaquetón de Montgomery un lazo azul y blanco, para que todos pudieran reconocer en él á su campeón.

—¡ Buena suerte, amigo! — gritaban á coro los obreros, amontonados en el camino.

Montgomery llegó á considerarse como uno de aquellos paladines de la Edad Media que se dirigían á la palestra armados de punta en blanco para librar singular combate. ¿ Acaso no se trataba de un torneo? Aunque un poco vulgar, no dejaba de serlo, en realidad, porque si bien luchaba en provecho propio, también lo hacía para mantener incólume el prestigio de la colectividad. Quizá fuera vencido, por fal-

ta de destreza ó de fuerza, pero tenía la conciencia tranquila de que ni un solo instante había decaído su ánimo.

Fawcett se encaramaba en aquel momento á un tñlburi de dos ruedas, entre cuyas varas iba enganchado un caballejo de media sangre. Empuñó el látigo y se incorporó á ellos. Al poco rato, alcanzaron al rubicundo posadero Purvis, á quien acompañaba su mujer, hecha un brazo de mar. La pareja se agregó igualmente á la comitiva, y durante un trayecto de siete millas de carretera, hasta Croxley, el carruaje de Montgomery se fué convirtiendo, poco á poco, en una especie de núcleo de cometa con una cola ligeramente radiante. De todas las encrucijadas salían carromatos de mineros, carricoches desvencijados y mugrientos, atestados de gente, en los que vociferaba y gesticulaba una multitud de mocetones, francos y noblotes, pero escandalosos y groseros. El camino estaba repleto en una extensión de más de un cuarto de milla ; chasqueaban las fustas, se gritaba, se galopaba, se juraba, y entre aquella variedad de vehículos se confundían los jinetes y los peatones.

De pronto, un escuadrón de la milicia provincial de Sheffield, que maniobraba en un campo inmediato, evolucionó, dando escolta al carruaje. A través de las nubes de polvo que le envolvían, Montgomery

distinguía los brillantes reflejos de los cascos metálicos, los vistosos colores de los uniformes, el balanceo de las cabezas de los caballos y los rostros curtidos y gozosos de los soldados. El sueño continuaba, más fascinador que nunca.

Cuando ya se divisaba la extensa línea de toscas construcciones, en forma de embudo invertido, que constituyen los altos hornos y las fundiciones de Croxley, la densa y polvorienta estela que dejaban tras de sí fué bruscamente cortada por otra larga hilera de carruajes que desembocó en la carretera por una senda afluyente á la misma. El acompañamiento de Wilson tuvo que detenerse hasta que acabó de desfilarse el otro cortejo. Los obreros de las fundiciones prorrumpieron en vítores ó en denuestos, en armonía con sus sentimientos personales, al pasar por delante de su rival. Los grupos se lanzaron mutuamente una granizada de burlas soeces, que rasgaban el aire, como fragmentos de hierro ó ascuas candentes.

—¡ Mira ! ¡ mira !—decía uno ;—¡ por fin se atrevió á venir !

—¿ Has traído una espuerta para recogerle ?—preguntaba otro.

—¿ Dónde está el jacarandoso K ?—gritaba un tercero, partidario de Montgomery.

—¿A quién se le ocurre presentarse con esa fachacha?—agregaba otro.—¡ Ya se conoce que no se ha mirado al espejo!

—¡ Vaya un boxeador! ¡ Eso es un doctorcillo en agraz!

—¡ Puede que vuestro desgarbado campeón necesite los auxilios del doctor antes de terminar la lucha!

Las cuchufletas siguieron cruzándose de bando á bando, hasta que fueron interrumpidas por un murmullo que, sordo al principio y más perceptible después, acabó por convertirse en vocerío ensordecedor, y apareció una carretela tirada por cuatro caballos, una y otros engalanados con lazos color salmón. El cochero llevaba un sombrero blanco, adornado con una escarapela del mismo tono. En el testero iban acomodados un hombre y una mujer: ésta ceñía con su brazo la cintura de aquél.

Montgomery los examinó de una ojeada. El hombre cubría su cabeza con una gorra de piel, inclinada sobre la frente, y su cuerpo con un largo gabán de paño, llevando envuelta la garganta en una bufanda rosa. La mujer, de aire desvergonzado, tez bronceada y rojos cabellos, lucía un llamativo tocado y reía nerviosamente.

El campeón—pues él era—se volvió al pasar por

delante de Montgomery, le miró desdeñosamente y sonrió de un modo amenazador, dejando al descubierto su mellada dentadura. Sus duras facciones y su torva mirada denotaban la perversidad de su carácter.

El coche que marchaba inmediatamente detrás era ocupado por los organizadores de la fiesta, en su mayor parte jefes de taller de las fundiciones, contramaestres y administradores de las fábricas. Uno de ellos alargó á Montgomery un recipiente de metal en el que se disponía á empinar el codo. Poco á poco, la multitud se fué dispersando, y la comitiva de Wilson, con su escolta militar, reanudó su interrumpida ruta, en pos de la que le precedía.

La carretera se desviaba de Croxley serpenteando entre ondulantes colinas cuajadas de verdor, hollado y marchito por la insaciable piqueta de los explotadores de yacimientos de carbón y de hierro. El terreno estaba completamente socavado, y los enormes montones de desperdicios y de escorias daban una vaga idea del trabajo colosal llevado á cabo por el hombre en las entrañas de la tierra. A la izquierda, el camino formaba un recodo y ascendía en declive hasta un gran edificio aislado y casi en ruinas, por cuyas ventanas, desprovistas de cristales, penetraba la luz á torrentes.

—Es la antigua factoría de Arrowsmith — dijo Wilson.—Allí es donde ha de tener efecto la lucha. ¿Cómo se encuentra usted ahora?

—Bien, muchas gracias. En mi vida me he sentido tan animado—contestó Montgomery.

—¡Pardiez! me admira su entereza y su energía —replicó Wilson, quien, á su pesar, estaba inquieto y molesto.—Tengo la evidencia de que nuestra causa está en buenas manos. Aquel edificio más pequeño, que se ve á la derecha, era en sus tiempos oficina; allí hemos instalado el pesaje y el ropero.

El carruaje cruzó entre una nube de gritos de todo género, proferidos por los grupos situados á ambos lados de la carretera. Una larga fila de vehículos, ya vacíos, descendía la cuesta, y una compacta muchedumbre se apiñaba en los alrededores de la puerta de la ruinoso fábrica. Un enorme cartelón pegado al muro anunciaba que los precios de las localidades se habían fijado en cinco, tres y un chelín, por orden de preferencia; los perros pagaban medio asiento. El producto líquido de la entrada, deducidos gastos, debía ser adjudicado al vencedor, y ya era fácil deducir, á simple vista, que los beneficios obtenidos cubrirían con exceso las cien libras apostadas. La taquilla estaba convertida en una Babel de voces, entre cuya algarabía no había medio de

entenderse; los obreros discutían acaloradamente, pretendiendo que se permitiera el libre acceso á los perros; éstos ladraban; la oleada humana se arremolinaba, llenando el espacio comprendido entre la carretera y las escabrosas rocas que limitaban por la parte opuesta el edificio.

La carretela de los adornos salmón, con su tiro de cuatro caballos humeantes, ya desalojada, permanecía estacionada ante la puerta del antiguo despacho. Wilson, Purvis, Fawcett y Montgomery penetraron en él.

Era un amplio local desmantelado, en cuyo deslucido papel se destacaban, de trecho en trecho, manchones más claros, indicadores de los sitios en que en tiempos anteriores estuvieron colgados cuadros y almanaques. El pavimento se hallaba cubierto por un deteriorado linoleum. El mobiliario se reducía á unos cuantos bancos y una mesa de madera de pino, sobre la que había un cántaro y un vaso. Unos cortinajes ocultaban dos de los ángulos de la estancia, en cuyo centro estaba preparada una báscula con una silla encima.

Un hombre de abultado abdomen, con una corbata encarnada y un chaleco azul moteado con todos los colores del arco-iris, salió al encuentro de los recién llegados. Era Armitage, carnicero y ganadero

en una pieza, que gozaba tanta fama de adinerado como de ducho en materias deportivas.

—¡Hola! ¡hola!—gruñó con un vozarrón bronco y destemplado.—¿Ya están ustedes aquí? ¿Es este caballero su campeón?

—¡El mismo!... ¡no se quejarán ustedes!—contestó Wilson.—Señor Montgomery, permítame usted que le presente al señor Armitage.

—Tengo un verdadero placer en conocer á usted —dijo el carnicero—y me felicito de verle entre nosotros. Debo confesar á usted que todos, en Croxley, admiramos su valor y confiamos en que la lucha será cortés y leal y obtendrá la victoria el que la merezca. Tales son los sentimientos que nos animan.

—Están de perfecto acuerdo con los míos—replicó el practicante.

—Me complace extraordinariamente oírle hablar así, señor Montgomery. Aunque su tarea es ardua, yo le garantizo, por experiencia propia, que no es imposible su triunfo. Nuestro campeón está dispuesto á que se le pese.

—Y yo también.

—Debe usted presentarse al peso en traje de asalto.

Montgomery lanzó una mirada de soslayo á la

mujerona de cabello rojo, que se apoyaba en el quicio de la ventana.

—¡Esto marcha perfectamente!—dijo Wilson.— Métase usted detrás de la cortina y prepárese.

Montgomery atendió la indicación y salió á los pocos instantes, ofreciendo á las miradas de todos los presentes el torso y los miembros de un verdadero atleta. Vestía un calzón blanco, muy ancho, calzaba una especie de alpargatas y ceñía su talle con un cinturón de cricket, de modelo corriente. Su piel brillaba de tal modo que parecía de seda, y los músculos de sus robustos hombros y de sus macizos brazos se distendían á cada movimiento, ya formando nudosas masas de un matiz marfileño, ya curvas extensas y sinuosas, según subía ó bajaba las manos.

—¿Qué piensas tú de todo esto?—preguntó Ted Barton, dirigiéndose á la mujer acodada en el alféizar de la ventana.

La interpelada contempló despectivamente al joven atleta.

—No has hecho gran honor á mi hombre—contestó—eligiendo para competir con él á ese jovenzuelo larguirucho y desmirriado. Mi Jock es capaz de estrangularle con una mano atada á la espalda.

—¡Quién sabe!—replicó Barton.—Lo único que puedo decirte es que todo mi capital consistía en dos

libras y las he apostado íntegras por él... Pero, aquí está el campeón. Realmente, hay que convenir en que es un coloso.

El luchador acababa de salir de detrás de la cortina de su departamento. Era un tipo achaparrado, pero de aspecto formidable. Sus hombros y sus brazos alcanzaban un desarrollo casi monstruoso, y cojeaba ligeramente de su lisiada pierna. Su piel distaba mucho de tener la tersura y el brillo de la de Montgomery, siendo, por el contrario, áspera y opaca: una enorme verruga se destacaba en el centro de su tórax, materialmente cubierto por una espesa maraña de vello. Existían visibles desproporciones en su cuerpo, pues mientras aquella desmesurada espalda y aquellos descomunales brazos, terminados en puños semejantes á mazas, cuadraban al gladiador más vigoroso que jamás hubiese pisado las arenas de un circo, los riñones eran débiles y las piernas relativamente delgadas.

Montgomery, por el contrario, estaba tan admirablemente modelado como una estatua griega. Era fácil comprender, á la primera ojeada, que uno de los contendientes sólo servía para determinada clase de ejercicio corporal, en tanto que el otro era igualmente apto para todos. Hubiera podido comparárselos á un bull-dog y á un terrier de pura sangre. Ambos se miraron con curiosidad.

—¿Cómo está usted?—preguntó Montgomery.

—¿Cómo va?—interrogó simultáneamente el campeón, haciendo una mueca que puso al descubierto los tres únicos dientes que le quedaban, pues los demás los había perdido en sus veinte años de campaña.—Nos hace un tiempo hermoso—agregó.

—Magnífico—contestó Montgomery.

—¡Da gusto ver esto!—exclamó el carnicero.—Ambos son soberbios... ¡sí! soberbios, dignos el uno del otro. Estoy seguro de que lucharán noble y francamente.

—Si me vence ¡que Dios le bendiga!—dijo el campeón de Croxley.

—Y si le vencemos nosotros ¡que Dios le ampare!—interrumpió la roja.

—¡Calla, enredadora!—gritó el campeón, dando muestras de contrariedad.—¿Quién te ha dado vela en este entierro? ¡Cuidado con lo que hablas, ó te doy un sopapo!

La amenaza no produjo la menor impresión en la mujer.

—¡Trabajo te mando!—le replicó.—¡Procura primero desembarazarte de tu enemigo, que luego ya nos veremos las caras!

La querrela de los dos amantes fué interrumpida por la entrada de un nuevo personaje; un caballero

envuelto en un gabán forrado de pieles y cubierto con una chistera flamantísima, de las que no suelen verse frecuentemente á cinco millas de Hyde Park. Llevaba el sombrero tan echado atrás, que las alas formaban una especie de cuadro ovalado á su ancha y despejada frente, á sus ojos vivos y penetrantes y á su semblante de apariencia ruda, pero benévola. Penetró en el local como en país conquistado, ni más ni menos que lo haría el director de un circo en la pista.

—Es el señor Stapleton, el árbitro de Londres—dijo Wilson á Montgomery.

Luego se dirigió al encofetado personaje.

—¿Cómo está usted, señor Stapleton?—le preguntó.—¿No recuerda usted de mí? Tuve el honor de serle presentado con ocasión del gran campeonato del Círculo Corintio de Piccadilly.

—¡ Ah, sí! Es verdad—contestó el recién llegado, correspondiendo al saludo con un apretón de manos.—Son tantas las personas que me presentan, que no es posible retener sus nombres en la memoria. Si no estoy equivocado, usted es el señor Wilson, ¿verdad?... Tengo un especial placer en verle de nuevo. No he podido encontrar ni un carruaje en la estación, y ése ha sido el motivo de mi retraso.

—Esté usted persuadido, caballero—dijo Armita-

ge,—de que nos consideramos honrados y enorgullecidos al ver que una persona tan ventajosamente conocida en el mundo deportivo se ha dignado concurrir á nuestra modestísima fiesta.

—¡Nada de eso! ¡al contrario! Todo cuanto se relaciona con el boxeo me interesa en alto grado. ¿Está ya todo dispuesto? ¿Se ha pesado á los combatientes?

—Ahora mismo están pesándose.

—Será conveniente que yo presencie la operación. Ya le conozco, Craggs. Fui testigo de su segunda lucha con Willox : en el primer asalto consiguió usted dominarle, pero en el segundo se cambiaron las tornas. ¡Veamos! ¿Qué marca la báscula?... Ciento sesenta y tres libras, de las que descontadas dos por el peso de las ropas, quedan reducidas á ciento sesenta y una... Ahora le toca á usted, joven —continuó, dirigiéndose á Montgomery.—Pero ¿qué colores son éstos?

—Los del Círculo Anónimo de cricket.

—¿Y con qué derecho usa usted ese distintivo? Yo pertenezco á ese Círculo.

—Y yo también.

—¿Es usted aficionado?

—Sí, señor.

—¿Y va usted á luchar, para obtener un premio en metálico?

—Esa es mi intención.

—Supongo que ya sabe usted á lo que se compromete. A partir de este momento, queda usted consagrado como luchador profesional; de modo que si en lo sucesivo pretende usted tomar parte en algún concurso...

—No volveré á luchar en mi vida—interrumpió Montgomery.

—¡ Es fácil que no !—murmuró la mujer.

El campeón le lanzó, de reojo, una mirada furibunda.

—¡ Está bien !—continuó el árbitro.—Cada cual sabe lo que más le conviene. ¡ Vamos allá ! Ciento cincuenta y una libras, menos dos de las ropas, quedan en ciento cuarenta y nueve. Hay doce libras de diferencia, pero, en cambio, tiene usted la ventaja de ser más joven. Convendría empezar cuanto antes, porque necesito tomar el expreso de las siete en Helli-field. Si no estoy mal informado, las condiciones del combate son veinte asaltos de tres minutos de duración cada uno, separados por intervalos de un minuto, aplicando las reglas del campeonato de Queensbury. ¿ No es así ?

—Justamente.

—Pues vamos á la pista.

Después de echar un abrigo sobre los hombros

de los combatientes, éstos, sus padrinos, los organizadores y el árbitro salieron del local. Un inspector de policía les interceptó el paso. Llevaba en la mano un carnet, esa arma terrible que impone respeto hasta á los cocheros de la capital.

—Sírvanse ustedes darme sus nombres—dijo—por si se alterara el orden y fuera preciso levantar el oportuno atestado.

—¡Supongo que no tratará usted de suspender la lucha!—exclamó Armitage, indignado.—Soy Armitage, de Croxley, y tanto yo como el señor Wilson, aquí presente, nos hacemos responsables de que nada lamentable ocurrirá.

—A pesar de todo, me precisa tomar los nombres, por si acaso—insistió el inflexible inspector.

—¿Pero no me conoce usted?

—Aquí no conozco á nadie—replicó el inspector.—Me limito á cumplir lo que la ley ordena, y nada más. No quiero contraer la responsabilidad de suspender la lucha, porque se efectúa con guante; pero necesito conocer los nombres de todos los que intervienen en ella. ¡Vamos á ver! Silas Craggs, Roberto Montgomery, Eduardo Barton, Santiago Stapleton, de Londres. ¿Quién es el ayudante de Craggs?

—¡Yo!—dijo la mujer del pelo rojo.—¡Sí, yo! ¡no me mire usted! Estos son asuntos que no inte-

resan á nadie más que á mí. Me llamo Anastasia... con cuatro aes.

—¿Craggs?

—¡No, señor! Johnson. Anastasia Johnson. Si se le ocurre á usted prenderle á él, ya puede cargar también conmigo.

—¿Quién habla de prisión? ¡imbécil!—gruñó el campeón.—¡Vamos, señor Armitage, porque ya estoy harto de tantas formalidades!

El inspector siguió á la comitiva, esperando que, gracias á su cargo, se le reservaría un lugar de preferencia, desde el cual podría, sin dejar de velar por el estricto cumplimiento de las disposiciones legales, apostar treinta chelines, á siete contra uno, en favor del apadrinado de Armitage. Traspusieron una puerta, descendieron por un angosto sendero limitado por dos compactas hileras de curiosos, subieron una escalinata de madera y desembocaron en una plataforma cercada en toda su extensión por una cuerda, sujeta por cuatro barrotes á la altura aproximada de la cintura de un hombre.

Montgomery se dió cuenta de que se hallaba en el sitio en que había de decidirse su futura suerte. En el extremo de uno de los barrotes, colocado en un ángulo de la plataforma, ondeaba un gallardete azul y blanco. Barton condujo allí al practicante,

cuyo abrigo, negligentemente arrojado sobre sus hombros, flotaba al viento. Se sentó en un taburete de madera, mientras Barton y otro individuo permanecían en pie junto á él. El terreno acotado formaba un cuadro de unos veinte pies de lado. En frente, en el ángulo opuesto, se destacaba la faz siniestra de su competidor, acompañado de su roja amante y de un sujeto de rudo aspecto, que le contemplaba con aire protector. En los otros dos ángulos del tablado había unos jarros de metal, palanganas y esponjas.

Aturdido por el tumulto y el bullicio de la entrada, Montgomery no pudo hacerse cargo de todos los detalles; pero aprovechó unos cuantos minutos de retraso, ocasionado por la ausencia del árbitro, para dirigir una ojeada en torno suyo. El espectáculo debía quedar impreso en su mente de una manera indeleble. Al alzar la cabeza, vió cruzar el espacio una bandada de cuervos, que nublaron el firmamento al tender su tardo y pesado vuelo. Adosados al muro, se habían acoplado unos tablones, formando una tribuna que descendía en anfiteatro. La multitud se amontonaba en la gradería, llenándola de bote en bote. Las primeras filas estaban ocupadas por la gente mejor vestida, y en las restantes se confundían los ternos de pana con los de fustán. Todos los ojos se

fijaban en él. La humareda gris de las pipas llenaba la atmósfera, y el ambiente se hallaba impregnado del acre y fuerte olor del tabaco de inferior calidad. Entre las cabezas de las personas asomaban las de los perros, que ya gruñían sordamente, ya lanzaban sonoros ladridos. Hubiera sido imposible ver á nadie á través de aquella masa humana, entre la que sólo se destacaban los reflejos de los cascos de los jinetes de la escolta. Al borde de la plataforma estaban acomodados cinco reporteros, tres de ellos pertenecientes á los periódicos locales y los otros dos en representación de la prensa de Londres. ¿Pero dónde se había metido el árbitro? No se le veía por ninguna parte. ¿Estaría confundido con la muchedumbre que se agolpaba á la puerta?...

Stapleton se detuvo á examinar los guantes que debían utilizarse por los combatientes, y se quedó un poco rezagado. Al notarlo, se apresuró á reunirse con los demás, pero ya había comenzado á circular el rumor de que el campeón de Wilson era un señorito y que se había elegido como árbitro á un aristócrata. Los habitantes de Croxley se sintieron asaltados por un vago recelo y manifestaron su propósito de que no actuase de juez un extraño, sino una persona de la localidad. Encontró, pues, interceptado el camino cuando intentó penetrar en el recinto. Va-

rios robustos mocetones se interpusieron, insultándole y blandiendo los puños en dirección á su rostro, en tanto que una mujer de baja estofa le atronaba los oídos profiriendo los más soeces epítetos de su repertorio. Hasta llegó á recibir un paraguazo.

—¡ Vete por donde has venido !—le gritaban.

—¡ Aquí no se te ha perdido nada !

— ¡ Largo ! ¡ largo ! ¡ A tu casa !

Stapleton, con su reluciente chistera casi en la coronilla, dejando al descubierto su despejada frente, miró en derredor, frunciendo sus pobladas cejas. Comprendiendo que se hallaba rodeado por una turba temible y agresiva, sacó el reloj del bolsillo y le colocó en la palma de la mano.

—Dentro de tres minutos—dijo—declararé suspendida la lucha.

Estas palabras excitaron las iras del populacho, al que acabaron de sacar de quicio la tranquilidad retratada en el semblante del árbitro y la elegancia de su porte. Los callosos puños se levantaron de nuevo, pero sin atreverse á descargar el golpe, ante la absoluta impasibilidad de la persona á quien amenazaban.

—Dentro de dos minutos declararé suspendida la lucha—dijo de nuevo, mirando la esfera de su reloj.

La chusma se desató en improperios y blasfemias.

Todos vociferaban como energúmenos, acercándose tanto, los más inmediatos, que Stapleton recibió en pleno rostro su cálido aliento y vió pasar á dos dedos de su nariz un puño nudoso y tiznado.

—¡ No queremos nada contigo ! ¡ A otra parte con la música !

—Dentro de un minuto declararé suspendida la lucha—dijo por tercera vez.

La calma imperturbable de aquel hombre acabó por dominar á la revoltosa multitud, impresionable, apasionada é inconstante como todas las multitudes.

—¡ Dejémosle pasar !—exclamaron á coro unos cuantos—porque, si no, es muy capaz de hacerlo.

—¡ Sí ! mejor será dejarle—contestaron otros.

—¡ Tú ! ¡ Bill ! ¿ qué haces ahí de pasmarote ?... ¡ Apártate !... ¿ O es que quieres que nos agüen la fiesta ?

—¡ Paso !... ¡ paso al árbitro de Londres !

Y medio andando, medio en vilo, consiguió llegar á la pista. Allí había dos sillas reservadas, una para él y otra para el cronometrador. Tomó asiento, apoyando negligentemente las manos en las rodillas, con el sombrero más echado atrás que nunca, grave y circunspecto, como quien tiene conciencia exacta de la importancia y responsabilidad de sus funciones.

Armitage, el corpulento carnicero, penetró á la

vez en el recinto, y elevando sus dos manazas, cuajadas de sortijas, hizo ademán de imponer silencio.

—¡ Señores !—berreó.

Y procurando ahuecar la voz, repitió :

—¡ Señores !...

—¡ Y señoras !—interrumpió un chusco, con gran oportunidad, porque realmente abundaban las mujeres entre la concurrencia.

—¡ Vamos ! ¡ canta, canario !—gritó otro.

—¿ A cuánto va hoy la carne de puerco ?—interrogó un tercero, desde las últimas filas.

La ocurrencia provocó la hilaridad del público, contribuyendo á la algazara los perros con sus ladridos.

Armitage extendió los brazos, como si fuese á dirigir una orquesta. Por fin, cesó el vocerío.

—¡ Señores !—aulló de nuevo.—Va á comenzar la lucha entre Silas Craggs, reconocido por todos como campeón de Croxley, y Roberto Montgomery, de las minas de carbón de Wilson. El peso máximo, con arreglo á las cláusulas del convenio, era el de ciento sesenta y cinco libras : Craggs no ha pesado más que ciento sesenta y una y Montgomery ciento cuarenta y nueve. Las condiciones estipuladas son las siguientes : se verificarán veinte asaltos, de tres minutos de duración cada uno, con guantes de dos onzas : si la

lucha se sostiene hasta el final, sin que ninguno de los combatientes resulte definitivamente vencido, se les computarán los puntos obtenidos en cada asalto. El señor Stapleton, reputadísimo árbitro de Londres, se ha dignado acceder á prestarnos su valioso concurso. Debo manifestar que el señor Wilson y yo, como padrinos de los dos contendientes, tenemos absoluta confianza en la rectitud del árbitro, y por consiguiente, rogamos á todos que acaten sus decisiones, cualesquiera que ellas sean, sin discutir las.

Luego, volviéndose sucesivamente hacia cada uno de los luchadores, les hizo una seña con la mano.

—¡ Montgomery !... ¡ Craggs !—dijo.

III

Los concurrentes guardaron el más profundo silencio : hasta los perros dejaron de ladrar. Hubiera podido creerse que el vasto local estaba vacío. Los dos hombres abandonaron sus asientos, con las manos enfundadas en blancos guantes, y avanzandó hasta encontrarse, cambiaron un apretón : Montgomery gravemente ; su adversario sonriendo. La multitud

dejó escapar un prolongado suspiro ; era la respiración contenida de todos aquellos centenares de pechos. El árbitro se balanceó sobre las patas posteriores de su silla, contemplando con aire investigador á los dos campeones.

El espectáculo representaba el pugilato de la fuerza contra la agilidad. El campeón de Croxley estaba tan sólidamente afianzado sobre su pierna lisiada, que parecía imposible que hubiese acometida capaz de derribarle, tanto más cuanto que se había adiestrado en girar sobre dicha pierna con una presteza inverosímil. Cuando avanzaba ó retrocedía, su figura era muy desairada, á causa de su imperfección física ; pero era tan corpulento en relación con el estudiante, se leía en su macizo y curtido rostro tal expresión de resolución y de amenaza, que los partidarios de Wilson sintieron flaquear su ánimo. Sólo había uno que confiara en el éxito de la jornada : Roberto Montgomery.

Todos los recelos que había experimentado hasta entonces desaparecieron por completo en el momento en que se vió frente á su contrincante. Su tarea estaba perfectamente definida ; era preciso vencer á aquel Hércules contrahecho y mal encarado, para obtener, como galardón de su hazaña, el risueño porvenir que significaba para él la terminación de su ca-



En los tres asaltos siguientes, los adversarios resultaron equilibrados. (Pág. 102)

EL CRIMEN DEL CORONEL.

LÁMINA II



rrera. La impresión del combate le hizo estremecer de júbilo. Comenzó por avanzar lentamente hacia su competidor, ya de frente, ya ladeándose á la izquierda ó á la derecha, mientras Craggs, clavando en él su mirada oblicua y taciturna, seguía sus movimientos, girando sobre su pierna defectuosa, con el brazo izquierdo medio en tensión y el derecho en la posición reglamentaria. Montgomery le hizo dar vueltas en todas direcciones, encontrándole siempre ojo avizor; pero al reanudar su táctica, el campeón midió la distancia y le asestó un primer revés que le hizo tambalear. Anastasia prorrumpió en exclamaciones para alentar á su amante, y éste repitió su ataque tirando un golpe recto, que Montgomery pudo esquivar encogiéndose. En un abrir y cerrar de ojos, se hallaron enlazados los cuerpos de ambos contendientes.

—¡ Eh! ¡ separaos!... ¡ separaos! — gritó el árbitro.

El campeón lanzó entonces un golpe de abajo arriba que hizo vacilar á su adversario; pero había pasado el tiempo y se dió por terminado el primer asalto. Una salva de aplausos atronó el espacio, mientras se comentaban los resultados de la embestida. Montgomery permanecía tranquilo, en tanto que el velludo pecho de su rival se agitaba fatigosamente,

testimoniando los esfuerzos que se había visto precisado á realizar. Su ayudante le pasó una esponja por la cabeza, mientras Anastasia le abanicaba con la toalla.

—¡ Buena chica ! ¡ bravo, muchacha ! — gritó la multitud, aclamándola.

Los combatientes se pusieron en guardia nuevamente, receloso y observador el campeón, ágil y vivo como un gato Montgomery. Craggs avanzó resueltamente hacia su adversario con una rapidez que nadie hubiera sospechado siquiera, dadas sus condiciones físicas. El estudiante se desvió, y el campeón se paró en seco, gesticulando y moviendo la cabeza ; luego miró fijamente á Montgomery y le hizo una seña con la mano, invitándole á que se aproximara. El practicante acudió al llamamiento y se adelantó, resguardándose con el brazo izquierdo ; pero el campeón le dirigió un certero y formidable golpe recto á los riñones, que casi le hizo dar en tierra. Craggs intentó secundar su acometida para inutilizar á Montgomery ; pero éste, gracias á su agilidad, se colocó fuera de su alcance en el momento de sonar el alto. Los incidentes habían sido escasos, y la ventaja seguía de parte del campeón de Croxley.

—Es mucho más fuerte que su contrario—dijo un fundidor á su vecino.

—Sí—contestó éste,—pero el otro tiene una agilidad asombrosa. Aun hemos de presenciar buenos lances, porque salta lo mismo que una pantera.

—Es verdad ; pero el campeón sabe parar magistralmente y larga unos porrazos formidables. ¡ Como le alcance bien una vez, ya está listo !

Los combatientes volvieron á la brega, con los rostros bañados en sudor. Montgomery inició el ataque con un violento golpe por derecho, que dió de lleno en la frente de su adversario, produciendo un ruido seco, que provocó un entusiasmo indescriptible en los bancos ocupados por los mineros de carbón.

—¡ Orden, señores ! ¡ silencio !—gritó el árbitro.

Montgomery esquivó la respuesta, parando el golpe del campeón con el brazo izquierdo y arrancando nuevos aplausos, que hicieron botar al árbitro en su asiento.

—¡ Nada de manifestaciones durante los asaltos, se lo ruego !—dijo poniéndose en pie.

—¡ Espérate un poco !—gruñó el campeón.

—¡ Luche usted y calle !—le ordenó el árbitro, montando en cólera.

Montgomery terminó el asalto propinando un puñetazo en la boca á su rival : éste volvió con paso tardo á su rincón, rugiendo como fiera acosada. Le había tocado la de perder.

—Me parece demasiado exponer siete contra uno —voceó el cervecero Purvis.—¿Hay quien quiera seis á uno?

Su proposición no halló eco.

—¡Cinco á uno!—dijo.

A este tipo encontró tomadores y anotó las apuestas en su libro de notas.

Montgomery comenzó á sentirse satisfecho. Se acomodó en su taburete, con las piernas extendidas, apoyando la espalda en uno de los pilares de madera que sostenían la plataforma y las enguantadas manos en la cuerda. Durante los cortos intervalos entre asalto y asalto, experimentaba una deliciosa sensación de bienestar. Si pudiera conseguir evitar los golpes, seguramente rendiría á su adversario antes de finalizar la contienda, porque la pesadez de sus movimientos había de ir agotando sus fuerzas.

—Te vas portando admirablemente—murmuró Barton á su oído.—¡No te amilanes! Si sabes aprovecharte de las ocasiones, obtendrás la victoria.

Pero el campeón de Croxley era un marrullero: estaba tan acostumbrado á pelear con la desventaja de su averiado remo, que había llegado á sacar partido favorable de lo que constituía notoria inferioridad. En el curso del nuevo asalto, maniobró lentamente y con prudencia, buscando las vueltas á Mont-

gomery, avanzando paulatinamente y sobre seguro, hasta que logró arrinconarle. El estudiante vió cruzar un relámpago de triunfo por el sombrío rostro de su adversario, cuyas pupilas se animaron con un brillo siniestro. Se le venía encima. Dió un salto de costado, pero tropezó con la cuerda. El campeón le tiró uno de sus especiales y terribles golpes de abajo arriba. El practicante brincó en dirección opuesta, chocando con la otra cuerda. Estaba cogido en el garlito. El campeón, dando un bufido de fiera, revelador del violento esfuerzo realizado, le dirigió un segundo golpe. Montgomery se agachó, recibéndole de refilón, y ambos se abalanzaron uno á otro, entablándose un furioso cuerpo á cuerpo.

—¡ Separaos !... ¡ separaos !—gritó el árbitro.

Montgomery logró desprenderse, pero no lo bastante á tiempo para que un golpe no le alcanzara en la oreja. La suerte le había sido adversa en aquel asalto, y los partidarios de su rival aullaban de alegría.

—¡ Basta de escándalo, señores !—rugió Stapleton.—¡ Estoy habituado á presidir reuniones de personas correctas y distinguidas y no turbas de salvajes !

Aquel hombrecillo, con su sombrero á la bartola, sabía imponerse á las multitudes : hubiera podido

comparársele á un profesor entre sus discípulos. Circuló una mirada hosca por toda la gradería, sin que nadie osase afrontarla.

Cuando el campeón de Croxley volvió á su sitio, Anastasia se precipitó hacia él, con los brazos abiertos.

—¡ Bravo, chiquilla !... ¡ siempre serás la misma !
—vociferó el público, delirante de gozo.

El adusto campeón la amenazó con uno de sus guantes, mientras ella le abanicaba con la toalla. Montgomery se sentía un poco fatigado y algo resentido á consecuencia de los golpes recibidos, pero no desalentado. La refriega le había servido de lección, y en lo sucesivo procuraría escurrir el bulto.

En los tres asaltos siguientes, los adversarios resultaron equilibrados. Los golpes del estudiante eran más rápidos, pero menos vigorosos que los de su rival. Aprovechando las enseñanzas anteriores, Montgomery ponía especial cuidado en mantenerse en el centro de la plataforma, para no volver á encontrarse arrinconado. En algunas ocasiones, el campeón de Croxley conseguía llevarle hasta las maromas ; pero el estudiante se deslizaba rápidamente, ó luchaba con él á brazo partido, para librarse de sus ataques. El monótono «¡ Separaos !... ¡ separaos !» del árbitro resonaba insistentemente, ahogando el ruido produ-

cido por el roce de las zapatillas de caucho de los luchadores, así como el de los sordos golpes y el de las jadeantes respiraciones.

Al noveno asalto, ambos estaban en condiciones convenientes. La cabeza de Montgomery seguía zumbándole á consecuencia del porrazo recibido en el rincón, y le dolía uno de los pulgares, como si se le hubiese dislocado. El campeón no parecía resentirse de nada, pero su respiración era cada vez más anhelosa, y una serie de rayas, marcadas en el cuaderno-registro del árbitro, indicaba que el joven estudiante le aventajaba en un gran número de puntos. Pero cada golpe de Craggs valía por tres de los suyos, y se daba perfecta cuenta de que, á no ser por los guantes, no hubiera podido resistir ni tres asaltos. Su juego de aficionado era un mero pasatiempo comparado con el de aquel coloso, habituado á manejar el martillo y la barra de hierro de su oficio.

Así se llegó al décimo asalto, es decir, á la mitad de la jornada. Los corredores no daban ya más que tres contra uno por el campeón de Croxley, porque el de Wilson había asentado su pabellón mucho más alto de lo que nadie hubiera podido esperar. Sin embargo, los que conocían las estratagemas de tales lides y los recursos del veterano favorito, sabían que las probabilidades estaban aún de su parte.

—¡ Mucho cuidado !—murmuró Barton al oído de su educando al conducirle de nuevo al terreno.—¡ Mucho cuidado, porque estoy viendo que te prepara una de sus jugarretas, si se le presenta ocasión !

Pero Montgomery observó, ó se lo imaginó por lo menos, que su adversario estaba rendido : aparentaba indolencia y abatimiento, hasta el extremo de que sus brazos no conservaban la posición reglamentaria. El, en cambio, se sentía fuerte y animoso, como si el ejercicio precedente le hubiera servido de preparación. Precipitó, pues, el ataque, y adelantándose, le tiró un soberbio revés. La respuesta del campeón careció del ardor y entusiasmo que le caracterizaban. Montgomery repitió su embestida, con idéntico resultado y en seguida intentó un golpe á fondo, perfectamente dirigido, pero que su rival acertó á desviar.

—¡ Bajo ! ¡ bajo !—bramaron centenares de voces.
—¡ Eso no es válido ! ¡ Que no se cuente !

El árbitro paseó lentamente una mirada burlona por todo el recinto.

—Me parece que hay demasiados árbitros en el local—dijo.

Una risotada general y una salva de aplausos acogieron estas palabras, sin que tales manifestaciones de aprobación produjeran más efecto que las ante-

riores de censura en la persona á quien iban dirigidas.

—¡ Callad, si queréis!—gritó con voz estentórea.
—¡ Aquí no estamos en el teatro!

Montgomery se sentía satisfecho de sí mismo, juzgando que su adversario se hallaba metido en un atolladero. Calculaba mentalmente los puntos que había obtenido y deducía las naturales consecuencias. Llevaba ventaja en aquel momento, y debía procurar utilizarla en su provecho, mientras la suerte le fuera favorable.

El campeón de Croxley daba muestras de gran azoramiento, y Montgomery se aprovechó para largarle una puñada en el amoratado rostro, consiguiendo esquivar la respuesta. El adversario bajó ambas manos y se puso á frotarse la lisiada pierna. El estudiante comprendió la causa de su molestia; sin duda, experimentaba calambres.

— ¡ Anda con él! ¡ no pierdas tiempo!—exclamó Barton á grito pelado.

Montgomery arremetió denodadamente á su rival, pero un momento después caía desvanecido en medio de la plataforma, con el cuello casi descoyuntado.

Toda la táctica del campeón no había tenido más que un solo objeto: atraer á su confiado contrin-

cante para descargarle uno de aquellos terribles golpes rectos que le habían conquistado su fama. Perseguiendo tal propósito, fingió un cansancio mayor del verdadero, simuló hallarse atacado de calambre en la pierna, y Montgomery se metió en la boca del lobo. Un brazo férreo, rematado por una especie de mazo de acero, le alcanzó de lleno en la barba. El estudiante dió unos cuantos traspiés y se desplomó como una masa inerte. Un tenue suspiro y un murmullo inarticulado escaparon de los pechos de los espectadores, cuyo interés, excitado hasta el extremo, selló los labios. Las miradas todas se dirigieron ansiosamente hacia el cuerpo contraído y palpitante.

—¡Fuera! ¡fuera de ahí!—ordenó el árbitro, al ver al campeón inclinado sobre el cuerpo de su adversario, dispuesto á darle el golpe de gracia en el momento en que intentara levantarse.—¡He dicho que se retire, Craggs!... ¡inmediatamente!—continuó Stapleton.

El campeón obedeció de mala gana, dejando caer sus brazos á lo largo del cuerpo, y se alejó en dirección á la cuerda, caminando de espalda y sin apartar sus feroces ojos de su rival tendido en tierra.

El cronometrador contó los segundos: transcurridos diez sin que Montgomery se levantara, se daría por terminada la lucha.

Barton se retorció las manos, impaciente y apenado en su rincón.

Como entre sueños, el estudiante oía la voz del cronometrador... «Tres... cuatro... cinco»—se incorporó, apoyándose en la mano—«seis... siete»—se puso de rodillas, atontado, maltrecho, extenuado, pero resuelto á levantarse—«ocho»—ya estaba en pie; pero el campeón de Croxley se abalanzó á él, aporreándole con ambos puños.

Todos los presentes contuvieron la respiración, contemplando la formidable acometida y presintiendo el desastroso final de la contienda. El espectáculo era tanto más penoso, cuanto que aquel que había de resultar vencido resistía valientemente, no aviniéndose á ser derrotado.

El cerebro humano suele contar con recursos ocultos, que surgen automáticamente, como impulsados por un resorte. Sin intervención de la voluntad, sin el menor esfuerzo, cruzó súbitamente por la imaginación de aquel hombre aturdido, vacilante, semiinconsciente, una idea que podía ser su tabla de salvación. Recordó las recomendaciones del hijo de Craggs, al notificarle que su padre apenas veía del ojo izquierdo, aunque al parecer no existía el defecto, y se deslizó hacia aquel lado; pero el campeón giró sobre su pierna y le tiró un puñetazo al hombro, que estuvo á punto de derribarle.

—¡ Duro con él, chico ! ¡ duro con él !—vociferó la mujer.

—¡ Silencio !—exclamó el árbitro.

Montgomery continuó dirigiéndose á la izquierda, paso á paso ; pero su adversario era gato viejo, y antes de que aquél pudiera consumir su intento, se volvió rápidamente y le asestó un nuevo golpe en pleno rostro. Las rodillas de Montgomery se doblaron, y, lanzando un gemido, rodó por el suelo. Aquella vez comprendió que estaba perdido irremisiblemente : sus dedos se crisparon, arañando el pavimento de la plataforma, al darse cuenta de su impotencia. Como en una pesadilla, percibía vagamente, entre los murmullos de la muchedumbre, la voz acompasada del cronometrador que contaba los segundos.

—Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis...

—¡ Alto !—gritó el árbitro.—Han transcurrido los tres minutos.

¡ Se había salvado ! Los partidarios de Croxley exteriorizaron ruidosamente su contrariedad, mientras que los de Wilson se pusieron en pie, dando rienda suelta á su alegría. No estaban perdidas por completo las esperanzas. Cuatro segundos más, y su favorito hubiera quedado, indefectiblemente, fuera de combate ; pero ahora tenía un minuto para reponerse.

El árbitro miró en torno suyo, sonriendo benévo-

lamente, con aire satisfecho. Era entusiasta de aquellas rudäs peleas, escuelas de humildes héroes, y le complacía sobremanera intervenir, como un *Deus ex machina*, en los momentos más culminantes y dramáticos. Echados atrás su sombrero y su silla, que se sostenían en el último límite del equilibrio, cambió también una sonrisa con el cronometrador.

Barton y el otro ayudante abandonaron rápidamente el rincón que les estaba reservado, y cogiendo á Montgomery por los sobacos y por los pies, le condujeron á su taburete. Su cabeza bamboleaba sobre los hombros, pero una ducha de agua fría le reaccionó. Al volver en sí, lanzó una mirada en derredor.

—¡Ya está repuesto!—exclamaron los espectadores que ocupaban las localidades más próximas.— Es un muchacho animoso y valiente. ¡Bravo! ¡bravo!

Barton le hizo sorber un trago de aguardiente. La pesadez que le agobiaba se fué disipando poco á poco, permitiéndole darse cuenta del sitio en que se hallaba y de la tarea que le quedaba por realizar; pero se sentía tan débil, que no esperaba poder resistir un nuevo asalto.

—¡Fuera todo el mundo!—mandó el árbitro.— Ha terminado el descanso.

El campeón de Croxley se levantó de su asiento con gran presteza.

—¡ Procura mantenerte á distancia y no fatigarte por ahora !—murmuró Barton al oído del estudiante.

Montgomery se adelantó al encuentro de Craggs. Había recibido ya dos lecciones : la primera, cuando el campeón consiguió arrinconarle en el ángulo formado por las cuerdas ; la segunda, cuando él mismo se dejó coger en el lazo que le tendió su taimado y poderoso rival. La experiencia le haría ser más prudente, porque un último golpe le anonadaría en absoluto, y no estaba en condiciones para correr semejante albur.

Por su parte, Craggs, decidido á sacar partido de su ventajosa situación, se precipitó, hecho una furia, hacia su adversario, sopapeando á derecha é izquierda. Pero Montgomery contaba con bríos y agilidad suficientes para no dejarse atrapar ; paulatinamente fué recobrando sus fuerzas, y con ellas su sangre fría y su clarividencia. El espectáculo resultaba en extremo emocionante ; hubiérase dicho que un formidable acorazado perseguía, cañoneándola, á una esbelta fragata, y que ésta evolucionaba, rápida y hábilmente, para situarse fuera del alcance de los proyectiles. El campeón apeló á todas las tretas adquiridas en su práctica circense, ya procurando atraer hacia sí al

joven, fingiéndose agobiado por la fatiga, ya acometiéndole y obligándole á retroceder hasta el cercado de cuerdas. Durante tres asaltos consecutivos, utilizó todos los medios imaginables para ponerle á tiro. Entretanto, el estudiante iba sintiendo renacer su vigor : el dolor que produce un golpe violento en la barba, seguido de una caída de espalda, es insoportable, pero de corta duración. Poco á poco, los sufrimientos fueron mitigándose hasta desaparecer, no quedándole más que una gran tirantez en los músculos del cuello.

Durante el asalto que siguió inmediatamente al de su vapuleo, Montgomery se limitó á permanecer á la defensiva, dándose por contento con repeler los furiosos ataques del campeón. En el curso del segundo se aventuró á realizar alguna tímida embestida. En el tercero aprovechó todas las ocasiones propicias para tomar la ofensiva. Al final de cada uno, sus partidarios le testimoniaban con sus aplausos el interés que les inspiraba y su viva satisfacción. Los mismos fundidores, aunque contrarios, le aplaudían también, con esa generosa sinceridad que sólo es capaz de engendrar el verdadero amor á los deportes físicos. Para la mayor parte de los concurrentes, gentes groseras é incultas, la vista de aquel joven Apolo, fornido y esbelto, sobreponiéndose á su infortunio y luchando hasta el fin contra la adversidad, constituía el colmo de lo maravilloso.

El campeón, arisco y taciturno por temperamento, iba enfureciéndose gradualmente á medida que se aplazaba la solución definitiva de la contienda. Tres asaltos antes había tenido la victoria entre sus manos, y ahora era preciso volver á las andadas. Cada intervalo de reposo permitía reponer las fuerzas á su rival, quien al décimoquinto se hallaba como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, la vigilante Anastasia observó, en un momento dado, algo que le infundió ánimos.

—Se conoce que va produciendo su efecto el golpe que le diste en los riñones—dijo.—¡ Mira ! ¡ mira cómo bebe aguardiente ! ¡ De esta hechà ya es tuyo !

En efecto ; Montgomery había tomado de manos de Barton el frasco que éste le ofrecía, apurando con avidez gran parte de su contenido. Luego se levantó de su taburete para dar comienzo al décimosexto asalto, con el rostro más coloreado y reflejando en sus pupilas una firme decisión, que no pasó inadvertida para el árbitro.

—¡ Está fresco como una lechuga !—exclamó el cervecero, admirando la energía pintada en las facciones de su favorito.

—¡ Anda con él !—gritaron á su vez los fundidores á su campeón.

Un murmullo de alegría partió de los bancos ocu-

pados por estos últimos, por suponer que su camarada, más avezado, más vigoroso y más resistente, llevaba la mejor parte. Ninguno de los dos contendientes presentaba equimosis en su cuerpo, porque los puños enguantados aporrear y aturden, pero no dejan señales visibles. Únicamente uno de los ojos de Craggs estaba un poco inflamado. Montgomery tenía dos ó tres manchas cárdenas en el cuerpo y su rostro estaba lívido, á excepción de las mejillas, ve-teadas de rojo por la influencia del alcohol. Se balanceaba ligeramente sobre las piernas, dando frente á su adversario, y sus brazos colgaban, como si no pudieran resistir el peso de los guantes. En realidad, estaba tan aplanado, que un nuevo golpe sería para él de fatales consecuencias. ¿Qué fuerzas le restarían para contestar á un coloso como el campeón de Croxley? Era el momento más crítico, porque seguramente aquel asalto decidiría el resultado del combate.

—¡ Anda con él, chico! ¡ anda con él!—repite-ron á gritos los fundidores, sin que bastaran á contenerlos las furibundas miradas del árbitro.

Por fin, la suerte cambió en favor de Montgomery. Su rival, mucho más experto que él, le había dado un ejemplo que no cayó en saco roto. ¿Quién le impedía pagarle en la misma moneda, valiéndose

de sus propios ardides para devolverle la jugarreta? Aunque fatigado, realmente no lo estaba tanto como se esforzaba en aparentar. El alcohol ingerido tuvo la virtud de reanimarle, infundiéndole nuevos bríos, y su actitud de decaimiento no tenía otra finalidad que la de embaucar á su adversario. Y preciso es confesar que desempeñaba su papel con toda perfección.

El campeón, creyendo que aquello era coser y cantar, se apresuró torpemente, con objeto de terminar de una vez. Manoteando á diestro y siniestro y rugiendo como una fiera, trató de acorralar á Montgomery entre las cuerdas; pero éste, completamente dueño de sí, contempló la maniobra con absoluta indiferencia, permaneciendo en guardia, fuera de su alcance, bien afianzado sobre los pies, presto á bajar la cabeza, en caso necesario, y con todo el aspecto del hombre que ya no puede más. Craggs, fatigado por la misma violencia de aquellos mandobles tirados al vacío y convencido de que nada tenía que temer de un hombre que daba tales señales de abatimiento, dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo. En el mismo instante, le alcanzó un formidable golpe recto de Montgomery.

Fué un fondo soberbio, admirable, lanzado con todas las reglas del arte y todo el impulso del cuerpo, que dió en el sitio preciso á que iba dirigido, es de-

cir, en la barba. No hay fuerzas humanas que resistan semejante golpe. El campeón se desplomó de espalda, produciendo un estrépito parecido al derrumbamiento de un trozo de pared.

Un griterío estridente y ensordecedor que ningún árbitro hubiera sido capaz de dominar, surgió de todos los ámbitos del local, al ver la caída del gigante. Este quedó en posición supina, con las piernas ligeramente arqueadas. Su respiración era jadeante, sucediéndose alternativamente los precipitados movimientos de ascenso y descenso de su enorme pecho, y sus extremidades se agitaban en un temblor convulsivo. Por dos ó tres veces se revolcó, intentando incorporarse; pero sus esfuerzos resultaron inútiles. ¡ Estaba vencido !

—... Ocho... nueve... diez... — contó el cronometrador.

Un espantoso rugido de más de mil voces, seguido de una estruendosa ovación, saludó la derrota del campeón de Croxley, que acababa de perder su título.

Montgomery, medio estupefacto, contempló el rígido cuerpo, sin acertar apenas á darse cuenta de lo sucedido; pero pudo advertir que el árbitro le hacía señas para que se acercase, y oyó su nombre mezclado entre aclamaciones de triunfo. De pronto, se le vino encima una forma humana: como en una

pesadilla, vislumbró una faz rubicunda, circundada por una cabellera roja, y sintió que un puño sin guantes se abatía sobre su frente, golpeándole entre ceja y ceja. Cayó al suelo, aturdido, al lado de su rival, mientras una docena de sus partidarios se arrojaban sobre la furiosa Anastasia, pugnando por detenerla. Aun llegaron confusamente á sus oídos las iracundas voces del árbitro, los lamentos de la mujer y los alaridos de la muchedumbre, antes de perder por completo el conocimiento.

Poco después se encontró vestido, sin saber cómo ni cuándo. Al salir, se cruzó con el campeón vencido, quien con su gesto avinagrado y sus colmillos salientes, presentaba el aspecto de un perro de presa. No obstante, saludó afablemente á Montgomery, cambiando con él un vigoroso apretón de manos.

—¡Bravo, muchacho! —le dijo. —Hace un rato hubiera tenido un verdadero placer en apretarte el gaznate, pero ahora siento simpatía por ti. Declaro que me has vencido en buena lid y que tu golpe final ha sido maestro : desde mi segundo campeonato con Billy Edwards, en 1889, no había recibido ninguno que se le parezca. Si piensas continuar perfeccionando tu juego y necesitas un buen entrenador, yo conozco á todos los del oficio y no tengo inconveniente en proporcionártelo ; y si quieres ensayar alguna vez

la lucha á la antigua usanza, á puño limpio, escríbeme á la fábrica y me tendrás á tu disposición.

Montgomery le manifestó que no acariciaba semejantes ambiciones.

No tardaron en presentarle un saco de lona que contenía la suma ganada, consistente en ciento noventa soberanos. Entregó diez á su competidor, á quien también se adjudicó una parte del producto de las entradas, y emprendió su marcha triunfal hacia el carruaje, entre Wilson y Purvis, seguidos todos por Fawcett, que llevaba el saco. Durante las siete millas del trayecto no cesaron las calurosas aclamaciones de la muchedumbre, alineada á ambos lados del camino, formando una barrera humana.

—¡ Es el espectáculo más hermoso que he presenciado en mi vida!—exclamó Wilson, á quien las emociones de la jornada parecían haber sumido en una especie de éxtasis.—Hay un tendero en Barnsley que se las da de invencible. Vamos á hacerle luchar con usted, y veremos quién lleva el gato al agua. Organizaremos un nuevo campeonato, ¿verdad, Purvis? Le aseguro que no le faltarán padrinos.

—En igualdad de peso—contestó el tabernero,—apostaré siempre por él, á veinte asaltos, contra cualquier luchador, sean cuales fueren su edad, sus condiciones y su procedencia.

—¡Y yo también!—repuso Fawcett.—Como que, hoy por hoy, es sin disputa el campeón del mundo, en pesos medios.

Pero Montgomery no se dejó seducir por aquellos elogios.

—Perdonen ustedes, señores—dijo,—pero tengo adoptada ya mi resolución para el porvenir.

—¿Qué resolución es ésta?

—Pienso invertir este dinero en obtener mi grado de doctor en Medicina.

—Los doctores abundan por todas partes, mientras que no existe en la comarca más hombre que usted que sea capaz de derribar al campeón de Croxley. ¡En fin! cada cual sabe mejor que nadie lo que le conviene. Lo que le aconsejo es que una vez terminada su carrera venga á establecerse por estos contornos, porque contará usted con una clientela hecha entre los mineros de Wilson.

Montgomery volvió al laboratorio, siguiendo las calles más extraviadas y solitarias. Dos caballos, en ganchados á un carruaje, piafaban á la puerta, jadeantes y sudorosos. El doctor acababa de regresar de su larga excursión. Varios clientes habían acudido al despacho, durante su ausencia, y estaba hecho un basilisco.

—Todavía tendré que felicitar me de que se le

haya ocurrido á usted volver tan pronto, señor Montgomery—dijo en tono desabrido.—Otra vez que necesite usted permiso, espero que sabrá elegir mejor la ocasión.

--Siento mucho haberle comprometido.

—¡ Sí, señor ! ¡ me ha puesto usted en un grave compromiso ! ¡ Esa es la palabra !

Por primera vez durante el diálogo, el doctor miró á su ayudante.

—Pero ¡ cielos ! señor Montgomery, ¿ qué le ha pasado á usted en el ojo izquierdo ?

Era el sitio en que Anastasia marcó su contundente protesta.

Montgomery se echó á reir.

—No es nada—contestó.

—También tiene usted un cardenal en la mandíbula. ¡ Parece increíble que se atreva usted á presentarse en un estado tan lastimoso ! ¿ Cómo se ha producido usted esas lesiones ?

—Muy sencillo. Ya sabe usted que hoy se verificaba un campeonato de boxeo con guantes en Croxley.

—¿ Y se ha metido usted entre aquella chusma ?

—Sí, señor, he tenido ese capricho.

—¿ Pero quién le ha golpeado de ese modo ?

—Uno de los luchadores.

—¿Cuál de ellos?

—El campeón de Croxley.

—¡Divinos cielos! ¿Acaso habrá usted intervenido en la contienda?

—A decir verdad, he tenido alguna intervención.

—¡Pues bien! con una clientela como la mía, compuesta de los elementos más respetables y más ávidos de progreso de la comarca, es imposible...

En aquel momento resonaron en el exterior los acordes sueltos de varios instrumentos de metal, y unos segundos después, la banda completa de la Carbonera de Wilson atacaba con gran valentía el tan conocido himno «¡Ved al héroe que llega!»

Una bandera desplegada precedía á un bullicioso y compacto grupo de mineros.

—¿Qué significa todo esto?—interrogó el doctor, en el paroxismo de la cólera.

—Esto significa, sencillamente, que he logrado adquirir por el único medio de que disponía, el dinero necesario para terminar mis estudios. Cumpló, pues, el deber de prevenirle que me vuelvo á la Universidad para que se apresure usted á buscarme sucesor.

EL SEÑOR DEL CASTILLO NEGRO

Hacía un mes que los victoriosos alemanes acampaban en el pueblecillo de Andelys y que el territorio de Normandía resonaba bajo los cascos de los caballos del invasor. Un desaliento indescriptible había sucedido á la fiebre de los primeros días, y la región permanecía triste, abrumada por el dolor y por la vergüenza. Sin embargo, los soldados alemanes que circulaban por las calles de la localidad no mostraban la insolente alegría del triunfo, porque una especie de terror reinaba en toda la comarca. Casi todas las noches perecían asesinados los centinelas de las avanzadas, cuyos cadáveres se hallaban al día siguiente tendidos en medio del campo, con la sien atravesada por un balazo, sucediendo lo propio con las patrullas enviadas á practicar reconocimientos, muchas de las cuales no volvían jamás á las líneas prusianas. El

hecho era tanto más extraño cuanto que por ciertos detalles observados en el plan y en la ejecución de tales fechorías, se deducía claramente que todas procedían de un mismo origen.

El coronel del 24 de infantería de Posen, von Gramm, jefe militar del cantón, trató inútilmente de descubrir á los criminales, apelando al efecto á todos los medios, desde la persuasión hasta la violencia. Por último, resolvió ensayar la influencia del oro, y mandó fijar un bando en el que se ofrecía la cantidad de quinientos francos á todo el que le suministrara informes relativos al autor ó autores de aquellos atentados. Nadie se presentó. Elevó la cuantía del premio á ochocientos francos, pero los aldeanos continuaron incorruptibles. Exasperado, al fin, por el asesinato, impune como los demás, de uno de los cabos de escuadra, llegó á prometer hasta mil francos, y consiguió, merced á su generosidad, corromper la conciencia de un colono llamado Francisco Rejane, cuya codicia normanda venció á su patriotismo.

—¿Dices que conoces al autor de todos esos atentados?—preguntó el coronel prusiano, contemplando con visible repugnancia el repulsivo rostro del hombre, vestido con blusa azul, que tenía ante su presencia.

—Sí, mi coronel.

—¿Quién es?

—Ante todo, vengan los mil francos prometidos, mi coronel.

—No te daré un solo céntimo hasta que haya comprobado la veracidad de tu denuncia. ¡Vamos! ¿Quién es el asesino de mis soldados?

—El conde Eustaquio, señor del Castillo Negro.

—¡Mientes!—gritó, enfurecido, el coronel.—Un caballero y un aristócrata como él es incapaz de cometer semejantes crímenes.

El aldeano se encogió de hombros.

—Veo que no le conoce usted, mi coronel—replicó.—Estoy tan seguro de lo que afirmo, que no tengo inconveniente en someterme á toda clase de pruebas. El Conde tenía un hijo, único, que cayó prisionero de las tropas alemanas en Donay y murió al intentar la fuga. Desde entonces, el Conde, que siempre ha sido irascible por temperamento, se hizo sanguinario. Armó á sus criados y comenzó á emprender correrías á caza de alemanes. Yo no sé si los matará él mismo; pero sí que los marca con una señal en la frente.

El dato era exacto. Todas las víctimas del misterioso asesino presentaban entre las cejas dos incisiones en forma de aspa, practicadas con la punta de un cuchillo de caza.

El coronel se inclinó sobre la mesa y pasó el índice por las líneas de un mapa extendido en ella.

—El Castillo Negro dista de aquí unas cuatro leguas, ¿verdad?—preguntó.

—Diez y ocho kilómetros justos, mi coronel—contestó el aldeano.

—¿Conoces el sitio?

—He trabajado allí algunas temporadas.

Gramm agitó una campanilla.

—Que den de comer á este hombre y que no le dejen marchar—ordenó al sargento.

—¿Para qué detenerme, mi coronel? No puedo decir nada más.

—Necesito que nos sirvas de guía.

—¡ De guía ! ¿ Y el Conde ? ... Si llegase á caer en sus manos ... ¡ Por Dios, mi coronel ! ...

El jefe prusiano le señaló la puerta con un ademán.

—Que venga en seguida el capitán Banmgarten—dijo.

El oficial que acudió al llamamiento era un hombre de edad madura, facciones abultadas, ojos azules y un bigote rubio muy ensortijado, que resaltaba en su cutis, rojo como un ladrillo. Era soldado de cortos alcances, pero valiente y de toda confianza, circunstancias estas últimas que determinaron la elección de su jefe.

—Deseo que esta misma noche practique usted un reconocimiento hasta el Castillo Negro, capitán —le dijo.—Irá usted provisto de un guía. Detendrá usted al Conde y le traerá consigo. Si trata de evadirse, no vacile usted en hacer fuego.

—¿Cuántos hombres debo llevar, mi coronel?

—Estamos rodeados de espías y hemos de procurar, por lo tanto, proceder con todo sigilo, para sorprenderle antes de que hayan podido avisarle. Mucha gente llamaría la atención; pero, por otra parte, hay que prevenirse para no exponernos á que le corten á usted la retirada.

—Simularé una marcha hacia el Norte, como si fuese á ponerme en contacto con las fuerzas del general Gæben. Después cambiaré de dirección, tomando este camino que aparece trazado en el mapa, y llegaré al Castillo Negro sin que nadie se haya enterado. Para eso, yo creo que con veinte hombres...

—¡Muy bien, capitán! Espero que mañana por la mañana estará usted de regreso con su prisionero.

El capitán Banmgarten salió de Andelys aquella desapacible noche del mes de diciembre, con sus veinte soldados del regimiento de Posen, y se dirigió hacia el Noroeste, siguiendo la carretera. Cuatro kilómetros más allá, la dejó para internarse en un estrecho sendero lleno de baches, que debía conducirle

rápidamente al término de su expedición. La lluvia caía, menuda y helada, sobre las deshojadas ramas de los plátanos, chapoteando en los surcos de los campos colindantes. El capitán iba delante, al lado del veterano sargento Moser, y éste llevaba sujeto el cabo de una cuerda que ligaba las muñecas del aldeano, á quien se había prevenido que la primera bala se alojaría en su cabeza, en caso de una emboscada. Detrás de ellos avanzaban penosamente en la obscuridad los veinte soldados, aguantando el chaparrón, con la cabeza baja y hundiendo sus pies en el fangoso piso del camino.

Eran cerca de las ocho cuando el destacamento abandonó la población de Andelys. A las once y media el guía se detuvo ante una pesada verja de hierro encuadrada por dos altos pilares coronados por una arcada, en la que campeaba un blasonado escudo. El muro que rodeaba la heredad estaba casi derruido, pero el pórtico se elevaba todavía majestuoso entre las zarzas y la maleza que crecían en su base. Los prusianos le contornearon, caminando con precaución bajo una bóveda de añosos robles, que formaban una larga avenida, en la que las hojas de los árboles, arrancadas y amontonadas por los vientos otoñales, apagaban el ruido de sus pasos. Llegados al extremo, hicieron alto y reconocieron los alrededores.

Se hallaban ante el Castillo Negro. La luna brilló un momento entre los espesos celajes, iluminando con sus plateados reflejos el vetusto edificio. Era una enorme mole de piedra, en cuyos frentes aparecían alineados unos cuantos huecos, como troneras de un barco de guerra. En los ángulos del terrado se destacaban pequeños torreones almenados. Todo estaba en silencio y en tinieblas, á excepción de una de las ventanas del piso bajo, á través de cuyos cristales se filtraba el débil resplandor de una luz.

El capitán distribuyó las fuerzas de que disponía, comunicando sus órdenes en voz baja. Estableció dos retenes, uno en la puerta principal y otro en la traserá, y rodeó de centinelas el resto de la mansión. Luego, acompañado por el sargento, se acercó de puntillas á la ventana iluminada.

Esta correspondía á una reducida estancia pobremente amueblada. Un hombre de edad avanzada, con aspecto de sirviente, leía un periódico á la luz de un humeante candil. Estaba reclinado en una silla de madera, con los pies apoyados en una caja, teniendo al alcance de su mano un taburete, sobre el que se veían una botella de vino blanco y un vaso.

El sargento rompió uno de los vidrios con el cañón de su fusil, y el hombre se puso en pie de un salto, lanzando un grito estridente.

—¡Silencio, ó mueres!—dijo el capitán.—Tengo cercada la casa y es inútil toda resistencia. Franquéanos la puerta, ó haré que la derriben á culatazos y entraré á degüello.

—¡No disparen ustedes! ¡por amor de Dios!—exclamó el pobre diablo.—Ya les abriré... Voy en seguida...

Y salió del cuarto, estrujando nerviosamente el periódico entre sus manos. Un momento después, rechinó la llave en la mohosa cerradura, se descorrieron los cerrojos y se abrió la puerta. Los prusianos se precipitaron en el enlosado zaguán.

—¿Dónde está el conde Eustaquio?

—¿Mi amo?... Ha salido, señor.

—¿Ha salido á estas horas y con este tiempo?
¡No mientas, porque te va en ello la vida!

—A pesar de todo eso, aseguro á usted que ha salido, señor.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé.

—¿Con qué objeto ha salido?

—También lo ignoro... Es inútil que me apunte usted con el revólver. Puede usted matarme, si así le acomoda, pero no sacará nada en limpio, porque nada sé.

—¿Suele salir ordinariamente á esta hora?

—Sí, señor, lo hace con bastante frecuencia.

—¿Y á qué hora tiene costumbre de regresar?

—Antes de amanecer.

El capitán Banmgarten soltó un juramento. Dada la aparente sinceridad de aquel hombre, era indudable que se había espantado la caza, cosa que debió suponer. De todos modos, quiso cerciorarse. Después de montar guardias en las dos puertas, ordenó al trémulo mayordomo que le precediera y penetró en la casa, seguido por el sargento. La luz oscilante del candil proyectaba las más extrañas siluetas sobre las antiguas tapicerías y sobre las vigas de roble de los techos. Así recorrieron todo el edificio, desde la inmensa cocina del piso bajo hasta el vastísimo comedor del segundo, con su tablado para la orquesta y sus ricos artesonados ennegrecidos por la acción del tiempo, sin encontrar vestigios de alma viviente. Todos los habitantes del viejo caserón estaban reducidos al criado que los acompañaba y á su anciana esposa María, á la que vieron en uno de los desvanes.

La requisita fué larga, porque la exploración resultaba verdaderamente dificultosa. Las escaleras, tan angostas que sólo permitían el paso á una persona de frente, desembocaban en corredores lóbregos y tortuosos; los tabiques eran de tal espesor que aislaban por completo las habitaciones contiguas; las enor-

mes campanas de las chimeneas y los huecos de las ventanas tenían lo menos seis pies de profundidad en el muro. El capitán taconeó en el suelo, arrancó los cortinajes, golpeó repetidamente las paredes con el puño de su espada, pero todos los ruidos quedaron sin eco, amortiguados por aquellas macizas murallas. Convencido, al fin, de que el palacio estaba deshabitado, dijo á media voz y en alemán al sargento :

—Tengo una idea. Vigile usted á este pobre hombre y cuide de que no se ponga en comunicación con nadie.

—Está bien, mi capitán.

—Embosque usted cuatro soldados en la parte anterior del castillo y otros tantos en la posterior. Es bien seguro que volverá el pájaro á su nido antes de rayar el alba.

—¿Y qué hago de los demás, mi capitán?

—Métalos usted en la cocina y obligue á este truhán á que les proporcione alimento y bebida. Hace una noche de perros, y siempre estarán mejor allí que en medio del campo.

—¿Y usted, mi capitán?

—Yo cenaré aquí mismo. La chimenea está ya preparada, y no hay más que encenderla. Si ocurre algo, llámeme usted inmediatamente... ¡ Eh ! ¡ buen hombre !—continuó en chapurreado francés, dirigién-

dose á su prisionero,—¿qué puede usted darme para cenar?

—Hace ya rato que estaba pensando en ello, señor—contestó el interpelado,—pero nos ha cogido tan desprevenidos... Lo único que puedo hacer en su obsequio es traerle una botella de vino de la última cosecha y un trozo de pollo frío.

—¡Magnífico!—exclamó el oficial.—¡Oiga, sargento! Haga usted acompañar á esta buena pieza por un número, y adviértale que morirá ensartado en una bayoneta, en el caso de que intente jugarnos alguna mala pasada.

El capitán Banmgarten era un veterano curtido. Avezado en el curso de sus largas campañas á entrar en todas partes como en país conquistado, procedió á realizar los preparativos necesarios para pasar confortablemente la noche, mientras el mayordomo le servía la cena. Encendió el fuego y las diez bujías de un candelabro colocado en el centro de la mesa. Los leños chisporroteaban alegremente al empezar á quemarse, despidiendo nubes de un humo acre y azulado que invadió la estancia. El capitán se dirigió á una de las ventanas y miró al exterior, observando que la luna se había ocultado de nuevo y que la lluvia era torrencial: desde su atalaya se oían los bramidos del viento y se veían confusamente las sombras de

los árboles, cuyas ramas se agitaban cediendo al impulso de las violentas ráfagas. El espectáculo le hizo apreciar en su valor las comodidades de que disfrutaba en aquel momento, alojado en una habitación bien caldeada y ante el pollo fiambre y la botella de vino que acababa de llevarle el mayordomo.

La penosa marcha le había despertado el apetito. Se despojó de la espada, del cinturón y del casco, depositándolo todo en una silla, junto con su revólver, y devoró ansiosamente la cena. Una vez terminada, se acomodó en un sillón, con un vaso de vino al lado y un cigarro en la boca, y lanzó una ojeada en derredor.

La luz le daba de lleno, arrancando vivos destellos á sus hombreras de plata y haciendo resaltar su rostro de color de barro cocido, sus pobladas cejas y su rubio mostacho. Fuera de aquel círculo luminoso, todo era vago y sombrío en el anticuado comedor. Las paredes se hallaban revestidas con un zócalo de roble, viéndose suspendido en uno de los lienzos un deteriorado tapiz que representaba una cacería de ciervos. Sobre la repisa de la chimenea se alineaban los blasonados escudos de armas de la familia, en cuyo cuartel central se destacaba la fatídica cruz roja en aspa.

Frente á la chimenea se hallaban colgados cuatro

retratos pertenecientes á otros tantos poseedores del Castillo Negro. Todos ellos tenían la nariz aguileña y las facciones abultadas, ofreciendo tal semejanza entre sí, que, á no ser por la indumentaria, hubiera sido imposible distinguir al caballero de las Cruzadas del soldado de la Fronda. El capitán Banmgarten, amodorrado por efecto de la comida, se reclinó en su sillón, contemplándolos á través de las espirales de humo de su cigarro y preguntándose por qué sarcasmo del Destino, él, oriundo de las costas del Báltico, había ido á cenar en la mansión de los antepasados de aquellos altivos caudillos normandos. Pero la temperatura era tan voluptuosa que sus párpados comenzaron á cerrarse y su barba se fué hundiendo lentamente en el pecho.

De pronto, un ligero ruido le hizo despertar sobresaltado. Le pareció que uno de los retratos se salía de su marco, y se frotó los ojos, creyendo ser juguete de una pesadilla. Apoyado en la mesa, junto á él, al alcance de su brazo, se mantenía erguido un hombre de elevadísima estatura, silencioso é inmóvil como una estatua, cuyas pupilas despedían chispas. Sus cabellos y su barba, cortada en punta, eran completamente negros, su cutis cetrino, y su nariz enorme y excesivamente arqueada, como si en ella se concentrasen las demás facciones. Sus me-

jillas estaban surcadas de arrugas, pero la curvatura de sus hombros y sus sarmentosas manos denotaban una energía que no había podido vencer la edad. Tenía cruzados los brazos sobre el pecho y vagaba por sus labios una irónica sonrisa.

—No se moleste usted en buscar sus armas—dijo, al observar que el prusiano dirigía una rápida ojeada á la silla en que las había dejado.—Ante todo, permítame usted que le diga que no ha pecado de discreto al despojarse así en una casa completamente desconocida. Supongo que le causará tanta satisfacción como asombro saber que, durante su cena, le han vigilado cuarenta de mis servidores... Pero ¿qué es eso?

El capitán Banmgarten avanzó un paso hacia su interlocutor, con los puños crispados. El francés le apuntó con el revólver que empuñaba en la mano derecha, y con la izquierda le rechazó, haciéndole caer en su sillón.

—Ruego á usted que se siente—le dijo.—No se preocupe por sus soldados, porque se hallan perfectamente atendidos. ¡Parece increíble que estas losas impidan enterarse de lo que ocurre en el piso inferior! Ha sido usted relevado del mando y, por consiguiente, sólo tiene usted que pensar en sí mismo. ¿Sería usted tan amable que me diese á conocer su nombre?

Me llamo Banmgarten y soy capitán del regimiento de infantería de Posen, número veinticuatro.

—He de confesar que posee usted admirablemente el idioma francés, pero incurre en los mismos defectos de pronunciación que todos sus compatriotas. ¡Cuánto me ha distraído oírles gritar «*Ayez bitié sur moi!*» Considero inútil decir á usted con quién habla.

—Supongo que con el conde del Castillo Negro.

—¡El mismo! Habría lamentado vivamente que se hubiese usted tomado la molestia de visitar mi castillo sin proporcionarme el placer de que conversáramos un rato. He tenido tratos con muchos soldados alemanes, pero es la primera vez que se me presenta la oportunidad de hablar con un oficial. Tengo mucho que contarle.

El capitán Banmgarten permaneció inmóvil en su asiento. Sus ojos giraron en todas direcciones, buscando sus armas; pero éstas habían desaparecido, y comprendía que en una lucha cuerpo á cuerpo se hallaría á merced de aquel gigantesco adversario.

El Conde cogió la botella de vino y la acercó á la luz.

—¡Vaya un vino!—exclamó.—¿No habrá encontrado Pedro cosa mejor con que obsequiarle? Estoy verdaderamente avergonzado, capitán. ¡Es preciso subsanar esta falta!

El Conde hizo sonar un silbato, y el anciano mayordomo se presentó en el acto en el comedor.

—¡ Del estante de la bodega número quince!—ordenó.

Un momento después, el sirviente volvió con una botella cubierta de polvo y telas de araña. El Conde llenó dos vasos hasta el borde.

—¡ Beba usted, capitán!—dijo.—Es lo más selecto de mis bodegas. Verá usted qué diferencia entre Rouen y París. ¡ Bebamos!... ¡ á su salud! También tengo fiambres y dos langostas vivas, que acaban de llegar de Honfleur. ¿ Quiere usted que se le prepare otra cena más suculenta?

El oficial alemán hizo signos negativos con la cabeza. Vació, sin embargo, su vaso, que su anfitrión se apresuró á llenar de nuevo, insistiendo en que eligiera los manjares que más le apetecieran.

—Todo cuanto hay en mi casa está á su disposición. No tiene usted más que mandar. Y ahora, mientras saborea usted su vino, permítame que le relate un suceso, del que hacía mucho tiempo deseaba enterar á un oficial alemán. Se refiere á mi hijo, mi único hijo, Eustaquio, hecho prisionero en los comienzos de la guerra y muerto á consecuencia de las penalidades sufridas al intentar su evasión. Es un relato muy curioso que casi me atrevo á asegurar que quedará grabado para siempre en su memoria.

El Conde hizo una pausa y continuó :

—Empezaré por decirle que mi hijo era oficial de artillería ; un gallardo mancebo que constituía el orgullo y la dicha de su madre. La desventurada murió de pena al saber el mísero fin que le cupo en suerte. La noticia llegó á nosotros por un compañero de armas y fatigas que logró escapar con vida, y voy á repetírsela tal como él nos la transmitió. Eustaquio fué capturado el día 4 de agosto, en Vissemburgo. Los prisioneros fueron distribuidos en varios grupos y conducidos á Alemania por diferentes caminos. Eustaquio llegó á la mañana siguiente á un pueblo llamado Lanterburgo, donde fué acogido con marcadas muestras de benevolencia por el jefe del destacamento alemán. Aquel bondadoso coronel invitó á su mesa á mi hijo, le obsequió con los más delicados manjares, hizo descorchar una botella de su vino más añejo, como yo he tenido el honor de hacerlo con usted, y hasta le ofreció un cigarro de su propia petaca... ¡ A propósito ! ¿ Quiere usted dignarse aceptar uno de la mía ?

El alemán movió negativamente la cabeza. El terror que le había inspirado el misterioso aparecido iba en aumento al observar su sardónica sonrisa y el centelleo de sus persistentes miradas.

—Como decía—prosiguió el Conde,—el coronel se

portó admirablemente con mi hijo ; pero, por desgracia, los prisioneros fueron transportados al siguiente día á Ettlinger, al otro lado del Rhin, donde tropezaron con el reverso de la medalla. El oficial encargado de su custodia era un desalmado y un villano, que tuvo la singular complacencia de humillar y maltratar á los valientes que cayeron bajo su fécula. Aquella misma noche, á consecuencia de una contestación un poco viva de mi hijo, montó en cólera y le asestó una tremenda puñada en un ojo... ¡ como ésta !...

El chasquido del golpe resonó en toda la estancia. El alemán inclinó la cabeza y se llevó presurosamente las manos á la cara, retirándolas tintas en sangre. El Conde volvió á sentarse tranquilamente, y continuó :

—Mi hijo quedó desfigurado por la lesión, y aquel miserable halló, en el aspecto de su fisonomía, nuevo tema para sus groseras mofas... ¡ Por cierto que también es bastante ridícula la facha de usted en este momento ! Si le viera su coronel pensaría, con razón, que había usted andado en malos pasos... Pero, prosigamos. La juventud y el desamparo en que se hallaba mi hijo, porque sus bolsillos estaban completamente vacíos, hicieron vibrar las fibras del corazón de un compasivo mayor, quien le adelantó genero-

samente diez napoleones, sin exigirle siquiera recibo. Cumpló el deber de depositar en manos de usted estas monedas de oro, equivalentes á dicha suma, ya que nunca he podido averiguar el nombre del prestamista. Quienquiera que sea, le bendigo desde el fondo de mi alma por su proceder con mi desventurado hijo. El infame verdugo que mandaba la escolta acompañó al convoy de prisioneros á Durlack, y de allí á Carlsruhe. Durante el trayecto, colmó de insultos á mi hijo, cuya innata altivez se mantenía indomable hasta en el infortunio, y llevó su avilantez al extremo de abofetearle, de patearle sin piedad, de arrancarle cabellos del bigote... ¡ así!... ¡ así... ¡ y así!...

El alemán intentó forcejear y defenderse, pero sus esfuerzos se estrellaron ante el empuje de aquel coloso, cuyos golpes caían sobre él como una avalancha. Cuando, aturdido y maltrecho, pudo, al fin, aplomarse sobre sus pies, recibió un violento empujón que le hizo dar con su cuerpo en el amplio sillón de roble, sollozando de ira y de vergüenza.

—También lloró mi hijo, más de una vez, ante las humillaciones que se le impusieron — dijo con sorna el Conde.—Esto hará que se convenza usted de lo triste y afrentoso que resulta, para un hombre pundonoroso, encontrarse indefenso y en poder de un

enemigo inhumano y procaz... Al llegar á Carlsruhe fué atendido y curado solícitamente por un joven oficial bávaro, á quien conmovieron tamañas desdichas... Yo también lamento, á mi vez, ver á usted en tal estado. ¿Me permite usted que vende su herida con mi pañuelo de seda?

Y se incorporó ; pero el alemán le contuvo con un movimiento de su mano.

—¡ Ya sé que estoy á merced de usted !—exclamó.—¡ He soportado resignadamente sus brutalidades, pero no es posible tolerar esta indigna farsa !

El Conde se encogió de hombros.

—Me limito á exponer los hechos por el orden riguroso en que acaecieron—contestó.—Había hecho la promesa de relatárselos al primer oficial alemán con quien hablase frente á frente... ¿Dónde estábamos?... ¡ Ah ! sí... en lo del oficial bávaro. Siento en el alma que rehuse usted mis desinteresados y leales ofrecimientos... Pues bien ; en Carlsruhe, mi pobre hijo fué encerrado en el vetusto cuartel, donde permaneció quince días, amargando su cautiverio los soeces insultos y las groseras burlas proferidas por la desenfrenada soldadesca, cada vez que se asomaba á la ventana. Tal recuerdo me hace pensar en que tampoco está usted, en este momento, sobre un lecho de rosas ; ha venido usted por lana, capitán, y ha

salido trasquilado. Sospecho que es usted casado, padre de familia quizás, á juzgar por su aspecto bonachón; pero, en fin, que haya una viuda más ó menos, es cosa que no tiene importancia; por otra parte, las mujeres no suelen envejecer en la viudez... ¡Quieto ahí!... Para abreviar, le diré que mi hijo y su amigo consiguieron evadirse al cabo de la quincena. No quiero fatigar á usted inútilmente refiriéndole los peligros que corrieron, las privaciones que padecieron. Bástele saber que disfrazados con los trajes de dos leñadores, á quienes sorprendieron en un bosque, ocultándose durante el día y caminando sólo por la noche, llegaron á unos dos kilómetros de la frontera; y allí, cuando considerándose ya en salvo, se disponían á cruzar las avanzadas alemanas, fueron capturados por una patrulla de hulanos. ¿No es un trance verdaderamente doloroso?...

El Conde hizo sonar, por dos veces, su silbato de plata, y tres aldeanos de facciones duras penetraron en el salón.

—Estos representarán mis hulanos—continuó.— El capitán que mandaba la fuerza, sospechando que los detenidos eran soldados franceses vestidos de paisano, que se habían introducido en las líneas alemanas, les mandó colgar, sin más averiguaciones... Me parece, Juan, que la viga del centro es la más sólida, ¿verdad?

Momentos después, el oficial era arrancado á viva fuerza de su sillón y conducido al lado de una cuerda nueva que pendía de una de las vigas de roble que atravesaban la pieza y terminaba en un nudo corredizo. El lazo le fué pasado alrededor del cuello, apretándole la garganta. Los tres aldeanos asieron el otro extremo y miraron fijamente al Conde, aguardando sus órdenes. El alemán, pálido pero sereno, cruzó sus brazos y contempló con aire retador al hombre que le torturaba.

—Ya está usted frente á la muerte—dijo el Conde,—y veo que se mueven sus labios como si murmuraran una oración. Lo mismo hizo mi hijo, al encontrarse en análogas circunstancias. Un oficial general del ejército alemán, que acertó á pasar por allí en aquel momento, oyó al joven balbucear el nombre de su madre, y se sintió emocionado, porque también era padre. Ordenó á los hulanos que se retiraran, y se quedó, acompañado únicamente de su ayudante, al lado de los dos condenados. Cuando éstos le relataron sus penalidades, cuando supo que mi desventurado hijo era el único descendiente de una noble y antigua familia y que su madre tenía la salud muy quebrantada, desató por su propia mano la cuerda que le oprimía el cuello, como yo desato ésta, le abrazó estrechamente, como yo abrazo á usted ahora, y le

dejó en libertad, como yo le dejo. ¡Haga el Cielo que sea usted más afortunado! porque á pesar de los buenos deseos de aquel noble general, la fiebre que acometió á mi pobre hijo le arrebató á nuestro cariño pocos días después.

He aquí cómo salió del castillo el capitán Banm-garten, al alborear aquella mañana fría y lluviosa de diciembre.



...no existía el menor vestigio de civilización en aquellos desolados lugares. (Pág. 146)

EL CRIMEN DEL CORONEL.

LÁMINA III



LOS TRES CORRESPONSALES

En toda la vasta extensión arenosa del desierto, salpicada de negruzcos peñascos, sólo se divisaba un bosquecillo de palmeras cuyas ramas se cimbreaban majestuosamente, formando una especie de cúpula, y cuyos troncos se erguían, arrogantes, en la margen del cauce del cenagoso Nilo, cuyo caudal se deslizaba rápidamente hacia la catarata de Ambigale, bordeando de franjas de blanca espuma los enormes cantos, redondeados por la constante acción de las aguas, que emergían diseminados por la superficie. El azul del firmamento era puro y diáfano, y los ardorosos rayos solares caían á plomo sobre la tierra, reflejando en las arenas y en los cascos de los jinetes, que, por momentos, iban adquiriendo la candente temperatura de una forja. El sol estaba casi en el cenit, y los caballos apenas proyectaban sombra.

EL CRIMEN.—10

—¡Qué manera de sudar!—exclamó Mortimer, enjugándose la frente. —¡Estoy como en un baño ruso!

—¡Naturalmente!—contestó Scott— como que llevamos veinte millas de camino por estos andurriales, bajo un sol de justicia y cargados como acémilas con todos estos trebejos. Las estufas son excelentes para conservar plantas delicadas, pero no suelen ser locales apropiados para dedicarse á ejercicios gimnásticos. Por mi parte, opino que debemos detenernos en aquel bosquecillo de palmeras y descansar allí hasta la noche.

Mortimer se elevó sobre sus estribos y miró insistentemente hacia el Sud. En todas direcciones no se veían más que bloques de piedra, que parecían calcinados, y las rojizas arenas. Sólo en un punto, bastante distanciado, se distinguía una línea intermitente que serpenteaba entre los peñascos, descendiendo en dirección á la ribera. Era una antigua vía férrea que los árabes habían destruído mucho tiempo antes y que los egipcios, más adelantados, comenzaban á reconstruir. Aparte de esto, no existía el menor vestigio de civilización en aquellos desolados lugares.

—Es preciso decidirse—insistió Scott,—porque difícilmente hallaremos otro sitio como éste.

—Puesto que no hay más remedio que resignarse, ¡ vamos allá !—dijo Mortimer—pero confieso que me duele cada hora que perdemos sin alcanzar á la columna. ¿Qué dirían nuestras empresas si no llegásemos á tiempo al combate?

—Amigo mío, me asombra que un hombre tan curtido como tú en el oficio, pueda imaginar, ni por un momento, que haya un general moderno en el pleno uso de su razón que dé la orden de ataque sin estar presentes los representantes de la prensa.

—¿De veras?—preguntó el joven Anerley.—Yo creía, por el contrario, que los militares nos consideraban como una plaga insoportable.

—¡ Es claro !—contestó Scott.—Habrà usted leído, sin duda, en la *Guia del Soldado*, de Wolseley, aquello de «esa colección de zánganos, constituida por los corresponsales de periódicos y los turistas...» ¡ Estamos al cabo de la calle, Anerley !—añadió, guiñando el ojo á través de sus lentes azules.—Si hubiera indicios de lucha, ya tendríamos aquí un pelotón de caballería, con la orden de conducirnos á toda prisa al lugar del combate. He asistido á quince acciones de guerra, y en todas ellas se ha cuidado de reservar un sitio exclusivo y preferente á los periodistas.

—Todo eso está muy bien ; pero el enemigo puede

no guardar esas consideraciones—arguyó Mortimer.

—El enemigo no cuenta con fuerzas suficientes para tomar la ofensiva.

—Pero es posible que haya una escaramuza.

—Más fácil es que prefiera intentar el ataque por retaguardia, en cuyo caso nos encontramos admirablemente situados.

—Tienes razón ; Vaya un chasco que se llevaría el corresponsal de la agencia Reuter, que se ha empeñado en marchar á la vanguardia ! ; Vaya ! ; vaya ! echemos pie á tierra y almorcemos tranquilamente bajo las palmeras.

Cada excursionista ostentaba la representación de un gran rotativo de Londres. El corresponsal de la agencia Reuter les llevaba una delantera de treinta millas, y veinte más atrás los seguían, cabalgando sobre camellós, otros dos enviados especiales de periódicos de la noche. Entre todos, acaparaban la atención del gran público, de esa inmensa masa silenciosa que, después de pagar los gastos de la expedición, aguardaba, paciente y resignada, el resultado de sus sacrificios.

En realidad, aquellos redactores eran la flor y nata del periodismo. Dos de ellos eran veteranos en la vida de campaña ; el otro hacía sus primeras armas y se mostraba respetuoso y atento á las indicaciones de sus acreditados colegas.

El primero en apearse de su montura fué Mortimer, redactor de *Las Noticias*. Alto, derecho, bien plantado, de rostro anguloso, vestía guerrera y pantalón de montar, de dril color marrón, y ajustaba su cuerpo con un cinturón escarlata; su piel, bajo la influencia del sol y del viento, había tomado ese tinte especial del pan de munición y estaba materialmente acribillada por las picaduras de los insectos del desierto.

El segundo era pequeñito y vivaracho, de tez morena y cabellos y barba ensortijados y negros como el azabache, y empuñaba un junco, que agitaba incessantemente para espantarse las moscas. Se apellidaba Scott y era el cronista de *El Correo*. Había corrido más peligros y realizado más hazañas que ningún compañero de profesión, exceptuando al incomparable Chandler, á quien la edad y los achaques impedían meterse actualmente en tales trotes.

Mortimer y Scott formaban un vivo contraste, y en aquella diferencia de aptitudes físicas y de temperamento estribaba, sin duda, el secreto de su franca y leal amistad. Se completaban mutuamente: la fuerza del uno suplía la debilidad del otro, y ambos constituían un todo perfecto. Mortimer era de origen sajón, y como tal, cachazudo, meticulado y reflexivo; Scott era de origen celta, y por tanto, impetuoso,

despreocupado é impulsivo. Mortimer era hombre profundo, mientras que Scótt era superficial. Mortimer era la encarnación de la seriedad, y Scott la de la frivolidad. Por extraña coincidencia, jamás se habían encontrado juntos en funciones, por más que uno y otro hubiesen seguido, paso á paso, el curso de varias campañas; ambos habían concurrido, pero separadamente, á todos los acontecimientos notables de la historia militar contemporánea. Scott estuvo en Plewna, en los campos de Shipka, en Zululandia, en Egipto, en Suakim. Mortimer siguió las incidencias de la guerra boer, las campañas de Chile, de Bulgaria, de Servia, la expedición de Gordon, la de la frontera india, la revolución del Brasil y la conquista de Madagascar. La experiencia que habían adquirido en el curso de sus aventuras daba á sus informaciones un sello especial. Las hipótesis y conjeturas, tan abundantes en los relatos ordinarios, estaban descartadas de los suyos. Sus afirmaciones eran rotundas y categóricas, y no admitían discusión.

A pesar de su amistad, existía un marcado sentimiento de competencia entre ambos. Positivamente, cada uno de ellos hubiera llegado, sin vacilar, hasta el sacrificio de su vida por el otro; pero ninguno hubiera sido capaz de perjudicar en lo más mí-

nimo los intereses de su periódico por favorecer á su camarad . No es comparable la satisfacción del jinete que gana la carrera con su caballo con la alegría experimentada por aquellos cronistas cuando veían las columnas de su edición repletas de su prosa, en tanto que las dem as no contenían el m as insignificante detalle relativo al suceso sensacional del día. En este punto estaban completamente de acuerdo. Ambos se hallaban dispuestos, sin tratar de ocult rsele,   ganar por la mano á su compañero, reconociendo mutuamente que sus deberes periodísticos habían de anteponerse   toda consideración personal.

El tercer expedicionario se llamaba Anerley y representaba   *La Gaceta*. Era un joven inexperto y de cándida apariencia. Tenía el labio inferior ligeramente caído, y había tal languidez en su mirada que hubi rse tomado por estudiada afectación. Muy dado á los asuntos militares, concurrió dos veces   las maniobras de otoño, como corresponsal de su periódico; y supo dar tal colorido   sus reseñas, que sugirió   su director la idea de utilizar sus aptitudes en mayor escala, enviándole   la guerra en calidad de cronista. Las cariñosas atenciones guardadas   sus dos experimentados compañeros le hicieron granjearse las simpatías de éstos, que tomaban   risa sus inocentes ocurrencias, felicit ndose de tener á su lado

á un colega de cuya concurrencia nada podían temer. A partir del día en que depositaron sus últimos despachos en la estación telegráfica de Sarras, se dieron plena cuenta de la ventaja que llevaban sobre su competidor, comparando los dos soberbios y veloces caballos que les pertenecían con el pobre trotón sirio adquirido á bajo precio por el novel corresponsal de *La Gaceta*.

Los tres hombres echaron pie á tierra y condujeron sus monturas á la sombra bienhechora de las palmeras. Las siluetas de los árboles se destacaban con tal relieve sobre la arena, que los expedicionarios levantaban maquinalmente sus pies, haciéndose la ilusión de que iban á tropezar con las ramas.

—Como ven ustedes, las palmeras son unas excelentes perchas—dijo Scott, mientras colgaba su revólver y su cantimplora en los salientes de un tronco, —pero su sombra deja bastante que desear. Es verdaderamente inexplicable, dada la ley universal de adaptación de los medios á los fines, que la Naturaleza no haya elegido para los trópicos un árbol más apropiado para guarecerse del sol.

—Como los plátanos de la India, por ejemplo, ¿verdad?

—O como esos espléndidos baobabs de la región de los aschantis, bajo cuya copa puede vivaquear un regimiento.

—Tampoco son flojos los teks de Busmah... ¡Diantre! ¡se me ha desparramado todo el tabaco en la bolsa de la silla! Con este calor tan infernal, se hace polvo en seguida... ¿Ve usted á nuestros bagajeros, Anerley?

—Sí, estarán aquí dentro de cinco minutos.

A lo largo del tortuoso sendero, avanzaba lentamente una pequeña caravana de camellos, cargados con los equipajes. De vez en cuando, quedaba oculta entre los repliegues del terreno, divisándose únicamente las cabezas de las acémilas, que se movían pausadamente de un lado á otro, con el aire coquetón de una mujer poseída de sí misma. Abrían la marcha tres criados bereberes, montados en asnos, y seguían los camellos conducidos por árabes. Así habían caminado durante nueve mortales horas, es decir, desde la salida de la luna, al paso fatigoso de los camellos, ó sean unas dos millas y media por hora. Hombres y animales hicieron un esfuerzo al ver el bosquecillo de palmeras bajo el que se habían cobijado los tres representantes de la prensa, para tomar aliento y dar descanso á sus cabalgaduras. Reunidos á los pocos minutos, se descargaron los equipajes y se ataron los animales á los troncos; los criados encendieron lumbre y se apresuraron á ir á buscar agua al río, y bien pronto cada una de las bestias tuvo

ante sí su pienso, depositado en una de esas alfombrillas que ningún árabe bien nacido deja de llevar consigo, para sentarse á comer al lado de su fiel compañero del desierto. Los brillantes destellos del sol, las medias tintas que proyectaba en el suelo la sombra de las frondosas palmeras, que se elevaban altivas como si quisieran escalar el azul purísimo del firmamento, el cauteloso paso de los servidores árabes, el chisporroteo del fuego, el olor de la leña quemada, el piafar de los caballos y el suave contoneo de las cabezas de los camellos, constituían un conjunto singular, muy difícil de olvidar á los que han permanecido algún tiempo bajo los rigores de aquel ardiente clima.

Scott se dispuso á batir huevos en un plato, entonando alegres canciones con su voz potente y armoniosa. Anerley, con la cabeza y los brazos hundidos en una caja de embalaje, se abría camino entre los bctes de caldo concentrado y las latas de carnes, aves y pescados en conserva, buscando los frascos de frutas en almíbar, que se hallaban en el fondo. El concienzudo Mortimer, con su libro de apuntes sobre la rodilla, anotaba las impresiones de la conversación sostenida la víspera con el ingeniero de la línea férrea. De pronto, al alzar la vista, divisó al propio ingeniero que, montado en un corcel alazán, emergía

y quedaba oculto á intervalos entre las ondulaciones del terreno.

—¡ Calla ! ¡ es Merryweather !—dijo.

—¡ Muy sudoroso y jadeante viene su caballo !—observó Scott.—Cualquiera diría al verle que acaba de hacer una larga y penosa caminata... ¡ Eh ! ¡ Merryweather !... ¡ venga usted acá !

El ingeniero, un hombre bajito y regordete, con el rostro encuadrado en una barba roja cortada en punta, parecía decidido á pasar de largo junto al campamento ; pero, al oirse llamar, describió una curva y, acertando la velocidad de su caballo, se dirigió hacia el grupo.

—¡ Por favor, denme ustedes un poco de agua !—suplicó.—Tengo la lengua completamente pegada al paladar.

Mortimer se levantó rápidamente y le alargó un odre lleno de agua clara, mientras Scott le ofrecía un frasco de whisky y Anerley un vaso de hojalata. El ingeniero bebió ávidamente hasta que le faltó respiración.

—¡ Bueno, señores ! dejen á ustedes—dijo, enjugándose las gotas de líquido adheridas á su bigote.

—¿ Ocurre alguna novedad ?

—Un ligero tropiezo en la construcción de la vía. Necesito ver al general. Es un belén esto de no tener telégrafo.

—¿No tiene usted nada noticioso que comunicarnos?

Y los tres periodistas enristraron lápiz y cuartillas.

—Ya les diré á ustedes algo cuando me haya entrevistado con el general.

—¿Andan por aquí los derviches?

—¡No! como siempre... ¡Hala, Jinny!... ¡Hasta la vista, señores!

Durante un rato, los corresponsales oyeron el ruido sordo de los cascos del caballo al hundirse en la arena, y después el choque de las herraduras en los guijarros, hasta que al fin perdieron de vista al viajero y todo quedó en silencio.

—Supongo que no habrá nada grave—dijo Mortimer, mirando hacia el sitio por donde había desaparecido el ingeniero.

—¡Ya lo creo que lo hay!—exclamó Scott—¡que se nos han achicharrado el jamón y la tortilla!... ¡Ah! respiro. ¡Valiente susto me he llevado! Afortunadamente, todo está en su punto. ¡Traiga usted la maleta, Anerley! ¡y tú, Mortimer, déjate ahora de apuntes! En este momento hay que dar la preferencia al tenedor sobre la pluma... Pero ¿qué hace usted, Anerley?

—Estaba pensando si valdría la pena enviar un

telegrama dando cuenta de lo que acabamos de ver.

—Lo que abunda, no daña. Después de todo, en la redacción verán si les conviene publicarlo. Ya sabe usted que no tenemos limitación en los gastos : nuestra misión consiste en enviar despachos, aunque sólo sea para justificar nuestra estancia.

—¡ Ya ! ¡ ya ! ¿ pero qué voy á decir ?

El austero rostro de Mortimer se contrajo en una ligera sonrisa, al observar la candorosa sinceridad del joven principiante.

—No entra en nuestras costumbres facilitarnos informes ni datos—le dijo,—pero, puesto que tengo preparado mi telegrama, no veo inconveniente en dárselo á leer. ¡ Eso sí ! esté usted persuadido de que no lo haría si contuviese alguna noticia de relativa importancia.

Anerley tomó el papel y leyó :

«Obstáculos imprevistos obligado Merryweather emprender viaje conferenciar general. Comunicaré índole dificultades rumores circulan presencia der-viches.»

—Es demasiado conciso—repuso Anerley, frunciendo el entrecejo.

—¡ Conciso !—exclamó Scott.—Por el contrario, más bien puede calificarse de ampuloso. Si mi director recibiera un telegrama concebido en esos tér-

minos, le oirían hasta los sordos. Yo suprimiría muchas palabras, por ejemplo las de «emprender», «índole», «circulan presencia». Y á pesar de todas esas supresiones, quedaría materia para redactar, no digo ya una noticia, sino un artículo.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente. ¡Déjeme su lápiz!

Y garabateó unas cuantas líneas.

—A ver qué le parece á usted... «El inteligente y distinguido ingeniero de ferrocarriles, don Carlos H. Merryweather, encargado actualmente de la construcción de la línea del Sahara, ha tropezado con ciertos obstáculos imprevistos que quizá puedan entorpecer la realización de una obra tan importante por todos conceptos...» Como es natural, en el periódico ya saben quién es Merryweather y están al tanto de todo, de manera que la palabra «obstáculos» les sugeriría seguramente lo que acabo de escribir: aun sobraría lo de «imprevistos»... «Hoy se ha visto precisado á emprender un largo y penoso viaje de cuarenta millas, atravesando el Desierto, con objeto de celebrar una entrevista con el general, en la que se pondrán de acuerdo respecto á las medidas que conviene adoptar para facilitar y acelerar los trabajos, evitando perjudiciales dilaciones. Procuraré informarme de lo tratado en la conferencia y comunicaré in-

mediatamente á nuestros lectores detalles referentes á la índole de las dificultades surgidas. Reina en apariencia la más absoluta calma en toda la línea de comunicaciones, aunque circulan insistentes rumores anunciando la aparición de derviches en la parte oriental del Desierto.—(De nuestro enviado especial)...»

¿Qué tal?—preguntó Scott con aire de triunfo, dejando al descubierto, al sonreír, una doble hilera de dientes cuya blancura resaltaba bajo su barba negra.

—¡Esto es de gran efecto para el público!

—¿Cree usted, positivamente, que eso puede interesarle?

—¿Qué duda cabe? Al público le interesa todo, porque le complace no ignorar nada. La sola idea de que aquí hay un hombre con cien libras mensuales de sueldo, para tenerle al corriente de lo que ocurra, halaga el amor propio de cada suscriptor.

—Agradezco á usted en lo que valen sus indicaciones

—Confieso que falto á mi deber al hacérselas, porque, después de todo, nuestra profesión es una especie de pugilato, en el que cada cual procura vencer á los demás... ¡Vaya, caballeros! ¡vamos á meter mano á estas conservas!... Como ha dicho muy bien Mortimer, este despacho carece de importancia y sólo tiene por objeto demostrar á nuestros directores

que estamos efectivamente en el Sudán y no en Monte-Carlo ; pero cuando formalicemos nuestras tareas cada uno tendrá que arreglárselas como pueda.

—¿ Es absolutamente indispensable proceder así ?

—Es la costumbre.

—Pues yo creo que si tres hombres combinaran sus esfuerzos y se facilitaran las noticias que cada cual pudiese adquirir, obtendrían mucho mejor resultado y se ahorrarían tiempo y molestias.

Los dos antiguos cronistas quedaron atónitos, con el trozo de pan en una mano y una lata en la otra, mirando á su interlocutor con expresión de profundo desdén.

—¿ Acaso hemos venido aquí á divertirnos ?—dijo Mortimer, cuyas pupilas centelleaban á través de sus lentes.—Aquí se nos ha enviado á trabajar sin descanso, en beneficio de nuestros respectivos periódicos. ¿ Cómo habría de mantenerse la competencia entre ellos, si no existiera entre nosotros ? Si nos aviéramos á combinar nuestros esfuerzos, les resultaría mucho más sencillo y económico abonarse á la agencia Reuter.

—Además—arguyó Scott,—esa combinación haría desaparecer por completo lo que constituye la gloria de un corresponsal. Trabajando por nuestra cuenta, todos procuramos ingeniarnos para emular á

nuestros contrincantes, mientras que si actuáramos mancomunadamente no tendríamos ningún interés en ser los primeros que adquiriéramos las noticias.

—En las actuales circunstancias, el corresponsal mejor montado es el que tiene mayores probabilidades de éxito—observó Mortimer, mirando de reojo á los briosos caballos comprados por Scott y por él y comparándolos mentalmente con el desmirriado jamelgo del corresponsal de *La Gaceta*.—Esa es la justa recompensa de su previsión y de sus arrestos. ¡Luchemos, pues, separadamente, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga!

—Es el único medio de que cada cual demuestre su habilidad. ¿Quién no conoce la jugarreta que valió á Chandler la fama de que goza? En cierta ocasión fingió haberse fracturado una pierna, y mientras su compañero fué á buscar un médico, él se levantó y salió escapado al telégrafo.

—¿Y le parece á usted eso de buena ley?

—Me parece sencillamente un golpe de ingenio.

—Pues yo lo calificaría de felonía—dijo Anerley.

—Puede usted calificarlo como le acomode, pero el hecho fué que el periódico de Chandler publicó el resultado del combate, mientras que los demás no dijeron esta boca es mía. Esa fué la base de su notoriedad.

—Sin ir más lejos, ahí tenemos á Wertlake— agregó Mortimer, cargando su pipa. — ¡Tú! ¡Abdul!... ¡retira todos estos cachivaches!... Wertlake, en su afán de ser el primero en transmitir noticias, ideó hacerse pasar por correo oficial y utilizó todos los relevos de caballos y postas preparados por el Gobierno para el verdadero comisionado. La estratagemata produjo medio millón á su periódico.

—¿Y también lo estima usted correcto?

—¿Por qué no?

—Yo considero que semejante acción toca en los linderos del robo, y constituye, cuando menos, un delito de suplantación de personas y usurpación de atribuciones.

—Pues bien ; yo le declaro ingenuamente que no vacilaría en hacer lo mismo, con tal de llenar una columna en uno de los periódicos de gran circulación. ¿Qué dices á esto, Scott?

—Que yo no retrocedería más que ante un asesinato.

—¡No me fiaría mucho, porque sería usted capaz de llegar á él!

—No digo tanto, porque el crimen no entra en las prácticas periodísticas ; pero crea usted que no deja de ofrecer sus peligros interponerse entre un corresponsal de prensa y un conductor eléctrico. Mi

querido Anerley, he de manifestarle, con toda franqueza, que si viene usted asaltado por tantos escrúpulos, valía más que se hubiera quedado en su casa. Nuestra vida es completamente irregular y nuestro trabajo no puede someterse á norma fija : quizá, con el tiempo, llegue á reglamentarse la profesión, pero actualmente no lo está. Persiga usted su objeto, empleando para ello los procedimientos que le plazcan, y sobre todo procure ser el primero que llegue á las oficinas del telégrafo. Tales son las advertencias que me permito hacerle... ¡ Ah ! también le aconsejo, para otra vez, que se provea usted del mejor caballo que encuentre, cuéstele lo que le cueste. Mortimer podrá burlarme, ó burlarle yo, pero ambos estamos seguros de que poseemos los caballos más veloces de la comarca. No hemos descuidado ningún detalle para lograr nuestros propósitos.

—¡ No cantes victoria !—dijo Mortimer con toda calma.—Ya sabemos que un caballo gana en velocidad á un camello, en un recorrido de veinte millas ; pero no sucede lo mismo si el trayecto se alarga á treinta.

—¡ Cómo ! ¿ uno de esos camellos ?...—preguntó Anerley asombrado.

Los dos amigos se echaron á reir.

—¡ No, hombre ! Hablamos de los camellos de

silla, de los que montan los derviches cuando han de salvar rápidamente distancias considerables.

—¿Y esos animales aventajan á un caballo al galope?

—Indudablemente. No hay caballo capaz de seguirlos, en primer lugar, porque su marcha es uniforme durante todo el camino, y además porque no necesitan detenerse á comer ni á beber y se afianzan mejor que los caballos. Yo presencié, hace tiempo, unas carreras en Halfa, y cuando la distancia excedía de treinta millas, siempre obtenían el triunfo los camellos.

—De todas suertes, no tenemos nada que reprocharnos, Scott, porque no me parece probable que nos alejemos treinta millas de una estación telegráfica, puesto que la línea estará tendida por completo la semana próxima.

—Es verdad ; pero entretanto...

—¡ Ya lo sé, amigo Scott ! pero por ahora nadie nos apremia... Reanudaremos la marcha á las cinco, de modo que nos quedan tres horas de descanso... ¿ Ven ustedes á nuestros compañeros de los periódicos de la tarde?

Y Mortimer exploró el horizonte, hacia la parte Norte, con auxilio de sus gemelos.

—No veo nada—dijo.

—Son capaces de haber emprendido la caminata con toda la fuerza del sol—observó Scott.—Van á llegar derretidos... ¡Cuidado con las cerillas, Anerley!... si prende una chispa en una palmera, vuelan todas, como un castillo de pólvora... ¡Vaya! ¡hasta luego!...

Los dos amigos se instalaron bajo sus mosquite-ros, y pocos instantes después dormían apaciblemen-te, como sucede á todas las personas acostumbradas á vivir al aire libre.

El joven Anerley, con su cigarro en la boca, se recostó en el tronco de una palmera y reflexionó acerca de los consejos que acababa de recibir. Después de todo, aquellos hombres eran veteranos curtidos en el ejercicio de la profesión, y no era ciertamente á él, soldado bisoño en las filas de la prensa, á quien co-rrespondía modificar los procedimientos establecidos. Si aquéllos se consideraban obligados á servir con tal celo á los periódicos de que dependían, su deber estaba claramente trazado: aprovecharía las indi-caciones que tan leal y generosamente se le habían hecho, y las seguiría al pie de la letra.

La tarde era caliginosa y pesada, y las espumosas franjas que contorneaban los pedruscos diseminados por el cauce del Nilo daban una seductora impresión de frescura; pero Anerley pensó que no sería pruden-

te, por lo menos hasta que transcurriesen algunas horas, ceder á la tentación de zambullirse. Los candentes rayos solares reverberaban en los peñascos y en las arenas del desierto; la atmósfera estaba empañada por un vaho denso y blanquecino, y los monótonos zumbidos y chirridos de los insectos invitaban al sueño. A poca distancia se oía el canto de un cuclillo.

Anerley sacudió la ceniza de su cigarro, disponiéndose á tenderse en su improvisado lecho, cuando sus miradas se fijaron en un bulto que se movía en lontananza. Era un jinete que galopaba en dirección al bosquecillo, con toda la velocidad que se lo permitían las sinuosidades del terreno. En un principio, el joven periodista creyó que sería algún mensajero destacado del ejército; pero bien pronto le dió de lleno el sol en el rostro, haciendo resaltar una barba rubia como el oro, que no podía confundirse con ninguna otra. Era, indudablemente, el ingeniero Merryweather, que volvía grupas; pero ¿á qué atribuir su inesperado regreso? ¿Cómo, si hacía un momento que se mostraba tan impaciente por entrevistarse con el general, retrocedía sin realizar su propósito? ¿Se había rendido á la fatiga su caballo? No había que pensarlo, porque devoraba el espacio. Anerley tomó los gemelos de Mortimer, distinguiendo con su auxilio

al caballo sudoroso y avanzando á carrera tendida, y al jinete que le hostigaba sin cesar, pero sin que nada, en apariencia, pudiera explicar el misterio de su repentino retorno.

En un instante, caballo y jinete desaparecieron en uno de los repliegues del terreno. Debían de haberse internado, indudablemente, en uno de esos estrechos desfiladeros que afluyen á la ribera, y el joven esperaba, con los gemelos enfocados, verlos reaparecer en seguida ; pero los minutos pasaron, sin que dieran señales de vida ; parecía habérselos tragado el barranco. De pronto, divisó una pequeña humareda blanca que se elevaba entre las rocas y se extendía como una onda de bruma por el desierto. Entonces se decidió á despertar á Scott y á Mortimer.

—¡ Levántense ustedes ! —gritó.— ¡ Creo que los derviches acaban de fusilar á Merryweather !

—¡ Y el corresponsal de Reuter sin enterarse !— exclamaron á dúo los veteranos cronistas, brincando de gozo y preparando sus cuartillas.— ¡ Que han fusilado á Merryweather ! ¿ Dónde ? ¿ cómo ? ¿ cuándo ?

En pocas palabras, Anerley los puso al corriente de lo que había observado.

—¿ No han oído ustedes nada ?

—Absolutamente nada.

—No es extraño, porque el ruido de los disparos se

amortigua mucho entre las rocas... ¡Diantre! ¡mirad qué par de avechuchos!

Mientras hablaba Scott, dos enormes pajarracos, cuyo negro plumaje se destacaba bajo el azul del cielo, se habían cernido y revoloteaban sobre el barranco.

—Basta con esto—dijo Mortimer, con la nariz hundida en las cuartillas.—«Merryweather atajado derviches. Retroceder, muerto descarga, mutilado. Rebeldes cortado comunicaciones...» ¿Qué les parece?

—¿Pero crees que le han atajado el paso?

—¡Naturalmente! De no ser así, no hubiera vuelto atrás.

—En ese caso, debe de haber varias patrullas enemigas.

—Es casi seguro.

—¿Y por qué dices que ha sido mutilado?

—Porque ya sé cómo las gastan los árabes.

—Así ¿qué piensas hacer?

—Partir para Sarras.

—Yo también; iremos juntos.

Anerley quedó estupefacto ante la despreocupación que revelaban tales palabras. En su inmoderado afán de comunicar noticias á sus periódicos, aquellos hombres no paraban mientes en que su campamento,

sus criados, y hasta ellos mismos, se hallaban, como quien dice, en la boca del lobo. Durante su breve diálogo, se oía el fuego graneado de la fusilería, que retumbaba entre las rocas, y el silbido de las balas, que pasaban sobre sus cabezas. Una rama de palmera cayó á sus pies, en el momento mismo en que los seis servidores de la caravana, completamente aterrados, se postraban de hinojos, implorando su protección.

El flemático Mortimer tuvo que organizar la defensa, porque el fogoso temperamento celta de Scott, enardecido ante la idea del éxito que debía proporcionarle su información, le restaba condiciones para encargarse del mando. Mortimer, por el contrario, grave y sereno á la vez, con sus lentes azules calados, no tardó en imponerse á los criados.

—¡ Talihenna ! ¡ Egri !... ¿ A qué vienen todos esos aspavientos ? ¿ Qué motivos hay para espantarse así ?... ¡ Guareced los camellos detrás de los troncos de las palmeras y atadlos sólidamente ! ¿ No habéis oído nunca silbar las balas ? ¡ Pues, hombre !... ¡ Colocad los asnos á este lado !... ¡ Diablo ! ¡ no dejéis al descubierto mi caballo ; no sea que hagan blanco en él ! Llevadle con los otros dos al hueco que hay entre los árboles y el río, para preservarlos de todo peligro. ¡ Estos tunantes afinan la puntería mejor que en 1885 !

—¡Ya lo noto!—exclamó Scott, al oír un ruido mate, como el que produce una piedra arrojada en un montón de fango.

—¿Dónde ha dado esa bala?

—En el vientre de aquel camello que andaba suelto.

Durante la conversación, el pobre animal cayó desplomado, con la lengua fuera y los ojos vidriosos.

—¡He aquí un tirito que me cuesta quince libras! —dijo Mortimer indignado.—¿Cuántos son esos canallas?

—No veo más que cuatro.

—Puede haber cuatro armados de fusiles y estar escondidos los que no los tengan.

—No lo creo : debe de ser una patrulla montada que merodea por estos parajes... ¡ A propósito, Anerley ! es la primera vez que se encuentra usted en estos trotes, ¿ verdad ?

—Efectivamente — contestó el joven gacetillero, que experimentaba en aquel momento un sentimiento de curiosidad unido á una viva emoción.

—El amor, la miseria y la guerra, son cosas que debe conocer todo el que se precie de haber vivido— dijo sentenciosamente Mortimer.—¡ Déme usted los cartuchos ! Como ve usted, esto es un bautismo de fuego á medias, porque detrás de los camellos es-

tará usted tan seguro como si se hallara sentado en el salón interior de la Asociación de Escritores de Londres.

—Tan seguro, es posible, pero menos confortablemente también—observó Scott.—¡ De qué buena gana me bebería un vaso de vino del Rhin con agua de Seltz!... La verdad es que, bien mirado, no podemos quejarnos de nuestra suerte, amigo Mortimer. ¡ Imagínate la impresión del general cuando sepa que la primera escaramuza se ha sostenido con la columna de la prensa! Piensa en el corresponsal de Reuter, que se dará á los diablos por haberse adelantado con el grueso de la fuerza; piensa en esos rezagados de los periódicos de la tarde, que no podrán publicar la noticia hasta que los nuestros la hayan lanzado á los cuatro vientos... ¡ Diantre! ¡ han atravesado mi mosquitero de un balazo!

—Y han dado de rechazo á un asno.

—Esto ya va siendo pesado. Si continuamos así, acabaremos por tener que cargar con nuestros equipajes y llevarlos á costas hasta Karthoum.

—¡ No importa! Todo puede darse por bien empleado. Ya me parece ver desde aquí el encabezamiento de nuestra información: «Recorrido de la línea de comunicaciones.» «Asesinato de un ingeniero inglés.» «Corresponsales atacados por el enemigo.» ¡ El delirio, chico, el delirio!...

—Todo eso se dice muy bien, pero lo que no veo tan claro es quién va á facilitar la información—interrumpió Anerley.

—«Nuestro enviado especial herido» — exclamó Scott, cayendo de espalda.—Menos mal—agregó, levantándose—que no ha sido más que una rozadura en la rodilla. Sin embargo, la cosa se va poniendo seria : insisto en que nos encontraríamos mucho más seguros en los salones de la Asociación de Escritores.

—Aquí tengo un poco de ungüento.

—Guárdalo para luego. ¡ Si pudiéramos desalojarlos de su madriguera !... porque nos están fusilando á mansalva.

—¡ Mira ! ya se aproximan.

—Mi revólver es magnífico, pero tiene el defecto de tirar un poco alto. Cuando necesito abreviar la digestión de un hombre, tengo la costumbre de apuntarle á los pies... ¡ Mil rayos ! ¡ nos han hecho trizas la marmita del agua caliente !

Una bala de Remington había pasado de parte á parte el perol metálico, produciendo el ruido de un tantán chino y esparciendo el agua, que formó una nube de vapor al ponerse en contacto con el fuego. Un griterío salvaje salió de entre los peñascos.

—Esos imbéciles se figuran que nos han volado.

Como si lo viera, se van á lanzar sobre nosotros, y entonces nos tocará tomar la revancha. ¿Tiene usted á mano su revólver, Anerley?

—Tengo una soberbia escopeta de dos cañones.

—¡Muy bien pensado! Es la mejor arma para esta clase de luchas. ¿Qué cartuchos usa usted?

—Perdigones gruesos de caza.

—¡Magnífico! Por mi parte, vengo provisto de una pistola de dos cañones cargada con postas, porque los proyectiles de un revólver de ordenanza botarían en la piel de estos bárbaros como balines de una carabina de salón.

—Aquí se permite todo—dijo Scott,—porque las cláusulas del convenio de Ginebra no son aplicables al territorio situado al sud de la primera catarata. Nada más sencillo que dar á una bala la forma de una seta, mediante una ligera manipulación. Recuerdo que un día, en Tamai, me vi envuelto...

—¡Espera un momento!—interrumpió Mortimer, afianzando sus lentes.—Me parece que se nos vienen encima.

—Son las cuatro y diez y siete minutos en punto—dijo Scott consultando su reloj.

Anerley se guareció detrás de un camello, contemplando con atención rayana en éxtasis las rocas que daban frente al campamento. De rato en rato,

se elevaban tenues nubecillas de humo blanquecino, pero, por más que fijaba su atención, no conseguía ver á los asaltantes. Poseído de una emoción extraña, misteriosa, fantástica, pensaba en aquellos enemigos invisibles que, de minuto en minuto, de instante en instante, se iban aproximando al sitio en que se hallaba. Al volar el caldero del agua, percibió claramente los aullidos de júbilo y, casi simultáneamente, llegó á sus oídos una voz potente, que profirió frases cuyo significado no acertó á comprender, pero que provocaron un ademán desdenoso en Scott.

—¡Falta que nos puedan coger!—dijo éste.

Anerley, deseoso de conservar hasta el final su sangre fría, consideró preferible no demandar explicaciones respecto á las frases que motivaron la respuesta de su colega.

Las descargas se repetían, á distancia de unos cuantos centenares de metros, en medio de la inacción de los corresponsales, que juzgaban inútil contestar á las agresiones, dado el escaso alcance de sus armas. Si aquella situación se prolongaba, no les quedarían más que dos recursos: ó intentar una salida, cuyo resultado sería muy dudoso, casi con seguridad funesto, ó atrincherarse detrás de la línea de camellos y resistir hasta que les fuera posible, con la esperanza de que el tiroteo llamase la atención de la columna y se destacaran fuerzas en su auxilio.

Afortunadamente para nuestros protagonistas, el africano, en general, no tiene plena confianza en las armas de fuego, y sus instintos primitivos, que le impulsan á entablar la lucha cuerpo á cuerpo con su adversario, están demasiado arraigados en él para permitirle acomodarse á otro género de estrategia. El enemigo se fué acercando poco á poco, y Anerley pudo, al fin, ver una cara que los miraba por encima de un picacho. Era una cabeza enorme, con el cabello crespo y los labios prominentes y con una expresión feroz en el semblante : el prototipo del negro. Pendientes de sus orejas, brillaban unos aretes de metal. Blandía en su diestra un fusil Remington, con el que apuntaba á los periodistas.

—¿Disparo?—preguntó Anerley.

—¡ De ninguna manera ! No le tenemos á tiro, y la perdigonada de usted se perdería en el vacío.

—¡ No deja de ser pintoresca su facha !—dijo Scott á Mortimer.—¡ Lástima que no tengas á mano tu kodak, porque sería la ocasión más oportuna para utilizarle... ¡ Pero calla ! ¡ sale otro !

Un árabe, de facciones delicadas y negra barba, cortada en punta, apareció súbitamente detrás de otro peñasco. Cubría su cabeza con un turbante verde, símbolo de su jerarquía, y llevaba impreso en su fisonomía el sello del fanatismo religioso.

—¡ Vaya una mescolanza !—exclamó Scott, fijándose en los dos opuestos tipos.

—Ese último pertenece indudablemente á una de las belicosas tribus de los Baggarras—observó Mortimer.—Son gentes de cuidado, puedo asegurártelo.

—Efectivamente, su aspecto lo revela... ¡ Pero mira ! ¡ un negro más !... ¡ y otro !

—¡ Y otros dos !—agregó Mortimer.—Deben de ser de la tribu de los Dimgas, de esas hordas que nos suministran los mejores reclutas para nuestros batallones indígenas. No disfrutan más que peleando, sin importarles por cuenta de quién combaten. Si esos imbéciles no estuvieran tan ayunos de inteligencia, comprenderían que los árabes son sus enemigos hereditarios, mientras que nosotros somos sus verdaderos protectores. ¿ No da grima ver á ese cretino haciendo armas contra los representantes de quienes han abolido la trata de negros ?

—¿ No sería conveniente sacarle de su error ?

—Ya lo haré cuando se acerque, descuida ; pero será con esta pistola... ¡ Esté usted prevenido, Anerley ! ¡ Ya vienen hacia aquí !

En efecto, el enemigo avanzaba precipitadamente, al mando del árabe del turbante verde. Inmediatamente detrás, corría el negro de los aretes de metal. Era un verdadero gigante, á quien apenas llegaban

al hombro los dos negros que le seguían saltando de peñasco en peñasco. Anerley contemplaba con asombro aquella decisión salvaje, las ondulaciones de sus vistosas ropas, los acerados reflejos de las armas, los desordenados movimientos de aquellos brazos negros, la expresión iracunda de los rostros, la vertiginosa carrera de aquellas furias. El ciudadano inglés tiene tan inculcado en su mente el respeto á la vida humana, que, á pesar de que aquellas gentes atacaban á sus colegas, y á él mismo, con el deliberado propósito de matarlos, nuestro joven periodista no pensó, ni por un momento, en utilizar su perfecto derecho de legítima defensa, y continuó tendido en el suelo, embobado por completo.

—¿Qué hace usted, Anerley? ¡Vamos! ¡tire usted al árabe!—gritó una voz.

El aludido apoyó en el hombro la culata de su escopeta, pero al apuntar y ver el rostro siniestro del adversario que se adelantaba dando enormes zancadas, sus dedos flaquearon y, aunque oprimió por dos veces el gatillo, no logró que saliera el tiro. En aquel instante resonaron dos disparos de revólver, y una mancha de púrpura tiñó el cetrino pecho del árabe, quien siguió avanzando á pesar de su herida.

—¡Tire usted, imbécil!—bramó Scott.

Anerley volvió á oprimir el gatillo, con el mismo

resultado negativo. Dos nuevos disparos, hechos á su lado, dieron en tierra con el gigantesco negro, quien intentó incorporarse, desplomándose definitivamente.

—¡ Pero habráse visto idiota semejante ! ¡ Arme usted su escopeta !—vociferó Scott, en el colmo de la indignación.

En aquel momento, el árabe, haciendo un supremo esfuerzo, saltó por encima del camello muerto, y Anerley se sintió pisoteado por su enemigo. Como en un sueño, le pareció que luchaba con todas sus fuerzas contra un ser que se revolcaba con él por el suelo, estrechándole entre sus nervudos brazos. Poco después percibió el estrépito de una próxima y formidable explosión que le alcanzó la cara. Tales fueron los recuerdos que le quedaron del primer hecho de armas en que tomó parte.

.....

—¡ Adiós, amigo mío ! ¡ que usted se alivie... y paciencia !

Era la voz de Mortimer.

Anerley, á quien iban dirigidas aquellas palabras, se dió cuenta, vagamente, de la despedida de su compañero, al ver los característicos lentes y notar que una mano se apoyaba en su hombro.

—Lamentamos muchísimo dejar á usted en tal estado—dijo Scott, apretando la cincha de su caballo mientras hablaba,—pero necesitamos ganar tiempo, para que nuestros despachos alcancen las ediciones de la mañana. Ya consignaremos en ellos que ha sido usted herido, para justificarle ante su periódico. ¡ Ah ! si por casualidad ve usted al corresponsal de Reuter ó á los de los periódicos de la tarde, no les diga usted nada de lo sucedido. Abbas le cuidará, y nosotros estaremos de regreso mañana por la tarde. ¡ Conque, ánimo y hasta la vista !

Anerley escuchó la peroración, pero le faltaron energías para contestar. Sus sentidos no se aclararon hasta el momento en que vió desaparecer entre las rocas los briosos y esbeltos corceles de sus compañeros ; entonces comprendió que había desperdiciado la primera ocasión que se le presentaba para conquistarse un renombre periodístico. En realidad, el suceso se había reducido á una escaramuza sin importancia ; pero era el primer incidente de la guerra, y el público de la metrópoli esperaba con impaciencia detalles, por insignificantes que fueran. *El Correo* y *Las Noticias* ofrecerían las primicias á sus lectores, insertándolos en sus columnas, mientras que *La Gaceta* quedaría rezagada. Esta idea le hizo recobrar las energías suficientes para incorporarse, lo cual realizó

penosamente y apoyándose en el tronco de la palmera para conservar el equilibrio, porque le daban vahidos.

Una vez en pie, sus miradas fueron atraídas por el cadáver del corpulento negro, tendido en tierra con el pecho acribillado de heridas, en cuyos bordes se amontonaban ya las moscas. A poca distancia, yacía el cuerpo del árabe, con las dos manos cruzadas sobre un amasijo informe y sanguinolento que había sido su cabeza: sobre su pecho descansaba la escopeta de Anerley con un gatillo caído y otro montado.

—Le ha matado Scott con el fusil de usted — dijo una voz.

Era Abbas, el único de los servidores que chapurreaba el inglés.

Anerley suspiró, pensando en su infortunio. Llegó á perder de tal modo la cabeza durante la refriega, que se olvidó de montar su escopeta; y no ciertamente por miedo ni azoramiento, sino por el interés que le inspiraba la contienda que se desarrollaba ante sus ojos. Al llevarse la mano á la cabeza, observó que la tenía envuelta en un pañuelo humedecido.

—¿Dónde están los otros dos derviches?—preguntó.

—Huyeron. Uno de ellos iba herido en un brazo.

—Y á mí ¿qué me ha pasado?

—El árabe se lió con usted á brazo partido y le dió una cuchillada en la cabeza. Entonces Scott disparó y le quemó á usted la cara.

Anerley comenzó á sentir el intenso escozor de las quemaduras, percibiendo, á la vez, el olor acre y nauseabundo del cabello quemado. Se llevó la mano al bigote, cerciorándose de que no existía; las cejas habían desaparecido también, porque no se notaba el menor vestigio de ellas. Indudablemente, su rostro debía de estar tan próximo al del derviche cuando ambos rodaron por tierra, que la explosión del arma produjo aquellos desastrosos efectos. En resunidas cuentas, sus cabellos tendrían tiempo de crecer antes de que volviese á Londres, pero la cuchillada recibida podría ofrecer más serios peligros. ¿Sería de tal gravedad que le impidiera llegar á la estación telegráfica de Sarras? Para saberlo, no había más que un medio: intentarlo.

Hubo de reconocer, sin embargo, que su situación era en extremo difícil. Para realizar su empresa, no contaba más que con su miserable jaco sirio, que se hallaba allí, á la sombra, con la cabeza baja y las patas encorvadas, testimoniando con su aspecto que la jornada de la mañana había dado al traste con su escaso poder. ¿Cómo emprender, en tales condiciones, un recorrido de treinta y cinco millas, que

habría de salvar á todo galope, si quería llegar oportunamente? Semejante carrera resultaría penosa hasta para los caballos de sus compañeros, á pesar de su velocidad y de su resistencia... ¿Su resistencia? En aquel instante recordó que Mortimer había asegurado que, para distancias superiores á treinta millas, los camellos de silla son preferibles á cualquier caballo, por excelente que sea. ¡ Si encontrara uno de aquellos camellos, quizá le fuera dable lograr su propósito!... pero ¿cómo dar con él?... Súbitamente, asaltó su memoria otra de las frases de Mortimer. ¡ Sí! Los derviches, en sus expediciones, utilizan siempre los camellos de silla. ¿Dónde habrían dejado los suyos los dos derviches que yacían en tierra frente á él?

En un momento escaló las rocas, á pesar de las protestas de Abbas, que le seguía pisándole los talones. ¿Se habrían llevado los camellos los dos fugitivos ó se habrían limitado á poner en salvo sus personas? Anerley determinó con facilidad el sitio en que los enemigos habían acampado, por el considerable número de cápsulas vacías esparcidas por el suelo. ¡ Cuál no sería su júbilo, al ver surgir de una pequeña hondonada el cuello blanco y flexible y la elegante cabeza de un camello de una raza completamente desconocida para él! Entre aquel airoso ejemplar, bello

como un cisne, y los que servían para el transporte de bagajes, existía la misma diferencia que entre un caballo de camión y otro de pura sangre de carrera.

El animal reposaba cerca de los peñascos, llevando pendiente de sus ancas un odre de agua y un saco de provisiones : sus rodillas, según costumbre árabe, estaban atadas con una cuerda. Anerley montó de un salto, en tanto que Abbas deshacía la traba ; y, después de unos cuantos vaivenes, ocasionados por los bruscos movimientos del camello al levantarse, se acomodó en su montura y quedó sólidamente afianzado sobre los lomos del veloz trotón del desierto. Así permaneció durante un rato. El animal, tan manso como ligero, movió graciosamente su largo cuello, volviéndose para mirar en torno suyo, mientras Anerley se acoplaba cruzando las piernas y empuñaba el cayado que le tendió Abbas. El joven asió las dos riendas, una de las cuales partía del hocico del animal y la otra del cuello, golpeó éste suavemente con el cayado, y un momento después se perdió entre los negruzcos peñascos, que desfilaban rápidamente ante sus ojos, oyendo á lo lejos las voces de despedida de Abbas.

Era la primera vez que montaba en camello, y aunque las oscilaciones eran violentas é irregulares, no le molestaron en un principio. No llevando es-

tribos ni punto alguno que sirviera de apoyo á sus pies, permanecía materialmente adherido á la silla, inclinando el cuerpo, alternativamente, hacia adelante y hacia atrás, como lo había visto hacer muchas veces á los árabes. Pero el asiento era muy cóncavo y la piel que le cubría muy pulimentada y resbalaba en él, como una bola de billar por un plano de cristal; para sostenerse tenía que aferrarse con ambas manos al arzón. El camello había emprendido su trote uniforme, y se deslizaba sobre el arenoso suelo sin que sus cascos produjeran el menor ruido.

El sol había traspuesto las negras cimas de la cadena de picachos volcánicos, semejantes á enormes montones de escorias depositadas en la boca de una mina. Por la parte de Occidente se destacaba en el firmamento ese matiz maravilloso formado por una verdadera gama de tonos verdes y rojos que da belleza tan ideal á los crepúsculos en las orillas del Nilo, cuyas turbulentas y cenagosas aguas se irisaban con aquellos reflejos al arremolinarsé entre los sombríos peñascos. Ya no hería la retina la reverberación de las arenas, ya no agobiaba el calor sofocante del día, ya no se oía el zumbido de los insectos, y Anerley sentía mitigados sus padecimientos físicos al aspirar aquel ambiente puro y vivificador, aquella brisa del Norte, que acariciaba su ardoroso rostro.

Acababa de mirar la hora en su reloj y de hacer mentalmente un rápido cálculo del tiempo transcurrido y de la distancia que le restaba por recorrer. Había salido del campamento poco después de las seis, y en razón á lo accidentado del terreno, no podía contar con caminar más de siete millas por hora. Compensando lo que retrasaría en los lugares escabrosos con lo que adelantara en los llanos, menos abundantes éstos que aquéllos, se daría por muy contento con poder estar en Sarras entre doce y una de la madrugada. Luego se invertirían dos horas largás en la transmisión del telegrama, puesto que había de hacer escala en el Cairo. Suponiendo, pues, que todas las circunstancias le fueran favorables, cosa punto menos que imposible, su despacho no podría llegar á Londres hasta las dos ó las tres de la madrugada. A las tres en punto terminaba el ajuste y entraba en máquina el periódico ; si para esa hora no se habían recibido sus noticias, habría fracasado para siempre. Anerley consideraba como indudable que el primero que abordase la ventanilla de la estación telegráfica sería el dueño de la situación, y ponía singular empeño en ser él quien lo consiguiera. Alentado por tal esperanza, azuzaba á su camello, cuyas zancadas iban siendo cada vez más largas y frecuentes. En ciertos sitios, las peñas formaban un conglome-

rado que descendía hasta la ribera y que obligaba á los caballos á dar un rodeo, por serles imposible franquear el obstáculo, mientras que los camellos, más habituados, lo salvaban, aunque penosamente. Esto llevó al ánimo de Anerley el convencimiento de que debía ir ganando terreno á sus colegas.

Pero pagaba bien cara la satisfacción que le proporcionaba semejante idea. El había oído decir diferentes veces que eran muchas las personas que sufrían graves relajaciones á consecuencia de viajar en camello, y que por esa razón, cuando los árabes emprendían una expedición larga, se fajaban el vientre con una tela bien consistente. La precaución le pareció superflua y hasta ridícula, mientras caminó por terreno llano ; pero, cuando se internó en lugares escabrosos, se hizo cargo de su utilidad. Zarandeado en todos sentidos, cada sacudida producía una conmoción general en su ser, quebrantándole de pies á cabeza. Estaba molido, como si le hubieran dado una tunda de palos en los hombros, en la columna vertebral, en los riñones ; su cuerpo debía estar acardenalado. En vano se asía con todas sus fuerzas al arzón de la silla, con objeto de amortiguar los golpes ; en vano se incorporaba y variaba de posición : todo resultaba inútil ; pero sacaba fuerzas de flaqueza, decidido firmemente á triunfar ó á perecer en la

demanda. Su cabeza era un hormiguero ; las desolladuras de su rostro le producían punzantes dolores ; las articulaciones de todos sus miembros parecían dislocadas ; pero sus tormentos cesaron como por encanto cuando, al aparecer la luna en el firmamento, llegó á sus oídos el eco lejano del galope de los caballos, en dirección á la orilla del río, evidenciándole que había ganado la delantera á sus compañeros, sin ser visto por ellos. La dificultad estribaba en que aun no había recorrido la mitad del trayecto y eran ya las once.

En la caseta montada sobre armadura de hierro que servía de estación telegráfica en Sarras, no había cesado en todo el día el intermitente martilleo del manipulador. Con sus desmanteladas paredes y alhajado con cajas vacías, que hacían el oficio de sillas, aquel reducido local era, por el momento, uno de los puntos más culminantes del globo ; y el tic-tac monótono del aparato tenía cierta semejanza con el del reloj del Destino. A uno y otro extremo de los conductores tendidos en el espacio, permanecían constantemente los más elevados dignatarios, transmitiendo sin descanso comunicaciones urgentes al empleado de aspecto marcial que tenían á su lado. En virtud de cierta reclamación formulada por el presidente del Gobierno francés al departamento de Ne-

gocios Extranjeros, un alto funcionario inglés había trasladado el ruego al general en jefe del ejército expedicionario, pidiéndole informes exactos referentes á la situación. Los despachos cifrados tenían medio loco al infeliz telegrafista, porque no existe operación más ingrata que la de transmitir telegramas cuyo contenido se ignora. En el transcurso de la jornada, se habían cruzado multitud de notas diplomáticas entre las cancillerías europeas, afluyendo los resultados de todos aquellos misteriosos cabildeos al rollo de cinta de papel del aparato instalado en la oficina de campaña. Cuando, á las dos de la madrugada, el empleado terminó la transmisión de un extenso despacho y, agobiado por la fatiga, salió á la puerta para respirar el aire libre y encender su pipa, vió en la obscuridad un camello que acababa de detenerse y un hombre que avanzaba directamente hacia la caseta, tambaleándose como si estuviera ebrio.

—¿Qué hora es?—preguntó el recién llegado, en voz destemplada y aguardentosa.

El empleado estuvo á punto de contestarle que la hora era la más apropiada para que las personas ordenadas reposaran en sus lechos; pero reflexionó que quizá no fuera prudente bromear á costa de aquel personaje vestido de uniforme color khaki. Se limitó, pues, á responder que habían dado ya las dos,

sin sospechar siquiera el efecto que había de producir su respuesta.

Su interlocutor se apoyó en el quicio de la puerta para no dar de bruces en el suelo, y su voz se convirtió de ronca en cavernosa.

—¡ Las dos !—exclamó.—¡ He llegado tarde !

Entonces el telegrafista se fijó en el pañuelo empapado en sangre que rodeaba la cabeza del desconocido, en su lacerado rostro y en que sus piernas flaqueaban como si se negaran á sostenerle, y comprendió que algo anormal ocurría.

—¿ Cuánto tiempo tardará en cursar un despacho para Londres ?

—Unas dos horas.

—Y son las dos... por consiguiente, no podrá llegar antes de las cuatro.

—Antes de las tres.

—¡ No, hombre ! ¡ de las cuatro !

—¡ De las tres !

—¿ Pues, no dice usted que se necesitan dos horas ?

—Sí, pero hay una diferencia de meridiano de más de una hora.

—¡ Cielo santo ! ¡ Entonces aun lleigo á tiempo !—exclamó Anerley.

Y, dando traspiés, se dejó caer sobre una de las

cajas vacías y comenzó á dictar su famoso telegrama.

He aquí cómo *La Gaceta* pudo publicar al día siguiente una detallada información, bajo un epígrafe impreso en titulares del tamaño de caracteres de epitafio, mientras que las columnas de *Las Noticias* y de *El Correo* quedaban, respecto al asunto, tan en blanco como los rostros de sus editores. Y cuando, hacia las cuatro de la madrugada, llegaron á la oficina telegráfica de Sarras los dos burlados corresponsales, montando sus aspeados caballos, se miraron mutuamente en silencio y volvieron sobre sus pasos, avergonzados y confusos, íntimamente convencidos de que hay ciertas situaciones que ningún idioma ni pluma serían capaces de describir.

EL ARCÓN LISTADO

—¿Qué le parece á usted, Allardyce?—pregunté á mi segundo.

Este se hallaba junto á mí en la toldilla, separando sus cortas y musculosas piernas para conservar el equilibrio, porque la tormenta, calmada poco antes, había dejado el mar muy agitado, y á cada bandazo, nuestras chalupas, suspendidas en los pescantes, llegaban á tocar el agua.

El interpelado afianzó el catalejo en el mástil de mesana y contempló atentamente el barco náufrago, que tan pronto se elevaba sobre la cresta de las ondas como se hundía en el abismo, pero que se iba sumergiendo tan rápidamente, que apenas se veía la verde línea de las bordas. Era un bergantín, cuyo palo mayor aparecía roto á pocos pies de su base, y cuyas velas y vergas flotaban al viento, semejantes á gi-

gantescas alas de colosal gaviota herida, como si nadie se hubiera preocupado de arriarlas. El mástil de mesana permanecía enhiesto, pero la cofa estaba completamente largada, y las velas superiores pendían como blancos gallardetes.

Jamás había visto una embarcación en tan lastimoso estado; pero el hecho no tenía nada de sorprendente, después del furioso temporal desencadenado durante los tres últimos días, en el curso de los cuales hubimos de preguntarnos más de una vez si volveríamos á pisar tierra firme. Por espacio de treinta y seis horas, nos vimos precisados á capear el vendaval, cuyos embates no hubiéramos podido resistir á no ser el *Mary Sinclair* el mejor velero salido de los astilleros del Clyde. A pesar de todo, no tuvimos que lamentar más averías que la pérdida de un bote y la destrucción de un trozo de obra muerta, al costado de estribor; pero no nos produjo asombro, al renacer la calma, comprobar que otros habían sido menos afortunados que nosotros. Aquel bergantín, que flotaba desamparado á la deriva, sobre las azules ondas y bajo un cielo límpido y transparente, constituía la prueba inequívoca y palpable de las angustias pasadas.

Allardyce, escocés pausado y metódico, contempló durante largo rato la pequeña embarcación, se-

guido por las miradas de nuestros marineros, reclinados en las bordas ó agrupados en los obenques de mesana. A los veinte grados de latitud y diez de longitud, situación aproximada en que nos hallábamnos, no deja de inspirar curiosidad un encuentro semejante, porque ya se han dejado hacia el Norte casi todas las líneas marítimas frecuentadas por los buques mercantes. Hacía ya diez días que navegábamos solitariamente.

—Parece que no hay nadie á bordo—dijo el segundo.

La misma deducción había hecho yo, mentalmente, porque ni se notaba el menor signo de vida sobre cubierta ni obtenían respuesta las amistosas demostraciones de los nuestros. Sin duda, la tripulación se había puesto en salvo antes de que el barco se fuese á pique.

—No tardará mucho en hundirse—continuó Allardyce con su habitual parsimonia.—Ya llega el agua al rape de las bordas.

—¿A qué nación pertenece?—pregunté yo.

—Eso es precisamente lo que trato de averiguar, pero me lo impiden las velas y el cordaje... ¡Ahora lo veo! Lleva izada la bandera del Brasil, pero invertida.

Era indudable, pues, que el barco había pedido auxilio antes de ser abandonado por sus tripulantes. Quizás acababan de dejarlo en aquel momento. Cogi el catalejo del segundo y exploré minuciosamente la vasta y turbulenta superficie del Atlántico, aun ve-teada por blancas líneas de espuma, sin hallar el menor vestigio de alma viviente.

—Puede que haya quedado alguien á bordo— dije.

—O que haya objetos que salvar—murmuró el segundo.

—Sea como quiera — contesté,—convendría que nos cerciorásemos.

Sólo nos separaba una distancia de un centenar de yardas, y no tardamos en situarnos á popa de la verga de trinquete, quedando ambas embarcaciones frente á frente, saltando sobre las olas como dos acró-batas.

—Mande usted arriar uno de los botes—ordené— y trasládese á bordo con cuatro hombres para informarse de lo que ocurra.

En aquel momento subió al puente el primer oficial, Armstrong, á quien las siete campanadas reglamentarias habían anunciado la hora de su turno de cuarto. Yo, que ardía en deseos de practicar personalmente la inspección del bergantín, comuniqué mis

instrucciones al oficial, descendí por la escala y ocupé mi sitio en el interior del bote.

Aunque nos hallábamnos muy cerca, nos costó gran esfuerzo atracar al costado del barco náufrago, porque la mar era gruesa y sus embates nos hacían perder á cada instante el terreno ganado. Al pasar pude ver la inscripción *Nossa Senhora da Wittoria*, pintada en su popa.

—¡A barlovento!—gritó mi segundo.—¡Carpintero! ¡afiance usted bien la percha!

Un segundo después escalábamnos la borda, muy poco más alta que la de nuestra chalupa, y nos encontrábamnos sobre la cubierta de la embarcación abandonada. Nuestro primer pensamiento fué el de adoptar las convenientes precauciones de seguridad para el caso, bastante probable, de que el casco se hundiera bajo nuestros pies. Al efecto, dispusimos que dos marineros sostuvieran las amarras del bote, sin perder éste de vista, por si era preciso emprender una retirada precipitada. El carpintero quedó encargado de vigilar si el agua seguía penetrando en el interior del barco, mientras el otro marinero, Allardyce y yo procedíamos rápidamente á la inspección del mismo y á la de su cargamento.

La cubierta estaba sembrada de restos de toda especie y de jaulas de gallinas, en las que las aves,

muertas, flotaban á merced de las olas. Todas las chalupas habían desaparecido, á excepción de una desfondada, lo cual revelaba claramente que la tripulación se había salvado en ellas. El camarote del capitán se hallaba instalado en el puente: una de las paredes había sido arrancada de cuajo por un golpe de mar. Allardyce y yo penetramos en el reducido recinto, encontrando la mesa en el mismo estado en que la dejó el oficial, atestada de libros y de papèles—todos escritos en español ó en portugués—desparramados en desorden, entre montones de ceniza de cigarrillo. Busqué por todas partes el diario de ruta, sin conseguir dar con él.

—Es muy posible que no exista—repuso Allardyce.—Estos barcos mercantes de América del Sud son poco dados á las formalidades del servicio, y no se cuidan más que de lo absolutamente indispensable. En caso de haberlo, se lo habrá llevado consigo el capitán.

—A mí me gustaría llevarme á bordo todos estos libros y papeles—dije yo.—¿Quiere usted preguntar al carpintero de cuánto tiempo dispondremos todavía?

La respuesta fué tranquilizadora. El barco estaba completamente anegado; pero como una parte del cargamento la componían objetos susceptibles de

mantenerse á flote, no había peligro inminente de sumergirse. Hasta podría suceder que no se hundiera, sino que permaneciera errando á la deriva, convertido en uno de tantos escollos de los muchos no indicados en las cartas marinas que suelen ocasionar la pérdida de soberbios bajeles.

—En ese caso—dije á mi segundo,—sería conveniente que se diera usted una vuelta por abajo, para ver si podemos salvar algo. Entretanto, yo me quedo aquí examinando estos papelotes.

Las pólizas de fletamento y varias cartas esparcidas sobre el pupitre de la mesa del capitán, bastaron para demostrarme que el bergantín brasileño *Nossa Senhora da Vittoria* había zarpado un mes antes de Bahía. El capitán se llamaba Texeira, pero no existía ningún dato relativo al número de tripulantes. Iba destinado á Londres, y un simple vistazo á los conocimientos de cargo me dió á comprender que no podríamos sacar gran partido de la mercancía, consistente en avellana, jengibre y maderas americanas. Esta última parte del cargamento era, indudablemente, la que había evitado la completa sumersión y la única que tenía verdadero valor; pero los troncos alcanzaban tales dimensiones que hacían imposible el trasbordo. También encontramos varios artículos de fantasía, tales como infinidad de pájaros

de los que las modistas emplean en el adorno de sombreros de señora, y un centenar de cajas de frutas en conserva. Entre los papeles, llamó mi atención una nota escrita en inglés.

«Se suplica—decía dicha nota—el más exquisito cuidado y la más extremada vigilancia respecto á las antigüedades españolas é indias procedentes del Museo de Santarem y consignadas á los señores Pront-foot y Newman, residentes en la calle de Oxford, de Londres, y la colocación de dichos objetos, únicos y de incalculable valor material y mérito artístico, en lugar seguro y apropiado, á fin de que no sufran el menor deterioro. Esta advertencia se refiere de un modo especialísimo al arcón que contiene los tesoros de Don Ramiro de Leyra, que deberá ser instalado en un sitio que lo ponga á cubierto de toda contingencia.»

¡Los tesoros de Don Ramiro!... ¡objetos únicos y de incalculable valor!... Después de todo, era una fortuna poder salvarlos. Me levanté de mi asiento con el papel en la mano en el instante mismo en que mi segundo aparecía en el dintel de la puerta.

—¡Capitán! me parece que aquí hay gato encerrado—dijo.

Acostumbrado á la constante imperturbabilidad de aquel hombre, no pude menos de sorprenderme la alteración que se observaba en su fisonomía.

—¿Pues, qué ocurre?—pregunté.

—Un asesinato á bordo. Acabamos de hallar un hombre con el cráneo deshecho.

—¿No habrá muerto á consecuencia de algún golpe durante la tormenta?—objeté.

—Es posible, capitán ; pero me llevaré chasco si no cambia usted de opinión en cuanto lo vea.

—¡Vamos allá ! ¿dónde ha sido?

—Aquí mismo, en el castillete de proa.

Era de suponer que no existían camarotes en el entrepuente, puesto que el capitán tenía el suyo sobre cubierta. Había otro departamento cerca de la escotilla, que se utilizaba como cocina de á bordo, y un tercero al extremo del puente, en el cual estaba instalado el dormitorio de la marinería. El segundo me condujo á la cocina. Al entrar en ella, tropecé con una porción de cacerolas, ollas y platos, esparcidos por el suelo en revuelta confusión. A uno de los lados se abría un camarote, con dos petates destinados á los oficiales, y más al fondo se veía un compartimiento de unos doce pies cuadrados, en el que se hallaban almacenados los banderines de señales y varios montones de velas, en desorden. Alrededor de sus paredes y esmeradamente acoplados á la armazón de madera, aparecían varios paquetes de distintos tamaños y formas, envueltos en gruesas lonas,

y encajado en uno de los ángulos un arcón listado de rojo y blanco ; el rojo estaba tan deslucido y el blanco tan sucio, que no pudimos distinguir los colores hasta que la luz dió de lleno en la caja. Esta medía cuatro pies y tres pulgadas de anchura, tres pies y dos pulgadas de altura y tres pies de profundidad, dimensiones que no permitían confundirla con el equipaje de un marino.

No fueron, sin embargo, aquellos objetos los que atraieron mi atención al penetrar en el pañol. Tendido en tierra entre las lonas, yacía el cadáver de un hombre de cutis moreno y escasa estatura, con barba corta y rizada. Sus pies estaban en dirección al arca y su cabeza se apoyaba en la blanca tela, empapada en un charco de sangre, que resbalaba por su cuello, formando un reguero en el pavimento. No se observaba en él la menor señal de lesión, y la expresión de su rostro era tan tranquila, tan apacible, como la del de un niño durante su sueño. Pero al inclinarme para reconocerle, vi la herida y retrocedí horrorizado. Tenía el cráneo seccionado por un hachazo que debió de recibir por la espalda. El terrible golpe había partido el hueso, penetrando profundamente en la masa encefálica. La muerte debió de ser instantánea, y así se explicaba la calma reflejada en su semblante. La situación de la herida demostraba evidentemente que no pudo ver á su agresor.

—¿Sigue usted creyendo que se trata de un accidente, capitán Barclay?—preguntó mi segundo, maliciosamente.

—Tiene usted razón, Allardyce; este hombre ha muerto asesinado, y el agresor se ha valido de un arma pesada y de buen filo; pero ¿cuál puede haber sido el móvil del crimen?

—Era un simple marinero—dijo el segundo;—no hay más que verle las manos.

Y mientras hablaba, registró los bolsillos del desventurado, sacando una baraja, un trozo de cuerda embreada y un paquete de tabaco del Brasil.

—¡Calla! ¿qué es esto?—exclamó asombrado.

Acababa de recoger del suelo una navaja de muelles, de grandes dimensiones. El acero estaba limpio y brillante, por lo que no era posible admitir que hubiera servido para realizar el crimen. Sin embargo, la víctima debía de empuñar el arma en el momento de ser agredida, porque aun se hallaba á su alcance.

—Me parece, capitán, que este hombre debió de darse cuenta del peligro que corría, y llevaba la navaja en la mano, dispuesto á defenderse con ella—dijo el segundo.—¡En fin! sea como quiera, ya no podemos hacer nada por él... ¿Pero qué serán todos estos objetos adosados al muro? Tienen el aspecto de ídolos, armas y curiosidades de toda especie, embaladas en sacos viejos.

—Y lo son efectivamente—contesté yo.—He aquí lo único de valor que podemos retirar del cargamento. Haga usted atracar nuestro bote y ordene á los marineros que traigan el otro, para poder trasladar á bordo estos cachivaches.

Mientras mi segundo cumplía la orden, me dediqué á examinar aquel extraño botín que acababa de caer en nuestras manos. Las curiosidades estaban embaladas con tanto esmero, que no me fué posible formar idea respecto á su naturaleza, pero el arcón listado se hallaba en plena luz y pude cerciorarme perfectamente de sus detalles. Sobre la tapa, guarnecida de clavos de latón y con artísticos cincelados en los ángulos, aparecía grabado un complicadísimo escudo de armas, bajo el cual se leía la siguiente inscripción en español :

«Esta caja contiene los tesoros de Don Ramiro de Leyra, caballero de la Orden de Santiago, gobernador y capitán general de Tierra Firme y de la provincia de Veragua.»

En uno de los ángulos se destacaba la fecha «1606» y en el opuesto una gran etiqueta de papel blanco, en la que se consignaba la siguiente recomendación en inglés y en español :

«Se suplica no abrir esta caja bajo ningún pretexto.»

La cerradura era una verdadera obra de arte, y al parecer, de extraordinaria resistencia. Llevaba una divisa en latín que escapaba á la comprensión de un sencillo marino.

Apenas terminado el examen de aquel singular arcón, atracó al costado del barco abandonado el segundo bote del nuestro, tripulado por Armstrong. Inmediatamente procedimos al traslado de los envoltorios existentes en el pañol, que mandé transportar á nuestro bordo. Allardyce y yo, auxiliados por el carpintero y un marinero, levantamos en vilo al arcón, única cosa de valor que quedaba en el barco, y lo cargamos en nuestra chalupa, cuidando de acoplarlo sobre las dos banquetas centrales, porque pesaba tanto que hubiera sido peligroso para el equilibrio de la embarcación colocarlo en uno de sus extremos. En cuanto al cadáver, lo dejamos en el mismo sitio en que lo habíamos encontrado.

Mi segundo emitió la hipótesis de que, en el momento en que la tripulación se vió precisada á desalojar el barco, aquel individuo debió de intentar entrar á saco en el pañol; y el capitán, para mantener el respeto á la disciplina, le asestó un hachazo en la cabeza. Aunque la explicación era bastante aceptable, no logró satisfacerme por completo; pero son tantos los misterios que permanecen ignorados en el

fondo del Océano, que no tratamos de inquirir lo sucedido á bordo del bergantín brasileño, limitándonos á sumar aquel incidente á los infinitos registrados en la memoria de todos los marinos.

El pesado arcón fué izado por medio de grúas á la cubierta del *Mary Sinclair* y conducido por cuatro marineros al comedor, donde hallamos un espacio justo para instalarlo entre la mesa y los armarios. Después de comer, mis oficiales y yo pasamos la velada juntos, comentando, entre vaso y vaso de ponche, los acontecimientos de la jornada.

Armstrong era un hombre alto y delgado, cuyo aspecto exterior tenía cierta semejanza con el de un buitre: estaba conceptuado como excelente marino, pero gozaba fama de avaro y miserable. Nuestro hallazgo había despertado su codicia, y sus ojos centelleaban, mientras calculaba mentalmente la parte que á cada uno correspondería en el botín.

—Si es cierto que esos objetos son únicos en el mundo, como se afirma en la nota que ha encontrado usted, pueden alcanzar un precio fabuloso—dijo.—No puede usted imaginarse las sumas que los coleccionistas adinerados llegan á invertir con tal de satisfacer su obsesión. Para ellos, mil libras son una bicoca. ¡O mucho me equivoco ó hemos hecho un viaje provechoso!

—No lo creo—contesté.—Por lo poco que he podido ver, todos esos objetos no se diferencian en nada de los que se encuentran á cada paso en territorio sudamericano.

—Mire usted, capitán—replicó Armstrong.—Yo he traficado con esos países durante catorce viajes, y puedo asegurarle que no he visto nunca nada comparable con este arcón; vale todo el oro que pesa. Además, su misma solidez revela que debe contener objetos de gran valor. ¿Le parece á usted que le abramos para cerciorarnos?

—Si trata usted de forzarlo, lo probable será que se estropee—dijo el segundo.

Armstrong se sentó ante la caja, y echando á un lado la cabeza, pegó la nariz á la cerradura.

—Es de roble—afirmó—y la madera está un poco alabeada. Si tuviera un cortafrío ó un cuchillo de hoja resistente, lo descerrajaría sin causar el menor destrozo.

Su alusión á un cuchillo de hoja resistente me hizo pensar en el marinero muerto á bordo del bergantín.

—¡Quién sabe si aquel infeliz fué sorprendido en el momento de practicar la operación que usted indica!—observé.

—Yo no sé lo que haría él—contestó el oficial,—

pero, por mi parte, puedo asegurar que no me costará ningún trabajo abrir el arcón. Aquí hay un destornillador. ¡Alúmbreme usted, Allardyce! Es cosa de un instante.

Y comenzó á forcejear en la cerradura, sin poder contener su impaciencia y su ambición.

—¡Espere usted!—le dije.—No veo la necesidad de apresurarnos tanto, sobre todo, cuando tan terminantemente se ordena que no se abra. Esta indicación puede no significar nada y puede querer decir mucho; pero, sea como quiera, yo me inclino á obedecerla. Si el arca encierra objetos de valor, lo mismo lo conservarán abriendo aquélla en las oficinas del armador que en el comedor del *Mary Sinclair*.

El oficial pareció sumamente contrariado por mi decisión.

—Es usted muy despreocupado, capitán—contestó, contrayendo sus delgados labios en una burlona sonrisa.—Si el arcón sale de nuestras manos sin examinar su contenido, es muy fácil que se nos arrebate una parte de nuestros gajes; además...

—¡Basta, señor Armstrong!—interrumpí bruscamente.—Esté usted seguro de que percibirá cuanto le corresponda, pero prohibo en absoluto que se abra el arca esta noche.

—La inscripción adherida á la tapa revela, por sí

sola, que el arcón ha sido abierto y examinado por varios europeos—agregó Allardyce.—El hecho de que un arcón haya servido para encerrar un tesoro en otra época, no basta para suponer que lo contenga todavía. ¡Cualquiera es capaz de averiguar lo que habrá rodado, desde que murió el antiguo gobernador de Tierra Firme!

Armstrong arrojó el destornillador sobre la mesa y se encogió de hombros con aire de disgusto.

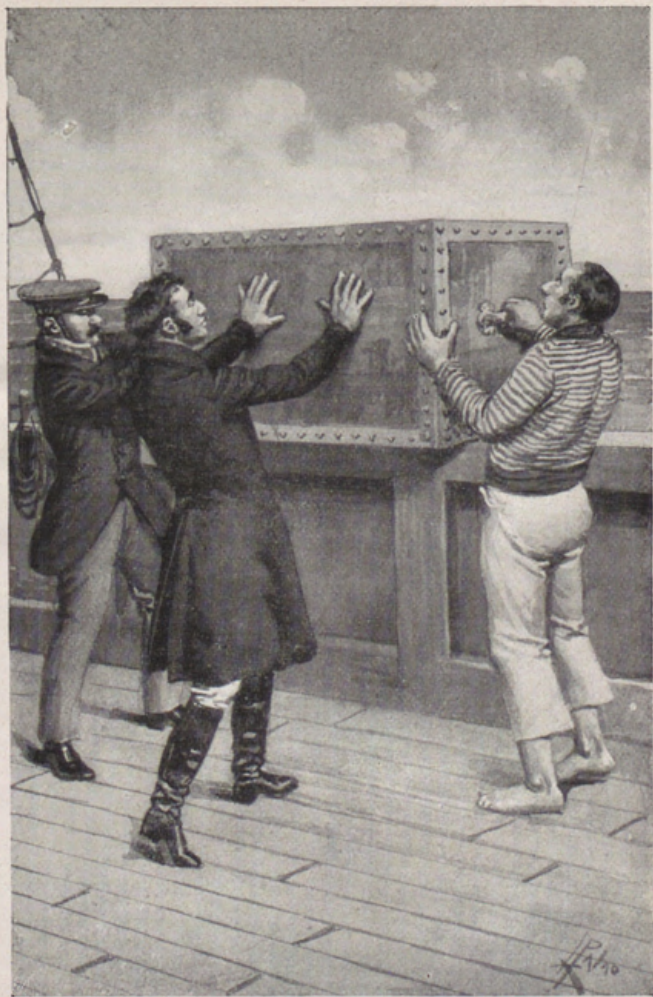
—¡Como ustedes quieran!—dijo.

Aunque la conversación tomó distintos giros, durante el resto de la velada pude comprobar, en diferentes ocasiones, que sus miradas permanecían constantemente fijas en el vetusto arcón listado, y que su semblante conservaba la expresión impaciente y codiciosa que antes había observado en él.

Lo que voy á relatar ahora me horroriza cada vez que lo recuerdo. Los camarotes de mis oficiales daban todos al comedor: el mío estaba situado un poco más lejos, al extremo de un estrecho corredor que conducía á la escalera de la toldilla. Por razón de mi cargo, estaba excluido del servicio de cuarto, salvo en circunstancias críticas é imprevistas, y mis tres oficiales turnaban en el desempeño de aquel cometido. Armstrong hacía el cuarto de noche que terminaba á las cuatro de la madrugada, á cuya hora era relevado por Allardyce.

Yo he tenido siempre un sueño muy pesado, y es una verdadera rareza que me despierte como una mano bien vigorosa no me sacuda violentamente; sin embargo, me sentí desvelado en plena noche, ó mejor dicho, al lucir los primeros resplandores de la aurora. Marcaba mi cronómetro las cuatro y media en punto, cuando un ruido me hizo botar en mi colchoneta, con todos los nervios en tensión. Fué un estrépito formidable, seguido de un alarido humano que aun me parece que resuena en mis oídos. Escuché, durante un momento, pero todo volvió á quedar en silencio. No obstante, aquel grito espantoso, cuyo eco retumbaba todavía en mi cabeza y que pareció proceder de un sitio inmediato al en que yo me hallaba, no había sido un desvarío de mi mente. Salté de mi camastro, me vestí á toda prisa y corrí al comedor.

A primera vista no advertí nada anormal. Al indeciso fulgor del alba naciente, distinguí la mesa cubierta con su tapete rojo, los seis sillones giratorios, los armarios de nogal barnizado, el barómetro fijo en el muro y al fondo el gran arcón listado. Ya me volvía en dirección al puente, á fin de preguntar á mi segundo si había oído algo, cuando me fijé de pronto en un bulto, que se destacaba debajo de la mesa. Era la pierna de un hombre, una pierna calzada con una fuerte bota marinera. Me incliné y



...cargamos con el pesado armatoste, y por nuestras propias
manos lo arrojamos por la borda. (Pág. 217)

EL CRIMEN DEL CORONEL.

LÁMINA IV



vi un cuerpo tendido boca abajo, con los brazos en cruz y horriblemente contraído. Una ojeada me bastó para reconocer en aquel hombre á mi primer oficial Armstrong, y otra para comprobar que estaba muerto. Durante unos instantes, permanecí allí como petrificado; en seguida me precipité hacia el puente, llamando en mi auxilio á Allardyce, y ambos descendimos á la cámara.

Ayudándonos mutuamente, conseguimos atraer hacia nosotros el cuerpo del infortunado joven, y al contemplar su cabeza, de la que manaba sangre en abundancia, cambiamos una significativa mirada. Yo no sé quién de los dos estaría más pálido.

—¡Esta herida es igual que la del marinero español!—exclamé.

—Completamente igual — contestó Allardyce. — Dios nos asista! ¡Todo por culpa de ese maldito arcón! ¡Mire usted la mano de Armstrong!

Y levantó el brazo derecho del oficial, cuya crispada mano empuñaba el destornillador que con tanta insistencia pretendió utilizar la noche precedente.

—La cosa no puede ser más clara, capitán—continuó.—Sabiendo que yo me hallaba en el puente y que usted dormía, ha intentado descerrajar el arcón, valiéndose para ello de esta herramienta. En aquel

momento, debe haberle ocurrido algo y ha lanzado ese grito espantoso que usted ha oído.

—¿Pero qué puede haberle ocurrido?—murmuré yo.

Allardyce me asió por el brazo y me condujo á su camarote.

—Aquí podemos hablar con entera libertad—dijo, —mientras que allí coríamos el peligro de que nos escucharan. ¿Qué contiene, á juicio de usted, ese arcón?

—Doy á usted mi palabra de que ni siquiera me lo imagino.

—Pues bien ; sentados los hechos, yo sólo veo una hipótesis que esté en consonancia con ellos. Fíjese usted en las exageradas dimensiones de esa caja ; fíjese también en las cantoneras de metal cincelado y en los numerosos adornos que pueden disimular infinidad de agujeros : repare usted en su excesivo peso, teniendo en cuenta que han sido precisos cuatro hombres para transportarla ; observe usted, por último, que las dos únicas personas que han intentado abrirla han pagado con la vida su atrevimiento. ¿Qué puede significar todo esto sino una sola cosa?

—¿Supone usted, sin duda, que hay un hombre oculto en su fondo?

—Para mí es evidente. Ya sabe usted lo que su-

cede con mucha frecuencia en los Estados de América del Sud. Un hombre desempeña el cargo de presidente durante una semana, y á la siguiente se ve perseguido como una alimaña, teniendo que apelar á la fuga para escapar á una muerte cierta. Estoy plenamente convencido de que en ese arcón se oculta un hombre armado, dispuesto á vender cara su existencia y á luchar desesperadamente hasta morir, antes que rendirse.

—¿Pero cómo ha de sostenerse sin comer ni beber?

—El arcón es de gran tamaño, y puede contener provisiones para una larga temporada. En cuanto á la bebida, no es muy aventurado suponer que hubiese alguien, entre los tripulantes del bergantín, que subviniere á semejante necesidad.

—¿De modo que usted cree que esa etiqueta rogando que no se abra el arcón ha sido puesta con el exclusivo fin de protegerle?

—¡Justo! Esa es mi opinión. ¿Encuentra usted otra explicación á lo sucedido?

Yo hube de confesar francamente que la deducción me parecía muy lógica.

—En ese caso, ¿cuál debe ser nuestra conducta? —pregunté.

—Por lo visto, el individuo en cuestión es un mal-

hechor peligroso y decidido á todo. Yo creo que lo mejor sería ligar bien sólidamente el arcón y llevarle á remolque de nuestro barco durante media hora; pasado este tiempo, podríamos abrirle impunemente. También resultaría eficaz sitiar al prisionero por hambre y por asfixia; para ello, no habría más que atar la caja y ordenar al carpintero que tapase bien todos los orificios y los cubriese con una buena capa de barniz.

—¡Cómo!—repliqué, encolerizado.—¿Ha podido usted imaginar siquiera que la presencia de un hombre metido en una caja es motivo suficiente para infundir terror á toda la tripulación de un barco? ¡Si está encerrado ahí, yo le garantizo á usted que no tardará en salir!

Y me dirigí á mi camarote, volviendo pocos momentos después con un revólver en la mano.

—¡Ahora, descerraje usted la caja!—ordené á mi segundo.—Yo estaré al cuidado.

—¡Por amor de Dios, capitán! ¡Vea usted lo que hace! Piense que han perdido la vida dos hombres, y que aun está humeante la sangre de uno de ellos.

—Razón de más para que le vengemos.

—Puesto que usted se empeña, permítame ir á buscar al carpintero. Es un hombre fornido y vigoroso, y más vale contar con su ayuda.

Y salió en su busca, dejándome solo en el comedor, frente al misterioso arcón. No creo haber merecido nunca el calificativo de miedoso, pero tuve la prudencia de interponer la mesa entre mi personalidad y aquella vetusta y resistente reliquia de la dominación española. A los albores del crepúsculo, comenzaron á destacarse las franjas rojas y blancas, las inscripciones, los adornos metálicos y los emblemas heráldicos, que revelaban el minucioso esmero puesto en la confección de aquel armatoste por parte de su constructor.

No tardó en llegar el segundo acompañado del carpintero, quien empuñaba un pesado mazo de hierro.

—¡Mal negocio!—dijo moviendo la cabeza, al contemplar el cuerpo exánime del oficial.—¿Están ustedes persuadidos de que hay alguien oculto en esa caja?

—¡Qué duda cabe!—contestó Allardyce, recogiendo del suelo el destornillador y apretando los labios, como quien hace un llamamiento á todo su valor.—Sitúense ustedes cerca de mí, que voy á forzar la cerradura. Usted, carpintero, aplástele de un martillazo, en cuanto le vea incorporarse: y usted, capitán, haga fuego en el momento en que asome... ¡Vamos allá!...

Y arrodillándose ante el arcón, introdujo la hoja de la herramienta bajo la ranura de la tapa. La cerradura saltó, produciendo un ruido seco.

—¡ Atención!—gritó el segundo.

Y empujando violentamente, rechazó la maciza cubierta de la caja. En el momento de abrirse, los tres retrocedimos instintivamente: yo, apuntando con mi revólver, presto á oprimir el gatillo; el carpintero blandiendo el martillo por encima de su cabeza. Por fin, viendo que ningún fenómeno anormal se producía, nos aproximamos cautelosamente y dirigimos una ojeada al fondo... El arcón estaba vacío.

Es decir, no vacío por completo, porque en uno de los rincones había un candelabro de oro, admirablemente cincelado, cuya antigüedad parecía correr parejas con la caja: su colorido y su artística forma indicaban que se trataba de un objeto de gran valor. Aparte de una espesa capa de polvo, eso era todo lo que contenía el vetusto arcón listado.

—¡ Válgame Dios!—exclamó Allardyce, contemplando el interior con aire de asombro.—¿Cómo es posible que pese tanto?

—Se explica perfectamente: fíjese usted en el grueso de los tableros y en el de la tapa, que lo menos mide cinco pulgadas. Y á ello hay que agregar el peso de ese resorte metálico que la cruza de parte á parte.

—Debe ser para sostener la tapa—dijo el segundo.—Como ven ustedes, no tiene ningún punto de apoyo... ¡ Pero calla! ¿qué inscripción es ésta? Parece que está en alemán.

—Sí; reza que fué construído en Augsburgo, por Juan Rothstein, en el año 1606.

—¡ Bueno! he aquí una obra maestra, pero que no nos proporciona el más ligero indicio respecto á lo sucedido, ¿no le parece á usted, capitán? El candelabro parece de oro. Después de todo, servirá para compensar en parte los malos ratos que hemos pasado.

Y se inclinó para cogerlo.

Desde entonces he creído en las corazonadas, por la que tuve al echarle mano al cuello y obligarle á permanecer derecho. No sé si asaltó mi memoria alguna antigua leyenda de la Edad Media, ó si mis ojos se fijaron, inconscientemente, en la parte superior de la cerradura, viendo una mancha roja, que no era de moho: el caso es que mi acto fué tan rápido, tan enérgico, que tanto mi segundo como yo creímos, posteriormente, que había obedecido á impulsos de una súbita inspiración.

—¡ Esto es un invento diabólico! — exclamé.—
¡ Déme usted aquel bastón!

Era un garrote con puño curvo, en forma de ca-

yado, del cual me serví para enganchar el candelabro y atraerle hacia mí. En el mismo instante, y con la rapidez de un relámpago, apareció en el reborde de la tapa una hilera de aceradas puntas y el enorme arcón se cerró de golpe, como las fauces de una fiera hambrienta que hace presa. La pesada tapa cayó á plomo, recobrando su posición primitiva y haciendo trepidar las copas de cristal, alineadas en los estantes de los aparadores, que produjeron un tintineo metálico al chocar entre sí.

Mi segundo se apoyó en el ángulo de la mesa, temblando como un azogado.

—¡ Me ha salvado usted la vida, capitán!—balbuceó.

Tal era el secreto del listado arcón de caudales, perteneciente al poderoso señor Don Ramiro de Leyra, quien aseguraba, por este medio, el producto de sus rapiñas en Tierra Firme y en la provincia de Veragua. Aun estando repleto de riquezas, ningún ladrón, por astuto que fuese, podía ver otra cosa que el candelabro de oro macizo ; pero en el momento en que le ponía la mano encima, funcionaba el terrible resorte y las puntas de acero se hundían en su cráneo, á la vez que la violencia del golpe despedía su cuerpo hacia atrás, permitiendo que el arcón se cerrase automáticamente.

Conmovidó ante la escena, me pregunté cuántas víctimas habría causado, durante tres siglos, el ingenioso invento del mecánico de Augsburgo; y pensando en los dramas á que aun pudiera dar lugar, adopté una resolución tan pronta como radical.

—Llame usted á tres hombres—ordené al carpintero—y hágales que lleven el arcón sobre cubierta.

—¿Va usted á tirarle al mar, capitán?—me preguntó mi segundo.

—¡Sí, Allardyce! Ya sabe usted que no peço de supersticioso, pero hay cosas que son capaces de impresionar hasta al hombre más despreocupado.

—No me sorprende que haya zozobrado el bergantín, llevando semejante artefacto á bordo. ¡Mire usted, capitán! Ya descende nuestro barómetro. Creo que no debemos perder un solo instante.

Sin esperar la llegada de los tres marineros, el segundo, el carpintero y yo cargamos con el pesado armatoste, y por nuestras propias manos lo arrojamós por la borda. Al caer, levantó un torbellino de espuma, desapareciendo en seguida bajo las ondas. Desde entonces yace, perdido en el abismo, á varios millares de brazas de profundidad. Si, como se asegura, el mar se retira algún día, dejando al descubierto los misterios ocultos en su fondo, compadezco al desventurado que tropiece con el antiquísimo arcón listado y trate de penetrar sus secretos.

UNA ESTRATAGEMA DIPLOMÁTICA

Podrían formar legión las personas que conocieron á Alfonso Lacour en las postrimerías de su vida. Desde los tiempos de la Revolución de 1848 hasta su muerte, acaecida en el segundo año de la guerra de Crimea, se le vió constantemente instalado en la misma mesa del café de Provenza, situado al final de la calle de San Honorato, donde acostumbraba llegar alrededor de las nueve de la noche, permaneciendo allí hasta que no tenía con quien charlar. Era preciso estar armado de una paciencia á toda prueba para escuchar al antiguo diplomático, porque sus relatos solían rebasar los límites de lo verosímil, pero perdía los estribos en el momento en que á alguno de los oyentes se le ocurría insinuar una sonrisa maliciosa, un guiño de ojos, ó cualquier otro signo de incredulidad. En tales casos, erguía majes-

tuosamente su encorvado y fornido tronco, avanzaba su cara de perro dogo y profería voces estentóreas, marcando las erres de tal modo, que su sonido hería los tímpanos, como el redoble de un tambor. Cuando se arrancaba por su invariable «¡ Señorrr... mío!» ó por su no menos famoso «¿ Porrr... ventura no me crrr...ee usted?», era cosa de tomar las de Villadiego, alegando cualquier pretexto.

Figuraba en su repertorio cierto incidente ocurrido á Talleyrand con cinco conchas de ostra, y otro, no menos absurdo, referente á una segunda visita de Napoleón á Ajaccio, ambos bien conocidos por cuantos frecuentaban su trato. También contaba en ocasiones (sólo cuando descorchaba una segunda botella) la evasión del emperador de Santa Elena, describiendo minuciosamente los detalles de su estancia en Filadelfia, durante un año entero, mientras el conde Humberto de Bertrand, que era su vivo retrato, le substituía en Longwood. Pero de todas sus narraciones, ninguna tan notable como la del Corán y el enviado diplomático. Posteriormente, cuando vieron la luz pública las memorias de Otto, se comprobó que había cierto fondo de verdad en la fantástica exposición del viejo Lacour.

—Ya saben ustedes—comenzaba—que yo abandoné Egipto á raíz del asesinato de Kleber. Hubiera

continuado allí de buena gana, porque en aquella época me hallaba engolfado en la traducción del Corán, y aquí, entre nosotros, sentía ciertos impulsos de abrazar la religión mahometana, seducido por sus principios, en lo que concierne al matrimonio. Debo confesar, sin embargo, que el fundador de dicha secta cometió un error crasísimo al prohibir el uso del vino, y que quizá este precepto fué la única dificultad seria con que tropezó para lograr mi conversión el muftí que había tomado á su cargo la empresa. El caso fué que una vez muerto el buen Kleber y elevado al cargo Menon, consideré que había llegado para mí el momento de levantar el campo. No es cosa de que yo enumere á ustedes mis cualidades personales, pero ya comprenderán que nadie se aviene á ser burro de reata. Lié, pues, mi Corán y mis papeles y me trasladé á Londres, donde el Gobierno había enviado á Otto para negociar un tratado de paz entre ambas naciones, esquilmas por aquella guerra de más de diez años de duración. Creo inútil exponer á ustedes los buenos servicios que allí presté á Otto, gracias á mi perfecto conocimiento del idioma inglés y quizá también, preciso es reconocerlo, á mis condiciones de inteligencia. ¡ Ah ! ¡ qué recuerdos tan caros tiene para mí la plaza de Bloomsbury ! El clima de Londres es detestable, sin duda alguna ;

pero ¿qué quieren ustedes? Las plantas se desarrollan mejor en terreno húmedo, y buena prueba de ello son los tipos ingleses.

Pues bien; nuestro embajador Otto estaba atareadísimo con la confección del tratado, y sus secretarios no se daban punto de reposo. Afortunadamente se prescindió de Pitt, cuya intervención hubiera sido funesta, por ser bastante conocidos sus sentimientos hostiles hacia Francia. El gabinete inglés tuvo la atención de alejarle, designando para la negociación á míster Addington. Desempeñaba el cargo de ministro de Negocios Extranjeros lord Hawkesbury, por cuya mediación discutíamos nuestras respectivas proposiciones.

Como supondrán ustedes, no se trataba de un juego de niños. Después de diez años de lucha, cada una de las naciones beligerantes se había incautado de territorios pertenecientes á su rival ó á las aliadas de ésta. ¿Cuáles debían restituirse y cuáles conservarse? ¿Equivalía tal isla á cual península? ¿De hacer nosotros esto en Venecia, qué haría el enemigo, como compensación, en Sierra Leona? ¿Si nosotros devolvíamos Egipto al sultán, reintegrarían ellos en la posesión de la colonia del Cabo á nuestros aliados, los holandeses, á quienes había sido arrebatada? Se discutían y se regateaban las condiciones, punto por

punto, y más de una vez vimos regresar á Otto á la Embajada tan deprimido, que su secretario y yo tuvimos que sostenerle para que descendiera del carruaje y conducirle en brazos á su sofá. Por fin, se allanaron todas las dificultades y llegamos á la noche en que debía firmarse definitivamente el tratado.

Debo advertir á ustedes que el elemento más importante con que contábamos para sostener la partida, la pieza que corríamos constantemente por el tablero, teniendo en jaque á nuestro adversario, era, precisamente, la circunstancia de hallarnos en posesión de Egipto. Los ingleses no podían ocultar la inquietud que les producía nuestra permanencia en aquel territorio, porque tal posición nos proporcionaba un punto de apoyo en el extremo límite del Mediterráneo, y temían que nuestro incomparable caudillo, Napoleón, estableciese allí una base de operaciones para intentar una expedición á las Indias. Así, cada vez que lord Hawkesbury nos hacía cualquier proposición desventajosa, le contestábamos invariablemente: «En ese caso, no podemos acceder á la evacuación de Egipto», y por este procedimiento conseguíamos siempre hacerle entrar en razón. Gracias á Egipto, pudimos colocarnos en situación favorable y obtener varias concesiones, entre ellas, el compromiso por parte de Inglaterra de abandonar la

colonia del Cabo de Buena Esperanza. No era posible consentir que los ingleses se apropiasen una sola línea de terreno en el sud de Africa, porque la Historia nos ha demostrado que allí donde sientan su planta, al mediar una centuria constituyen un verdadero imperio colonial, antes de comenzar la inmediata. No es lo temible la invasión del ejército y de la marina, sino la de los infinitos aventureros que acuden en busca de una fortuna. Cuando nosotros, los franceses, nos hacemos dueños de un territorio al otro lado de los mares, nos limitamos á permanecer tranquilamente en París y á felicitarnos por nuestra buena suerte. Entre los ingleses sucede todo lo contrario : el que más y el que menos, no vacila en coger á su mujer y á sus hijos y trasladarse al nuevo país, donde, una vez instalado, vive tan á gusto como en plena plaza de Bloomsbury.

El convenio debía firmarse, decididamente, el primero de octubre. En la mañana de dicho día creí de mi deber visitar á Otto para felicitarle por la feliz coronación de sus gestiones. Era un hombrecillo pálido y enjuto, pero excesivamente vivo y nervioso : estaba tan satisfecho del éxito alcanzado, que no podía permanecer quieto ni un momento, y recorría la estancia en todas direcciones, parloteando y riendo sin cesar, mientras yo le observaba desde uno de los

ángulos, sentado en un cojín á la usanza oriental.

De pronto, fué introducido un correo, portador de un pliego procedente de París. Otto examinó su contenido de una ojeada, y, sin proferir palabra, cayó desplomado sobre el pavimento. El mensajero y yo acudimos presurosamente en su auxilio, transportándole á un diván. Hubiérasele creído muerto, pero al aplicarle la mano al pecho noté que latía su corazón.

—¿Qué noticias ha traído usted?—pregunté al correo.

—Lo ignoro—me contestó.—El señor Talleyrand me ordenó que partiera á toda prisa y que entregase ese pliego al señor Otto, en propia mano. Ayer al mediodía estaba todavía en París.

Aunque haciéndome cargo de la indiscreción que cometía, no pude resistir á la tentación de enterarme del texto del mensaje, cuyo documento retiré de las manos inertes del embajador. ¡Santo Dios! ¡Aquello era un escopetazo! No me desvanecí, pero caí postrado junto á mi jefe, con los ojos anegados en lágrimas. En pocas palabras, se nos informaba de que nuestras tropas habían evacuado Egipto un mes antes. Esto equivalía á la ruptura del tratado, puesto que había desaparecido la única consideración que indujo al enemigo á ser tan pródigo en sus concesiones. Doce horas después, la noticia hubiera care-

cido de trascendencia, pero en aquel momento aun no se había firmado el convenio. Habríamos de resignarnos, pues, á renunciar á la colonia del Cabo y á consentir que Inglaterra ocupase Malta, porque, perdido Egipto, nada teníamos que ofrecer en cambio.

Por fortuna, los franceses no nos amilanamos con facilidad. Se nos juzga erróneamente al suponer que somos pusilánimes y afeminados, porque dejamos traslucir emociones que otros ponen especial cuidado en ocultar. ¡No deben haber leído nuestra historia los que tal afirman!

Cuando, pasados unos instantes, Otto recobró el conocimiento, deliberamos acerca de la conducta que debíamos observar en lo sucesivo.

—Es inútil seguir adelante, Alfonso—me dijo.— Ese condenado inglés se reirá en mis barbas cuando le pida que firme.

—¡Animo!—exclamé yo, asaltado por una idea repentina.—¿En qué se funda usted para suponer que los ingleses conocen la noticia? Quizá podamos firmar el tratado antes de que llegue á sus oídos.

Otto pegó un salto en el sofá y se arrojó en mis brazos.

—¡Me ha salvado usted, Alfonso!—exclamó á su vez.—En efecto, no hay motivo para creer que lo sepan. La noticia en cuestión ha debido ir de Tolón

á París, y venir desde allí directamente á Londres. Cualquier comunicación que reciban ellos, ha de seguir forzosamente la vía marítima, pasando por el Estrecho de Gibraltar. Lo probable es que á estas horas no haya en París más que dos personas enteradas de lo sucedido: Talleyrand y el Primer Cónsul. Si guardamos el secreto, tal vez conseguiremos firmar el convenio.

—¡ Ah, señores! No pueden ustedes imaginarse la horrible incertidumbre en que pasamos el día. Jamás olvidaré lo lentas que nos parecieron las horas que permanecemos juntos, estremeciéndonos al más ligero grito lanzado en la calle, temiendo que fuera la señal del júbilo que necesariamente debía producir la noticia en Londres.

Otto envejeció en el transcurso de aquella memorable jornada. En cuanto á mí, asediado por la impaciencia, decidí salir al encuentro del peligro, y erré por las calles de la gran metrópoli, hasta la caída de la tarde. Visité, sucesivamente, la sala de esgrima de Angelo, la academia de boxeo de Jackson, el Círculo de Brooks, los pasillos y el salón de conferencias de la Cámara, sin oír en ninguna parte la menor alusión al acontecimiento que me preocupaba. De todos modos, podría suceder que lord Hawkesbury, como nosotros, hubiera recibido un aviso con-

fidencial. El ministro vivía en la calle de Harley, y allí era donde debía firmarse el tratado, á las ocho de la noche. Al volver, supliqué á Otto que tomase un par de vasos de Borgoña, antes de partir, porque temía que la turbación de su semblante y el convulsivo temblor de sus manos pudiesen despertar algún recelo en el funcionario inglés.

Por fin, á las siete y media, poco más ó menos, fuimos conducidos en uno de los carruajes de la Embajada. Otto entró solo; pero momentos después, pretextando que iba en busca de su cartera, salió, radiante de alegría, para decirme que todo marchaba perfectamente.

—No saben nada—murmuró.—¡ Ah! ¡ estoy deseando que transcurra esta media hora!

—Avíseme usted, por medio de una señal cualquiera, cuando esté firmado el contrato—le dije.

—¿ Con qué objeto?

—Para impedir que, hasta entonces, los interrumpa la llegada de cualquier mensajero. ¡ Se lo prometo á usted... y ya sabe que Alfonso Lacour no falta jamás á la palabra empeñada!

Otto estrechó mi mano entre las suyas.

—Buscaré un pretexto para colocar uno de los candelabros sobre la mesa próxima al balcón—dijo.

Y entró de nuevo en la casa, dejándome á la portezuela del carruaje.

Era evidente que si lográbamos cortar la comunicación en absoluto, durante aquella media hora, habríamos ganado la partida. Apenas había comenzado á combinar mi plan, vi brillar á lo lejos los faroles de un coche, que avanzaba rápidamente por la calle de Oxford. ¿Sería el mensajero? ¿Qué hacer en tal caso? Yo estaba dispuesto á todo... ¡sí, á todo! incluso á matarle, antes que consentir que se desmoronara, en el momento preciso, un proyecto elaborado tan penosamente. Una campaña gloriosa cuesta millares de vidas; ¿por qué vacilar, cuando una sola bastaba para asegurar una paz, igualmente gloriosa? No se me ocultaba que mi acto podría conducirme al cadalso, pero ¿qué me importaba? En último término, me habría sacrificado en aras de mi patria. Llevé la mano á la empuñadura de un alfanje turco que pendía de mi cintura, pero el vehículo que tanto me había alarmado pasó por delante de la casa sin detenerse.

Pero podría llegar otro, y había que prevenirse. Era preciso, sin embargo, no comprometer el éxito de la embajada. Ordené, pues, al cochero que se retirara, y alquilé un carruaje de plaza. Al comunicar mis instrucciones al auriga, puse en su mano una guinea. El hombre comprendió que trataba de encomendarle una misión delicada.

—Tendrás otra guinea—le dije—si cumples bien tu cometido.

—Descuide usted, señor—contestó, volviendo hacia mí sus ojos abotagados, en los que no se reflejaba el menor indicio de curiosidad.

—Cuando me veas montar en el carruaje, acompañado de otro caballero, darás unas cuantas vueltas por esta calle, sin hacer caso de nada ni de nadie, hasta que yo te mande parar; y en cuanto me apee, llevarás directamente á mi compañero al Círculo de Watiers, sito en la calle de Bruton.

—Muy bien, señor—respondió el cochero.

Yo permanecí á pie firme frente á la casa de lord Hawkesbury, excusando decir á ustedes las veces que dirigiría mis miradas hacia el balcón, esperando ver tras de la vidriera la tan anhelada luz. Pasaron cinco minutos y otros cinco después. ¡Qué lentamente transcurría el tiempo! Era una noche de octubre, desapacible y húmeda, y flotaba en el ambiente una niebla densa y blanquecina. Las losas de las aceras estaban impregnadas de un fango viscoso y resbaladizo, y los reverberos del alumbrado velados por una espesa nube.

No veía nada á cincuenta pasos de distancia, pero aguzaba el oído para no perder el más insignificante rumor. No es muy placentero el aspecto de la tal

calle de Harley, ni aun en el centro de un día de sol espléndido, porque sus construcciones amazacotadas y sombrías le restan alegría y visualidad; pero en aquella noche fría y brumosa, con la inquietud que corroía mi corazón, me pareció el lugar más lúgubre y detestable del universo. Comencé á pasear de un lado á otro, frotándome las manos para entrar en reacción y con el oído en constante acecho. De repente, percibí en dirección á la calle de Oxford, y dominando el confuso murmullo de la ciudad, un ruido que aumentaba por momentos. Bien pronto distinguí, entre la bruma, los débiles y oscilantes reflejos de los dos faroles de un carruaje, y unos segundos después se detenía una berlina ante la puerta del domicilio del ministro de Negocios Extranjeros. Aun no había parado por completo, cuando un joven descendió con gran presteza y escaló precipitadamente los peldaños de la escalinata exterior del edificio, mientras el cochero daba la vuelta á su caballo y desaparecía de nuevo entre la niebla.

Yo he sido siempre un hombre que ha sabido amoldarse á las circunstancias. Los que sólo me han conocido en esta mesa del café de Provenza, consumiendo vasos de vino, no pueden imaginar siquiera de lo que soy capaz, cuando llega la ocasión de ponerme á prueba.

En el momento de que hablo á ustedes, me di cuenta de que se hallaban en mi mano los frutos de una penosa campaña de diez años, y sentí enardecerse todo mi ser. Francia se jugaba la última carta en aquella batalla, en la que yo desempeñaba, simultáneamente, las funciones de general y de ejército.

—¡Caballero!—dije, alcanzando al joven y tocándole en un brazo.—¿Es usted el mensajero que se ha enviado á lord Hawkesbury?

—Sí, señor—me contestó.

—Hace media hora que le espero. Tenga usted la bondad de venir conmigo. El señor ministro se halla en este momento con el embajador de Francia.

Mi acento era tan firme y tan sincero, que me siguió sin vacilar. Cuando le vi dentro del coche y yo me senté á su lado, el corazón me dió tal vuelco, que á duras penas pude contener una exclamación de júbilo. El enviado del ministerio era un hombrecillo enteco y raquíptico, un tipo parecido al de Otto, mientras que yo... ¡ señores, fíjense ustedes en lo que todavía son mis puños, y figúrense lo que serían á los veintisiete años! Una vez en mi poder, la cuestión era determinar qué había de hacer con él. Desde luego, yo no tenía el propósito de causarle ningún daño, á no ser en caso de necesidad extrema.

—Es un asunto muy urgente—me dijo.—Soy

portador de un despacho, que debo entregar en seguida.

Nuestro carruaje había descendido toda la calle de Harley, y el cochero se disponía en aquel momento, siguiendo mis instrucciones, á volver por el mismo camino.

—¡ Eh ! ¿ qué es esto ?—exclamó el mensajero.

—¿ Qué ocurre ?—le pregunté yo.

—Que volvemos sobre nuestros pasos. ¿ Dónde está lord Hawkesbury ?

—Dentro de un momento lo veremos.

—¡ Déjeme usted salir !—gritó.—Esto es una celada... ¡ Cochero ! ¡ pare usted !... ¡ Repito que me deje usted salir !...

Yo le sujeté por la muñeca, en el momento en que asía la manivela de la portezuela, y le obligué á sentarse. El comenzó á dar voces, demandando auxilio. Intenté taponarle la boca con mi mano, pero clavó en ella sus dientes de una manera tan despiadada, que tuve que retirarla. En vista de esto, le amordacé con su propia bufanda. El mensajero forcejeó furiosamente y profirió gritos inarticulados ; pero sus ecos quedaron apagados por el estrépito de las ruedas. Al pasar por delante de la casa del ministro, miré á los balcones : ¡ aun no brillaba la tan ansiada señal !

El funcionario ministerial permaneció tranquilo

unos instantes, durante los cuales pude observar el fulgor de sus pupilas, que me contemplaban en la penumbra. ¿Estaba atolondrado por la violencia empleada por mi parte para mantenerle á raya, ó reflexionaba respecto á la conducta que debía seguir? Al poco rato, logró desembarazarse á medias de la improvisada mordaza.

—Si me deja usted marchar—me dijo,—le daré todo cuanto de valor llevo encima.

—¡Caballero!—le respondí,—soy un hombre tan honrado y tan respetable como usted.

—Pues dígame su nombre.

—Mi nombre no hace al caso.

—Entonces, ¿qué pretende usted de mí?

—Se trata, sencillamente, de una apuesta.

—¡De una apuesta! ¿Qué significa esto? ¿Acaso ignora usted que soy un funcionario del Estado y que semejante broma puede costarle ir á la cárcel?

—En eso, precisamente, estriba el mérito de la apuesta—le repliqué.

—Que puede acarrearle fatales resultados—objeto á su vez.—¡En fin, terminemos! ¿En qué consiste esa apuesta insensata?

—Me he comprometido—le contesté—á recitar un capítulo del Corán al primer caballero con quien tropezara en la calle.

No podría explicar á ustedes cómo se me ocurrió aquella idea, que quizá me sugiriera la traducción que tan preocupado me tenía. El emisario intentó de nuevo abrir la portezuela, y yo tuve que volverle á su sitio, por la fuerza.

—¿Cuánto tiempo durará la exposición del capítulo?—preguntó.

—Depende de la extensión del mismo.

—¡Pues escoja usted uno corto y acabemos de una vez!

—No sé si eso será correcto—repliqué.—Al apostar no especificué si había de ser el más corto, y creo, por tanto, que debo decidirme por uno de los medianos, para proceder con lealtad.

—¡Socorro! ¡socorro!—gritó, hecho una furia, obligándome nuevamente á taparle la boca con la bufanda.

—Tenga usted un poco de paciencia—le aconsejé,—porque ya será cuestión de un momento. Para que vea que deseo complacerle, accederé á recitar el capítulo que usted mismo me indique.

—¡Como quiera! pero ¡pronto!... ¡pronto!—gruñó, aflojándose la mordaza.

—¿Prefiere usted el capítulo del camello?—le pregunté.

—¡Sí! ¡sí!... ¡cualquiera!

—¿O el del garañón fugitivo?

—¡Vamos, hombre!... ¡comience usted!

Acabábamos de pasar por delante de la casa, en cuyos balcones no se veía la señal convenida; me dispuse, pues, á recitar el capítulo del garañón.

—¿No conoce usted el Corán, caballero? Yo lo sé de memoria, desde hace muchos años. La ampulosidad de su estilo es irritante para una persona que tiene prisa; pero ¿qué le vamos á hacer? Los pueblos orientales son indolentes, por temperamento, y está escrito para ellos.

Y empecé mi relato, con la solemnidad y entonación requeridas para un texto sagrado, mientras el joven inglés pataleaba de impaciencia.

«Cuando los corceles, que avanzaron apoyándose sobre tres de sus patas, pusieron en tierra el casco de la cuarta y se hallaron reunidos en su presencia, á la caída de aquella tarde, dijo: «He amado tanto el goce de los bienes terrenales, que, olvidado de la existencia de otra vida, he pasado la mía contemplando estos caballos. Acercadme esos animales».

»Y cuando le aproximaron los corceles, comenzó á cortarles las patas...»

Al llegar á este punto del relato, el joven inglés se precipitó sobre mí. Recuerdo muy confusamente los pocos minutos que siguieron. ¿Quién había de

pensarlo?... Aquel chisgarabís conocía el boxeo á la perfección, y me lo demostró cumplidamente. ¡ Vaya un modo de repartir sopapos ! Sus manos se agitaban desafortadamente en todas direcciones, descargando formidables golpes sobre mi rostro. Viendo la imposibilidad de sujetarle, bajé la cabeza para embestirle ; pero me hizo levantarla de un porrazo asestado de abajo arriba. Como yo era mucho más corpulento, logré dominarle al fin : ceñí su cuerpecillo entre mis brazos, le arrojé sobre los almohadones del carruaje y me senté encima, con tal violencia, que me pareció que se deshinchaba como un pellejo.

Busqué algo con que atarle, sin encontrar nada en mis bolsillos. Entonces quité los cordones de mis botas, utilizándolos para ligarle las muñecas y los tobillos, y le amordacé de nuevo con la bufanda, dejándole completamente inmóvil, lo cual no le impedía lanzarme furibundas miradas.

Una vez terminada la operación y contenida la hemorragia de mi nariz, dirigí una ojeada hacia el exterior y... ¡ oh felicidad, señores ! lo primero que advertí fué la oscilación de las luces de las bujías, detrás de la vidriera del balcón del despacho del ministro. ¡ Yo solo, con el auxilio de mis potentes puños, había evitado la capitulación de un ejército y la pérdida de una provincia ! ¡ Sí, señores ! la obra reali-

zada por Abercrombie, al frente de sus cinco mil hombres, en la playa de Aboukir, había sido destruída por mis manos en la calle de Harley, en el interior de un modesto alquilón.

No había tiempo que perder, porque Otto debía estar á punto de salir. Hice detener el carruaje, entregué al cochero la segunda guinea prometida y le ordené que condujese á mi compañero al Círculo de Watiers, con arreglo á lo convenido. En seguida ocupé mi sitio en el coche de la Embajada, casi en el momento en que se abría la puerta del domicilio del ministro. El alto funcionario iba tan absorto en su conversación con Otto, que, á pesar de hallarse descubierto, le acompañó hasta el estribo. Al despedirse, al pie de la portezuela, llegó á toda velocidad un carruaje, del que saltó precipitadamente un hombre.

—¡ Un despacho importantísimo para lord Hawkesbury !—exclamó.

Observé al recién llegado, comprobando que no era el mensajero detenido por mí, sino un segundo.

Lord Hawkesbury tomó el pliego y lo leyó á la luz del farol del carruaje. Su rostro se puso tan blanco como el mármol de esta mesa, al terminar la lectura.

—Señor Otto—manifestó,—hemos firmado este convenio, partiendo de un error. Egipto ha caído ya en nuestro poder.

—¡ Cómo !—exclamó Otto ;—¡ eso es imposible !

—Sin embargo, nada más cierto. Hace un mes que Abercrombie tomó la plaza.

—En ese caso—repuso Otto,—es una suerte que hayamos ultimado la negociación.

—¡ Una suerte para usted, caballero !—replicó el ministro.

Y dando media vuelta, penetró en el portal de su casa.

Al día siguiente se movilizó toda la policía de Londres para perseguirme ; pero tuve la precaución de interponer la Mancha entre sus agentes y yo, y antes de que tuviesen tiempo de llegar á Douvres, había recibido ya los parabienes de Talleyrand y del Primer Cónsul.

FIN



OBRAS

DE

A. CONAN DOYLE

- El pirata del Támesis.
El capitán de la Estrella Polar.
La dama del brillante azul.
Sir Nigel, (2 tomos).
La guardia blanca, (2 tomos).
Los emigrados.
La sombra fatídica.
El protegido de Napoleón.
Un dúo.
La bandera verde.
El crimen del coronel.
Aventuras de Gerard.
La casa Girdlestone, (2 tomos).
Rodney Stone.
Miguel Clarcke, (2 tomos).
La tragedia del "Korosko".



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104240252

